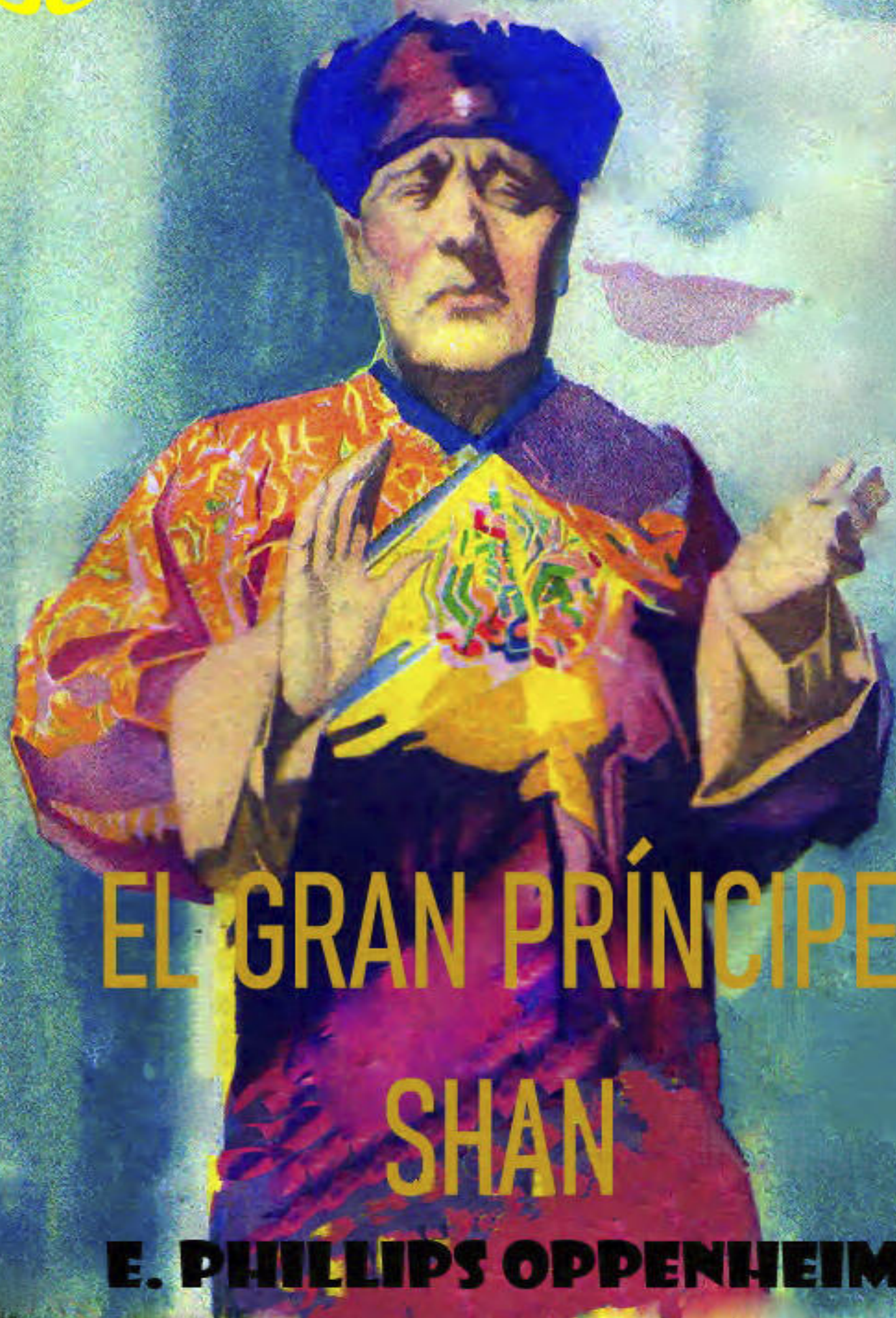


se



EL GRAN PRÍNCIPE SHAN

E. PHILLIPS OPPENHEIM

Escrita en 1921, la novela está ambientada en 1934.

La Inglaterra en la que *lord* Nigel Kingley y *lady* Maggie Trent se encuentran viviendo, no es una que reconoceríamos. Viven en un país que aprendió todas las lecciones equivocadas de la Primera Guerra Mundial. Es un país que eligió a un trabajador para ser Primer Ministro. Es un país que ha puesto todos sus huevos en la canasta de la Liga de Naciones. Es un país que ha dejado de usar diplomáticos y ha eliminado sus operaciones clandestinas. Es un país que cree que la economía y la hermandad común son suficientes para protegerse. Es un país que vive en una tierra de fantasía.

Algunos de ellos, como Nigel y Maggie, comprenden los peligros a los que se enfrentan. Pueden ver lo que está pasando en Europa y Asia, acontecimientos que se ven muy mal para Inglaterra. Con la ayuda de algunos estadounidenses inteligentes, Chalmers y Jesson, que también ven el peligro, se enteran de una reunión entre el príncipe Shan de China, Nadia Karetsky de Rusia y Oscar Immelan de Alemania. Lo que se decida en esa reunión podría destruir a Inglaterra para siempre. Lo que realmente pueden hacer al respecto, nadie está realmente seguro. Se les ocurre un plan para averiguar qué está pasando, pero es un plan que se ve interrumpido por las conexiones humanas que tienen lugar entre los distintos personajes.

Pero incluso entonces, los personajes y las naciones que representan deberán responder algunas preguntas. ¿Podrá Maggie convencer al príncipe Shan de que no siga los planes de Alemania? ¿Pueden Nigel y Nadia encontrarse del mismo lado o están destinados a ser enemigos? ¿Cómo reaccionará Oscar Immelan cuando descubra que las cosas empiezan a ir al revés de lo que él quiere? ¿Cuántas personas necesitan morir para proteger a Inglaterra de sus enemigos y cómo pueden Nigel y Maggie detener lo que parece ser lo inevitable?

Este es un libro que explora muchos temores políticos y esperanzas que giran alrededor del mundo entre las dos guerras mundiales. Es un libro de

misterio, pero es mucho más que eso. Es una exploración de las dudas que muchos sintieron al poner fe en La Liga de las Naciones, y en el miedo que algunos sintieron en el creciente poder de ciertos países después del final de la Primera Guerra Mundial. Es un miedo nacido de la apertura del Este, y en el nacionalismo en auge en ciertos países. Pero también es una historia de esperanza y amor. Es una historia que convence a su lector de que no importa lo que enfrente, ya sea a nivel personal o global, el individuo puede marcar la diferencia.

OceanofPDF.com



E. Phillips Oppenheim

El gran príncipe Shan

Obras completas de Oppenheim - Editorial Cervantes - 61

ePub r1.0

Titivillus 05.07.2021

OceanofPDF.com

Título original: *The Great Prince Shan*

E. Phillips Oppenheim, 1921

Traducción: Antonio Tono

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

OBRAS COMPLETAS
DE
E. PHILLIPS OPPENHEIM

Vol. LXI

EL GRAN PRÍNCIPE SHAN

The Great Prince Shan

Versión española de
ANTONIO TONO

EDITORIAL CERVANTES

BARCELONA / 1952

OceanofPDF.com

Capítulo I

—**C**lub para diplomáticos y aristócratas —dijo el príncipe Karschoff mirando perezosamente, a través de una nubecilla formada por el humo del tabaco, alrededor de la espaciosa, pero casi desierta sala de juego—. La clasificación es bastante exacta. Sin embargo, parece imposible no poder jugar una partida decente de *bridge*.

Sir Daniel Harker, ex plenipotenciario cerca de ciertas potencias menores, retirado muchos años ha, se encogió de hombros, y dijo:

—Personalmente he llegado a la conclusión de que *la raison d'être* del Club parece que ha terminado. No hay diplomacia, hoy día, y todo hombre que paga impuestos es un aristócrata. Ringley, usted que es el más joven, registre el Club y vea si hay alguien que haga el cuarto.

El honorable Nigel Ringley sonrió perezosamente desde las profundidades de su butacón. Era un joven inglés de tipo normal, alto, afeitado completamente, de hermosos rasgos faciales, con una boca que denotaba humor y penetrantes ojos grises.

—Con respecto a los años —admitió— puede que les aventaje a ustedes dos; pero en cuanto a las cualidades de juventud, Karschoff es el más joven de todos nosotros. Además nadie podría negarle nada.

—Eso es un subterfugio —objetó el Príncipe—; pero si debo ir, iré en seguida. Esperemos cinco minutos, por si la providencia nos favoreciera.

Los tres amigos quedaron silenciosos. Estaban sentados en un sitio confortable, retirado, de la sala de juego del club St. Phillips. La atmósfera del departamento era discreta, con toques de marchitado esplendor. Se notaba un débil olor de piel de Rusia que despedían muchas filas de mohosos volúmenes que todavía llenaban las majestuosas librerías. Los cuadros al óleo que colgaban de las paredes, pertenecían a un período remoto. En un distante rincón, cuatro caballeros estaban jugando al *bridge*, silenciosos y casi inmóviles. Las caras blancas de dos de ellos, como camafeos, bajo la luz eléctrica, se reflejaban contra las oscuras paredes.

No se oía ruido alguno, excepto el suave de los naipes y los amortiguados movimientos de un criado que preparaba otra mesa de *bridge* junto a los tres amigos. La puerta de la sala fue abierta y cerrada quedamente. Un hombre de mediana edad, aún joven, vestido cuidadosamente, con su largo rostro afeitado del todo, ojos azules y cabello rubio salpicado de gris, se acercó a ellos. Era de tipo arrogante y parecía como deseoso de congraciarse con todo el mundo.

—Ya ven ustedes lo que nos ha enviado la providencia —advirtió *sir* Daniel Harker, casi para sí.

—Lo bastante para hacerle a uno ateo —murmuró el Príncipe.

—¿Se juega al *bridge*? —inquirió el recién llegado, sentándose a la mesa y barajando uno de los paquetes de naipes.

Los tres hombres se levantaron, mostrando varios grados de mala gana.

—Immelman es demasiado bueno para nosotros —murmuró *sir* Daniel—. Siempre gana.

—Tengo suerte; eso es todo —asintió el recién llegado—; pero puedo ser su compañero, en cuyo caso, también usted ganará.

—Si usted es mi compañero —declaró el Príncipe—, jugaré cinco libras el cien. Deseo jugar. Londres comienza a aburrirme.

—Mister Ringley es mejor jugador, aunque no tan afortunado —confesó Immelman con un ligero saludo.

—Jamás lo hubiera creído, con todo el respeto debido a nuestro joven amigo —replicó *sir* Daniel, al mismo tiempo que cortaba—. Kingley juega como un hombre sensato; pero sin astucia. En un duelo entre ustedes dos, apostaría siempre por Immelman.

Kingley ocupó su sitio en la mesa con una pequeña mueca de resignación. Miraba a Immelman y mostraba las cartas que acababa de cortar. Siguieron unos pocos segundos de silencio significativo. Luego, Immelman recogió las cartas.

—Tengo los mayores respetos para *Mr.* Kingley como adversario —dijo.

Éste se inclinó un poco irónicamente.

—¡Qué pueda usted siempre conservar ese sentimiento! Hoy la casualidad parece que nos ha hecho compañeros. Usted da, mister Immelman.

—¿De cuánto es la apuesta? —inquirió el príncipe, ocupando su silla.

—Usted dirá —dijo Immelan.

El Príncipe se rió para sí, y dijo:

—Creo que usted es tan buen jugador como lo soy yo.

—Con *Mr. Kingley* por compañero y el juego de habilidad —fue la cortés contestación— no necesito limitar mis apuestas.

Un criado cruzó la sala llevando una nota en una bandeja. La presentó a Kingley, quien la abrió y leyó, sin operarse cambio alguno en su semblante. Cuando hubo terminado, sin embargo, dejó sus cartas vueltas hacia abajo sobre la mesa, y dijo:

—Caballeros, debo a ustedes mis más sinceras excusas. Me llaman para un asunto urgente.

—¡Qué fastidio! —exclamó el príncipe, irritado.

—Aquí viene mi salvador —dijo Kingley, al ver entrar otra persona en la sala de juego—. Henderson ocupará mi sitio. Me alegro de no haberles estropeado la partida, después de todo. Henderson, ¿quiere usted jugar una partida?

El recién llegado asintió. Nigel Kingley se despidió y cruzó la sala. Immelan le miró marchar, con curiosidad.

—¿Qué profesión es la de nuestro amigo Kingley? —preguntó.

—No tiene profesión —replicó *sir Daniel*—. Nunca se puso en contacto con las sórdidas necesidades de la vida. Es sobrino y heredero del Conde de Dorminster.

Immelan apartó la vista de la figura que se retiraba.

—¡Lord Dorminster! —murmuró—. ¿El mismo lord Dorminster que formó parte del Gobierno hace muchos años?

—Fue Ministro de Asuntos Exteriores cuando yo era Gobernador de Jamaica —contestó *sir Daniel*—. Era un hombre muy brillante en aquellos días.

Immelan quedó pensativo. Luego, dijo:

—Lo recuerdo.

Nigel Kingley, al abandonar el Club de St. Phillips, fue conducido, seguidamente, en el automóvil que halló esperándole a la puerta del Club, a

una gran casa de Belgrave Square, en la cual entró con el aire de un *habitué*. El mayordomo que le esperaba, le condujo a través del *hall*, diciéndole:

—Su Señoría está ocupadísimo, Mister Nigel. No quiere ver a nadie. Dejó dicho, empero, que le condujéramos a usted a su presencia en el momento que llegara.

—¿Su Señoría está bien?

—De salud bien, *sir*; pero muy molesto, lo que no me admira —respondió el hombre, hablando con la libertad respetuosa de un viejo servidor—. Nunca pensé vivir para ver tales tiempos como estos que estamos viviendo.

Un hombre de unos sesenta años, todavía de buen ver no obstante su algo gastada expresión, levantó la vista, desde el asiento que ocupaba en la mesa del despacho, al entrar Ringley. Saludóle con un movimiento de cabeza; pero antes de hablar esperó a que la puerta fuera cerrada tras el criado que se retiraba.

—Mucha bondad la tuya al venir, Nigel —dijo—. Trae la silla aquí.

—¿Malas noticias? —inquirió el recién llegado.

—¡Detestables!

Siguió un breve silencio, durante el cual Nigel, conocedor del humor de su tío, se recostó en su silla y esperó. Sobre la mesa había un montón de manuscritos de letra apretada y a su lado varios Códigos telegráficos encuadernados en negro, sobre los cuales todavía estaba, aunque casi borrado por el tiempo, el *F. O. Private*. La ocupación de lord Dorminster consistía en descifrar un mensaje de una extensión no corriente. De pronto se separó de la mesa y quedó frente a su sobrino. Su mano se dirigió al bolsillo del chaleco, sacó un cigarrillo de una delgada pitillera de oro, lo encendió y comenzó a fumar. Luego cruzó las piernas, se inclinó hacia atrás en su silla, y dijo:

—Nigel, vivimos en tiempos extraños.

—Nadie niega eso, *sir* —asintió el joven, con seriedad.

Lord Dorminster echó una mirada al calendario que había sobre el escritorio, y continuó:

—Hoy estamos a 23 de marzo de 1934. Quince años ha fue firmado el Tratado de Paz. Desde entonces, ya sabes lo que ha sido la historia de

nuestro país. No pienso en mí cuando digo que casi todos los hombres con verdadero sentido político han sido arrinconados. En el momento actual el país está en manos de un grupo de hombres muy respetables y bien intencionados, quienes, como Consejo municipal, podrían administrar los asuntos de la ciudad de Dorminster con gran éxito. Como estadistas, no cuentan. Paréceme, Nigel, que tú y yo vamos a ver la descomposición de un poderoso Imperio.

—Dígame lo que ha sucedido, o lo que va a suceder —le rogó Nigel.

—Bueno, primeramente —replicó su tío— el Emperador del Este se prepara a visitar Europa. Estará aquí, probablemente, el próximo mes. Ya sabes a quien me refiero, por supuesto.

—¡Al príncipe Shan! —exclamó Nigel.

—El príncipe Shan de China —asintió lord Dorminster—. Su venida explica muchas cosas que me han estado intrigando. Te aseguro, Nigel, que lo que suceda durante la visita del príncipe Shan, decidirá probablemente los destinos de este nuestro país; y, sin embargo, no tendría inconveniente en apostar mil contra uno a que no hay un solo funcionario en el Ministerio que tenga la más ligera idea del por qué Viene y para qué viene.

—¿Lo sabe usted? —preguntó Nigel.

—Sólo puedo conjeturar. Dejemos, por ahora, al príncipe Shan, Nigel. Escúchame. Tú frecuentas muchos sitios. ¿Qué dice la gente de mí...? Dímelo honradamente. Háblame cara a cara.

—Le llaman marchito y asustadizo —confesó Nigel—. Sin embargo, hay dos caballeros, que frecuentan el Club St. Phillips, diplomáticos y embajadores, cuyo sitio en el mundo quedó vacante, que opinan de modo diferente. Ya sabe usted, *sir*, que me reúno con ellos.

Lord Dorminster asintió cariñosamente.

—Bueno. Voy a demostrar quien soy. Hace siete años —continuó recordando— el Partido Nacional se hizo cargo del poder supremo. Tú ya conoces sus primeros gritos de guerra: ¡Fuera los tratados secretos! ¡Fuera la diplomacia secreta! ¡Que no exista más que una honrada comprensión entre los diferentes países del Mundo! ¡Cómo se refocilaron Alemania y Rusia de gozo! En vez de un estadista inglés con los intereses de su país por encima de todo, tenemos en Berlín y Moscú media docena de

representantes de las grandes industrias cuyo objeto, según sus propias palabras, es desarrollar un amistoso comercialismo y un sentimiento de hermandad entre las naciones. No sólo nuestros embajadores, sino también nuestro Servicio Secreto, fue suprimido. Ya no existe. Recuerdo cuando visité a Broadley, el día en que fue nombrado Ministro de Asuntos Exteriores, y le pregunté si él no consideraba un deber pulsar las otras naciones, sin excluir las que parecían ser amigas de nosotros, para estar seguros de que todas sus declaraciones de buena voluntad eran sinceras. Broadley se sonrió, y dijo: «lord Dorminster, la principal causa de las guerras en el pasado ha sido la sospecha. Nosotros consideramos el espionaje como una práctica deshonrosa. Ahora estamos en contacto con el pueblo de Alemania, no con una oligarquía militar, y el pueblo de Alemania desea la guerra tanto como nosotros. Además ahí está la Liga de Naciones». Estas fueron las palabras de Broadley entonces, y hoy piensa lo mismo. ¿Sabes lo que hice?

Nigel asintió, y dijo:

—Es un secreto a voces entre unos cuantos de nosotros. Usted montó un Servicio Secreto por su cuenta.

—Eso es. Desde hace más de un año tengo unos pocos agentes, y cuando haya terminado de descifrar este último despacho, tendré la prueba, sin duda alguna, de que estamos en el umbral de terribles acontecimientos. Lo peor de ello es... bueno, que hemos sido descubiertos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Nigel con vehemencia.

Los labios sensitivos de su tío, temblaron un poco.

—¿Conoces a Sidwell?

—Mucho.

—Sidwell fue hallado apuñalado en un café de Moscú hace tres semanas —dijo lord Dorminster—. Un comunicado oficial del informe sobre su muerte, dice a sus familiares que el hecho fue a consecuencia de una riña que tuvo con unos marineros rusos por unas mujeres del barrio en donde fue encontrado.

—¡Horrible! —murmuró Nigel.

—Sidwell era un hombre como hay pocos, ya lo sabes —continuó lord Dorminster—. Jamás probó el vino y odiaba a las mujeres. Atcheson era

amigo tuyo, ¿no es verdad?

—Por supuesto. Estuvo conmigo en Eton. Fui yo quien le trajo aquí a comer una vez. No me diga que le ha sucedido una desgracia a Jim Atcheson.

—Este despacho es suyo —continuó diciendo lord Dorminster, señalando el montón de manuscritos que había sobre la mesa—. Llegó a mis manos de un modo asaz sorprendente. Murió la semana pasada en una casa de salud en... bueno, de cierta capital extranjera. El profesor que está al frente del hospital, me envía un largo informe sobre la enfermedad que le ha llevado al sepulcro. La verdad es que fue envenenado.

Nigel había sido soldado en su juventud, y era valiente. Sin embargo, el horror que le causaron estas noticias, casi le paralizó el corazón. Parecía estar viendo espectros, oír el rugido de vientos de destrucción.

—Esto es todo lo que tengo que decirte por ahora —terminó diciendo su tío con gravedad—. Dentro de una hora habré terminado de descifrar este despacho, y entonces te lo comunicaré todo. Entre tanto, quiero que Vayas a charlar unos minutos con la mujer más inteligente de Inglaterra, la mujer que, burlando a todo un ejército de policías y detectives, cruzó el mar del Norte ayer tarde con esto en su bolsillo.

—¿Se refiere usted a Maggie? —preguntó Nigel con ansiedad.

Su tío asintió con un movimiento de cabeza.

—La hallarás en el *boudoir*. Le dije que venías. Dentro de una, hora, ven a verme.

Lord Dorminster se levantó cuando su sobrino se volvía para retirarse. Le puso una mano en el hombro, y Nigel siempre recordó lo grave y cariñoso de su tono y expresión cuando le dijo, suspirando:

—Nigel, me temo que voy a poner sobre tus hombros una carga terrible; pero no hay otro con quien pueda confiar.

—Soy el único a quien usted debe dirigirse, querido tío —replicó el joven con sencillez—. Volveré dentro de una hora.

Capítulo II

*L*ady Maggie Trent, hijastra del Conde de Dorminster, era una de esas jóvenes que desconciertan a cuantos tratan de describirlas antes de que empiecen a tomar la vida en serio. No era rubia ni morena, ni alta ni baja. Nadie podría llamarla indescriptible ni ensalzar alguna gracia particular en su tipo ni en sus rasgos fisonómicos. Su tez había desafiado los estragos del sol y del viento y carecía de la moderada indulgencia en cigarrillos y cócteles de que se jactaban las jóvenes de su tiempo. Su nariz tendía a ser *retroussée*; la boca era expresiva hasta el descaro y sus ojos grises, grandes, casi siempre velados de expresión, eran capaces de sufrir maravillosos cambios. Cuando Nigel entró estaba acurrucada en una silla, sumida en la lectura de un periódico de modas. Ella le alargó la mano izquierda, que él llevó a sus labios.

—¿Qué me cuentas, querido Nigel? —exclamó Maggie—. ¿Qué piensas de mi nueva profesión?

—Que la odio —contestó él francamente.

Ella suspiró y dejó, con resignación, el periódico de modas diciendo:

—Tú siempre has censurado que las mujeres se dediquen a algo útil. ¿No te das cuenta de que si se ha hecho en este mundo algo que pueda salvar a este estúpido y viejo país, lo he hecho yo?

—De lo que me doy cuenta es de que has corrido riesgos terribles —replicó él.

Maggie le miró con petulancia.

—¿Y qué? —preguntó—. Todos corremos riesgos cuando hacemos algo que valga la pena.

—No de la índole de los que tú has corrido.

Ella sonrió, pensativa.

—¿Sabes dónde he estado? —preguntó.

—No tengo idea —confesó Nigel—. Lo que acaba de decirme mi tío ha sido una completa revelación, en cuanto a mí concierne. Creía, como el

resto del mundo, y como anunciaron los periódicos..., que estabas recorriendo el Japón y la China y que después irías a las islas del Mar del Sur, con los Wendercombes.

Ella sonrió, al confesar:

—Papaíto quería decírtelo; pero yo le hice desistir. Me temía que te desagradase. Todo lo convenimos con los Wendercombes; pero la verdad es que no comencé el viaje con ellos. Durante estos últimos meses he estado viviendo en Berlín y en una casa de campo de la Selva Negra.

—¿Sola?

—No. He sido institutriz de las dos hijas de *Herr Essendorff*.

—¿Essendorff, el Presidente de la República Alemana?

Lady Maggie asintió.

—No es ni sombra de como lo pintan. Es un hombre alto, obeso y come muchísimo, demasiado. ¡Oh, qué horror de comidas! —añadió con un ligero temblor en la voz—. Piensa que yo, querido Nigel, que nunca como más que una tortilla y algo de fruta, me veía obligada a sentarme todos los días a un *Mittag essen*. ¡Me extraña no haber muerto de indigestión!

—¿Estuviste allí con tu propio nombre? —preguntóle Nigel, incrédulo.

—Me proporcioné unos informes perfectamente buenos antes de marchar. Se referían a una *Miss Brown*, hija del prebendado Brown. Yo era *miss Brown*.

—¡Santo cielo! —murmuró Nigel—. ¿Qué sabes de Atcheson? —añadió.

—¡Pobre muchacho! Se hicieron con él. No puedes imaginarte los sustos que pasé, Nigel —comentó—. La noche antes de salir para mis vacaciones, oí a aquel viejo gordinflón de Essendorff, hablando bajito y riendo con su esposa, que la policía había seguido hábilmente los pasos a un espía inglés, hasta detenerle y arrebatarse algunos papeles que aquél llevaba; pero lo que no sabían es que el documento escrito por Atcheson cuando se moría, lo llevaba yo cosido a mi corsé. ¿No te parece que la situación era excitante?

—Un trabajo de hombre, verdaderamente —dijo Nigel.

Ella se encogió de hombros y abandonó la parte personal del asunto, diciendo:

—¿Has estado en Alemania últimamente, Nigel?

—No —contestó él—. Hace muchos años que no he estado allí.

La joven se extendió sobre el canapé, encendió un cigarrillo, y dijo, algo pensativa:

—La Alemania de antes de la guerra, por supuesto, la que yo no conocí. Me imagino, no obstante, que había una especie de aprensión intuitiva contra Inglaterra y todo lo que fuera inglés, simplemente porque Inglaterra le había tomado la delantera en la colonización, en el comercio y en todo lo demás. Pero en la actualidad, los sentimientos de Alemania, aunque maravillosamente disimulados, son verdaderamente asombrosos. Se les advierte en todas partes. El silencio los hace aun más amenazadores. Apenas llegué a Berlín, compré un Tratado de Paz y lo leí. Nigel, ¿no crees que es un poco severo?

—Lógicamente así tenía que ser —admitió Nigel—. No podemos abrigar el mismo espíritu de otros tiempos, de otros días. Debes recordar que declaró la guerra sin previa provocación. La guerra estaba preparada por Alemania con un puro y claro propósito de agresión. Eso justifica que el Tratado de Paz se inspirara en un fin punitivo.

—Espero que la Historia diga algún día —expresó la joven— que faltó un gran estadista del tipo de Beaconsfield en la Conferencia de la Paz. Pero ya todo ha terminado. En Versalles sembraron la semilla y nosotros vamos a recoger la cosecha.

—Después de todo —dijo Nigel, pensativo—, es muy difícil ver la interferencia que pueda tener con la paz general del Mundo. Cabe creer muy bien que el espíritu está allí; ¿pero qué podrán hacer los alemanes? Inglaterra jamás será invadida. La guerra de 1914 lo demostró. Además, Alemania tiene ahora un representante en la Liga de Naciones. Ella está obligada a tirar del cable con los demás.

—No es sólo Alemania la que no nos puede ver —recordóle Maggie—. Parece que de un modo u otro nos hemos enemistado con otros países de Europa. La culpa es de los malos estadistas, ¿no te parece?

—Yo lo atribuiría —replicó Nigel— a que la vieja escuela de embajadores ya no existe. Los embajadores nacen, no se hacen, y debieran ser... y muy a menudo lo eran... hombres de mucho tacto y de raras

prendas y perfecciones. Ya no tenemos quien nos informe de los prejuicios y de las corrientes imperantes en otras naciones. Ofendemos sin necesidad y perdemos muchas oportunidades para un *rapprochement*. Todo es comercio, comercio y nada más. Los hombres que enviamos a los demás países para incrementar nuestros intereses comerciales, no atisban las cosas más sutiles e intrincadas que suelen crear a la larga las mayores dificultades.

—Esa puede ser la explicación de todo malentendido —admitió Maggie—, y puede que tengas razón cuando dices que cualquier movimiento práctico contra nosotros es casi imposible. Papaíto no piensa así, ya lo sabes. Está terriblemente preocupado respecto a la venida del príncipe Shan.

—Debo hacerle hablar —dijo Nigel—. La verdad es que no hay que temer una intervención asiática en Europa. El príncipe Shan es demasiado diplomático para arriesgar la nueva prosperidad de su país.

—El príncipe Shan —declaró Maggie— es el único hombre del mundo a quien deseo conocer. ¿No estuvo contigo en Oxford, Nigel?

—Un año. De allí pasó a Harvard.

—¿Cómo es? —le preguntó ella.

—Sólo guardo un confuso recuerdo suyo —confesó Nigel—. Era muy estudioso y buen jinete. No recuerdo si se distinguía en otros deportes.

—¿Es bien parecido?

—Extraordinariamente para su raza. Era de carácter muy reservado y más retraído que nuestras princesas reales. Aun siendo inteligente, nadie pensó que llegaría a ser el hombre más grande de Asia. Otro día te contaré algo más, Maggie. Tengo mucha curiosidad por saber lo que dice el informe de Atcheson. ¿De qué trata?

—Aun no lo he puesto en claro. Está escrito en la antigua jerga cifrada del Ministerio de Asuntos Exteriores. Yo sólo sé que las primeras pocas líneas que descifró hicieron saltar a papá.

—¿Habrá terminado ya?

—No te preocupes. Ya te llamará cuando acabe. Dime, ¿cómo me encuentras?

—¡Admirable! —contestó él levantándose y apoyando el codo en la repisa de la estufa, contemplándola—. Eres ideal, Maggie. Siempre lo he

creído así.

Ella tomó un espejito del bolsito que estaba a su lado, y examinó su rostro.

—No será por mi cara —dijo la muchacha volviéndose a él sonriente—. Debo tener otro encanto.

—Tu rostro es adorable —declaró él.

—¿Vas a hacerme el amor? —preguntó ella, sonriendo débilmente—. Nunca has dejado de halagarme con una sinceridad convincente. Y yo odio a los extranjeros. Son terriblemente apasionados; pero no son finos. Bésame; pero sólo un beso, haz el favor, Nigel, como a mi me gusta.

Él la retuvo un momento en sus brazos, con ternura, pero con cierta reserva, a lo cual ya estaba ella acostumbrada.

Seguidamente se apartó Maggie. Sus mejillas habían adquirido un poco de color.

—¡Delicioso! —murmuró ella—. ¡Piensa en los meses que hemos desperdiciado! Nadie me ha besado, Nigel, desde que nos despedimos.

—¿Te has decidido a casarte conmigo? —preguntó él.

—Querido Nigel —respondió la joven, acariciándole la mano—, refrena tu ardor. ¿De veras quieres casarte conmigo?

—¡Claro que sí!

—Tú no me quieres.

—Te quiero muchísimo —aseguró él—. Sólo a ti y a nadie más que a ti. Ella movió la cabeza, dudosa.

—Eso no es bastante, Nigel —declaró la joven—, y aunque te parezca extraño que lo diga, es exactamente lo que por ti siento yo.

—No creo que eso sea bastante —arguyó él—. Lo que nos sucede es que los dos tenemos demasiado sentido común para dejarnos arrebatar por nuestros sentimientos.

—Puede que sea eso —admitió ella, dudosamente—. Por otra parte, no corremos riesgo alguno. Me molestaría hallar algún equívoco y todas esas cosas, después de casarnos... El divorcio, en estos días, es una cosa terriblemente antipática... Además, lo digo honradamente, Nigel, no me siento bastante frívola para pensar en el casamiento por ahora. Siento, hasta cuando oigo el tic-tac del reloj, que estamos caminando hacia cosas

terribles. No puedo decirte con seguridad lo que es. Sólo te diré que los últimos días que he pasado en el extranjero, mi vida estaba pendiente de un hilo. Esto explica mi estado de excitación.

—Pero ahora ya estás a salvo en casa, querida —expresó él, sonriendo, como para tranquilizarla—. La verdad es que estoy muy enamorado de ti, Maggie.

—Y yo absurdamente enamorada de ti, Nigel —declaró ella—, lo que me hace más penoso pensar que probablemente tendré que ordenarte que hagas el amor a otra chica antes de que termine la semana.

—No haré tal —declaró él con firmeza—. No sirvo para esas cosas. ¿Y quién sería, vamos a ver?

En aquel momento fueron interrumpidos por una repentina llamada a la puerta... No era el discreto golpe de un doméstico, sino una llamada agitada, casi imperativa. Antes de que uno u otra pudiera responder, abrióse la puerta y Brookes, el anciano mayordomo, se presentó en el umbral. Aún antes de hablar, se hizo evidente que traía noticias alarmantes.

—¿Quiere usted bajar al despacho en seguida, *sir*? —rogó, dirigiéndose a Nigel.

—¿Qué sucede, Brooks? —preguntó Maggie, con ansiedad.

—Temo que su señoría no esté bien —respondió el criado.

Todos se precipitaron hacia la puerta. Brooks estaba como perturbado. Hablaba solo, sin atender a las preguntas que le hacían los demás.

—Al principio pensé que su señoría se había desmayado —dijo al fin—. Oí un ruido extraño, y cuando entré le vi caído sobre la mesa. Parkins ha telefoneado al doctor Wilcox.

—¿Qué clase de ruido era? —preguntó Nigel.

—Como un tiro —balbuceó el hombre.

Los tres entraron al despacho. Nigel iba delante. Lord Dorminster yacía como Brooks había descrito, inmóvil, pero con algo impresionante en aquella inmovilidad. Nigel lo levantó y lo sentó en el sillón. Al moverle, cayó un objeto pesado sobre la alfombra. Nigel le recomendó a Maggie que no se acercara.

—¿Es un ataque? —tartamudeó ella.

—Me temo que esté muerto —contestó Nigel sin inmutarse.

Salieron al *hall* y esperaron allí, en un embarazoso silencio, la llegada del doctor. El examen que éste hizo duró solamente unos segundos. Luego, señalando el teléfono dijo:

—¡Algo terrible! Telefonee a Scotland Yard, mister Kingley. Parece que lord Dorminster se ha suicidado —añadió mirando el revólver que yacía sobre la alfombra—, aunque también puede haber sido asesinado.

—¡Es increíble! —exclamó Nigel—. Mi tío era un hombre completamente sano y el más feliz del mundo, y no tenía enemigo alguno.

El médico señaló el revólver. Le desabrochó el chaleco al muerto, le separó la camisa y señaló una mancha azul en el pecho, justamente sobre el corazón.

—La muerte debió ser instantánea —dijo, sin más comentario.

El tiempo transcurría con plúmbea lentitud. El inspector de Scotland Yard no acababa de llegar. Nigel permanecía inmóvil. A su oído llegaba el animado, aunque sordo rumor de las calles de Londres, el clamor de las bocinas de los automóviles, el paso de los viandantes. Un muchacho silbaba; otro pregonaba roncamente las noticias de los periódicos de la tarde; un pastelero tocaba la campana, anunciándose; un chiquillo repiqueteaba un palo entre los hierros de una verja. La gente caminaba ajena a cuanto sucedía en torno suyo. Sólo en el silencioso salón reinaba un silencio siniestro. En el sofá, lord Dorminster, que rebosaba de vida media hora antes, yacía exánime.

Nigel avanzó hacia el escritorio, y examinó con la mirada cuanto allí había. El código telegráfico estaba abierto; pero no vio rastro alguno de escritura ni un solo papel emborronado. Seguidamente abrió los cajones, sin resultado en sus pesquisas. No halló el informe de Atcheson ni trazas de la transcripción que lord Dorminster había empezado a hacer.

Capítulo III

Semanas después del entierro de lord Dorminster, Nigel se entrevistó con el Muy Honorable Mervin Brown, quien había empezado su vida política como inspector de fábrica y ahora era Primer Ministro de Inglaterra. Su Excelencia recibió a su visitante con marcada benevolencia.

—Tuve noticias de usted por Scotland Yard, lord Dorminster —dijo al tiempo que le invitaba a sentarse—. Sé que usted no está de acuerdo con el veredicto dictado respecto a la muerte de su tío.

—El veredicto está en absoluto desacuerdo con los hechos —declaró Nigel—. Mi tío fue asesinado y un informe secreto sobre ciertos hechos ocurridos en el Continente, que él estaba descifrando, le fue robado.

—El certificado médico no concuerda con su creencia —indicó mister Mervin Brown con sequedad—. La misma policía no se explica cómo pudo haber entrado o salido de la sala el criminal sin dejar traza alguna de su visita. Además, no hay indicios de que se tratase de robar nada.

—Sucedé que yo sé más que cualquier otro sobre este asunto —argumentó Nigel...— más aún de lo que pensé prudente mencionar en el sumario... y le ruego que me escuche un momento, mister Mervin Brown. Sé que usted consideraba a mi tío, en algunos respectos, como un maniático, porque él veía bastante lejos para comprender que tras la aparente tranquilidad que existe en el extranjero, late un odio universal contra nuestro país.

—Considero esa suposición descaminada y falsa —declaró el Ministro—. Su difunto tío pertenecía a esa maliciosa clase de políticos que tanto aquí como en el extranjero creen en tratados secretos y servicios secretos y alientan un estado de inquietud morbosa, y el nerviosismo en ciertos países que de otro modo estarían dispuestos a ser amigos. Nosotros hemos empezado una nueva vida, lord Dorminster. Todos nuestros esfuerzos van dirigidos hacia el desarrollo de un espíritu internacional de amistad y confianza.

—Ese juicio suyo es utópico y falto de perspicacia —dijo Nigel—. Si mi tío hubiera vivido hasta descifrar el informe en que estaba trabajando, yo le hubiera podido ofrecer a usted las pruebas, no sólo de la existencia del espíritu de que hablo, sino también de ciertos proyectos de los enemigos de nuestro país.

—Los papeles de que usted habla han desaparecido —observó mister Mervin Brown, sonriendo.

—Fueron robados por la persona que mató a mi tío —insistió Nigel.

El Muy Honorable caballero, asintió.

—Bien, usted ya conoce mi punto de vista respecto al asunto —dijo—. Puedo añadir que está confirmado por la policía. No tengo prejuicio alguno, y estoy dispuesto a escuchar cuanto quiera decir con tal que no me tome más de un cuarto de hora —añadió echando una mirada al reloj que había sobre la mesa.

—Pues, escúcheme —comenzó Nigel—. Mi tío era un estadista de la vieja escuela que no tenía fe en el programa del actual Gobierno de este país. Cuando ustedes abandonaron toda idea de un servicio secreto Continental, él, a sus expensas, creó un pequeño servicio propio. Envío dos hombres a Alemania y uno a Rusia. El enviado a Rusia se llamaba Sidwell, de cuyo asesinato, en un café de Moscú, puede que esté usted enterado. De los dos enviados a Alemania, uno ha desaparecido y el otro murió en el hospital, sin duda alguna, envenenado, pocos días después de haber remitido el informe que fue robado del escritorio de mi tío. Dicho informe fue traído por *lady* Maggie Trent, ahijada de lord Dorminster, que era, en realidad, el cerebro de la empresa y que, bajo otro nombre, actuaba como institutriz de las niñas de *Herr* Essendorff, Presidente de la República alemana. En el momento de su muerte, mi tío estaba descifrando el informe en su librería. Yo mismo le vi trabajando en el documento. Díjome que con lo que llevaba leído tenía una completa información de la mayor importancia sobre lo que se trama contra nuestro país por parte de una peligrosa organización de nuestros enemigos.

—¿Quiénes son esos enemigos...?

—Eso sólo puedo conjeturarlo. Mi tío había comenzado a descifrar el informe cuando le vi por última vez.

—Entonces colijo, lord Dorminster —dijo el Ministro—, que usted relaciona la muerte de su tío directamente con el robo de dicho documento.

—Absolutamente.

—¿Y la conclusión a que usted llega es...?

—La única lógica —declaró Nigel, con firmeza—. Afirmo que otros países no imitan nuestra lamentable abnegación al abandonar el servicio secreto y esto, sencillamente, significa que mi tío fue muerto por un agente de alguno de esos países con el fin de que el informe que había llegado a sus manos no pudiera ser descifrado y entregado a su Gobierno.

El Muy Honorable caballero sonrió ligeramente. Era un hombre de natural cortés; pero le fue muy difícil disimular, por completo, su incredulidad.

—Bien, lord Dorminster —prometió—. Tendré en cuenta todo lo que usted ha dicho. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—Sí —replicó atrevidamente Nigel—. Que induzca al Gabinete a restablecer en el departamento de Estado el Servicio Secreto, aunque sea en menor escala que en otras épocas, y que no descanse hasta que haya descubierto con exactitud qué es lo que se está tramando contra nosotros en alguna parte del Continente.

—De llevar a efecto sus indicaciones, lord Dorminster —indicó el Ministro—, me haría culpable de infringir el espíritu de la Liga de Naciones. La existencia de éste organismo es una garantía práctica de nuestra seguridad.

—Hablando de hombre a hombre —persistió Nigel—, advierto, *sir*, que usted no cree una sola palabra de lo que le he dicho.

—Pues yo le diré, hablando de hombre a hombre —expresó el ministro en tono casi jocos, al tiempo que tocaba el timbre— que usted ha sido engañado.

Nigel, aun como profeta angustioso, era muy humano y algo filósofo. Vagó un rato por Piccadilly y luego entró en la calle Bond para disfrutar de uno de los primeros días de primavera. Las vendedoras de flores estaban muy atareadas; el cielo era azul, con algunas nubecillas blancas aquí y allá, y un suave vientecillo soplaba del Oeste. Cambió el saludo con los pocos amigos que encontró, se detuvo ante varios escaparates y a pesar de sus

esfuerzos por alejar los pensamientos que ocupaban su mente, su obsesión era cada vez mayor. Bond Street estaba ocupado totalmente por vehículos de todas clases, desde automóviles magníficamente tapizados, a la resucitada «victoria». Los escaparates ostentaban los más variados y lujosos artículos, los compradores eran muchos y los paseantes multitud. Todos parecían alegres; pero un tanto dominados por el ansia de vivir. Nigel casi tropezó con el príncipe Karschoff en la esquina de la calle Grafton.

—¿Está soñando, amigo? —preguntóle tranquilamente el príncipe, poniéndole una mano sobre el hombro.

—Me declaro culpable —confesó Nigel—. Es usted un buen observador, príncipe. Dígame si hay algo en esta calle de Bond que le llame la atención si piensa en el aspecto que tenía hace diez años.

El ruso miró en torno suyo con curiosidad. Él mismo era una figura no corriente, con su chaqueta de mañana elegantemente cortada, su corbata cuidadosamente anudada, su chistera y pantalones a cuadros blancos y negros e impecables botines blancos.

—Noto cierta declinación de la elegancia —murmuró el príncipe—. A mi entender este país se ha americanizado en lo que respecta a la moda masculina.

—Creo que nuestros pensamientos se mueven en la misma dirección —repuso Nigel, sonriendo—. Observo una mescolanza de clases, como si los habitantes del oeste de Kensington, enriquecidos de pronto, hubieran venido a gastarse el dinero en este distrito, nuevo para ellos. Y no sólo eso, sino que en los artículos que aparecen en las tiendas se nota una completa ausencia de buen gusto, como si los tenderos comprendieran que han de abastecer a una nueva clase de gente.

—Es el triunfo de vuestra *bourgeoisie* —dijo el ruso.

—El aristócrata ya no puede sobrevivir. *Noblesse oblige* no tiene ya significado alguno para el tendero.

—Quiere los cheques de varias cifras y sólo piensa en aquéllos que pueden extenderlos. Sigamos en nuestras reflexiones un poco más allá, en diferente dirección, amigo mío —añadió el príncipe consultando su reloj—. Venga al Ritz a comer conmigo y veremos si también la cocina ha sido adaptada a los nuevos gustos.

Nigel vaciló un momento. Esta curiosa vacilación la recordó después muchas veces.

—No tengo interés en comer en los restaurantes durante un par de semanas —dijo, dudando—. Además, estoy medio comprometido a ir al Club.

—No hoy —insistió Karschoff—. Hoy vamos a disfrutar del mundo. La mujer se pone más interesante en primavera. El Ritz estará como un ramo de flores. Quizá haya uno para usted y otro para mí. De todos modos podremos con seguridad comer una buena tortilla.

Los dos amigos marcharon juntos hacia Piccadilly.

OceanofPDF.com

Capítulo IV

La comida en el Ritz resultó más agradable por lo inesperada. Los dos amigos se sentaron a una mesa cerca de la puerta después de cambiar sus saludos con algunas de sus muchas amistades. Karschoff, locuaz como nunca, pasó revista a los habitués del restaurante.

—A mi vejez me estoy convirtiendo en asiduo concurrente de clubs y restaurantes —declaró, un poco amargamente—. ¡Yo, casi un *boulevardier*! Además, ¿qué otra cosa puede hacer un hombre sin patria?

—Usted, que conoce a todo el mundo —observó Nigel, sin hacer caso de los lamentos de su compañero— debe saber quién es aquella mujer que acaba de entrar.

Karschoff miró en la dirección indicada y su algo melancólica expresión, cambió de golpe. En sus labios apareció una sonrisa y sus ojos no se apartaban de la recién llegada. Era una joven de tipo no corriente, alta, morena, vestida de negro con la sencillez de una monja, con sólo un pequeño destello blanco en su garganta. Su cabello... que no cubría el sombrerito, adornado con una guirnalda de flores... era negro como el azabache, y, sin embargo, a plena luz, el satinado del mismo era casi color de vino. Tenía la tez pálida y la expresión pensativa. Sus ojos, eran de un color violeta oscuro, la boca mórbida y rojos sus labios.

—¡Ah, amigo mío! ¡No me maravilla que se interese por ella! —exclamó Karschoff con entusiasmo—. Esa es una mujer a la que debe conocer.

—¿Cómo se llama? —preguntó Nigel con creciente impaciencia.

—Se llama Naida Karetsky, —contestó Karschoff—. Es hija del que probablemente será Presidente de la República Rusa. ¿No le extraña que pueda hablar de este modo sin temblar? Su padre, actualmente, representa los intereses marítimos de Rusia en Inglaterra. Es uno de los Cónsules autorizados.

—¿Figura en el grupo?

Karschoff examinó a los que se acercaban, a través de su monóculo, y asintió con un movimiento de cabeza. —Su padre es aquel señor moreno, de anchos hombros y barba cuadrada. Immelan, como usted puede ver, es el tercero. Vienen hacia aquí. Después hablaremos de ellos.

Naida, su padre y Oscar Immelan, se despidieron de unos conocidos con los que habían estado hablando, y, precedidos de un *maître d'hôtel*, avanzaron hacia los dos amigos. La muchacha reconoció al príncipe, y le saludó con una leve, pero encantadora inclinación y estaba ya a punto de pasar de largo cuando reconoció a su compañero. Vaciló un momento. El príncipe, anticipándose a su deseo de hablar, se puso en pie.

—*Mademoiselle* —dijo, inclinándose sobre su mano—, bienvenida sea a Inglaterra. Usted trae consigo el primer rayo de sol que hemos visto en muchos días.

—¿Es un parte meteorológico o una galantería? —preguntó ella sonriendo—. ¿Quiere usted presentarme a su compañero? He oído hablar de mister Kingley.

—Con el mayor placer, —replicó el príncipe—. Mister Ringley, por desgraciada muerte de un pariente suyo, conde de Dorminster... *Mademoiselle* Karetsky.

Nigel, al saludarla, se dio cuenta de la expresión, algo más que de ordinaria curiosidad, del rostro de la joven.

—¿Es usted, pues, hijo de lord Dorminster, que falleció hace un mes?

—Soy su sobrino —explicó Nigel—. Mi tío no tenía hijos.

—Vi a su tío una vez en París, —dijo ella—. Para mí será un placer cultivar su amistad. ¿Quiere usted y este mi querido amigo —añadió volviéndose al príncipe—, tomar café con nosotros después? Oscar Immelan, ustedes ya se conocen, por supuesto.

La joven siguió seguidamente su camino. Nigel permaneció contemplándola hasta que tomó asiento ante su mesa.

—Seguramente esa muchacha es de buena cuna —observó Nigel—. Jamás he visto un aire tan distinguido.

—Tiene usted razón —dijo Karschoff—. Karetsky es comerciante, pero su madre es la baronesa Kolchekoff, lejana pariente mía. Los Kolchekoff

vivían en su lejana propiedad, por lo que nunca nos tratamos mucho. Naida se ha entregado a la causa del pueblo en cuerpo y alma.

—Es extremadamente hermosa —dijo Nigel.

—Son muchos los que opinan así —repuso el príncipe, jugueteando con el monóculo pendiente del cordón—. Entre ella y yo existe un abismo que no puedo salvar. No sé si he hecho bien o mal en haberles presentado.

Nigel sintió un repentino deseo de alejar la preocupación que se había apoderado de su mente, y que se reflejaba en su acompañante. Se encogió de hombros ligeramente y volvió a llenar de vino el vaso.

—No hay hombre al que no le guste contar con una bella mujer en el círculo de sus amistades.

—Lacónico, pero inexacto —bromeó el príncipe, relampagueándole de repente sus blancos dientes—. Cuando una mujer hermosa no está destinada a un hombre, el hecho de pretenderla no es más que un motivo de una fuente de disgustos. Y ahora, hablando en serio, le diré que mi inquina contra Naida no se debe a un mero prejuicio. Me subleva que una mujer como ella se preste a ser la confidente y la inspiradora de Matinsky, el presidente de Rusia, aunque comprendo que mientras haya allí República alguien ha de presidirla. Lo humano es que me resulte odiosa una mujer semejante.

—¿Qué edad tiene Matinsky? —preguntó Nigel.

—Cuarenta y cuatro años, y ella veintiséis o veintisiete —repuso Karschoff—. Como ve, la diferencia no es muy grande. Matinsky está casado con una mujer que ha quedado inválida; pero he de confesar que Naida no ha dado nunca un motivo de escándalo. Matinsky tiene tal confianza en ella que la ha enviado varias veces al extranjero en calidad de embajadora oficiosa. Seguramente la trae aquí alguna misión especial. Pero, no hablemos más de esto. Hemos venido a pasar un rato alegremente. El vino es muy bueno y voy a pedir otra botella.

La alegría de vivir pareció reflejarse por un momento en el rostro del príncipe. Su iracundia de poco antes, reminiscencia de su ancestral sangre tártara, habíase extinguido en su exterior; aunque dejando un poso de fiereza en el fondo de su alma.

—Lo menos que uno debe hacer —añadió momentos después— es destacar la nota de distinción que Naida Karetsky ha traído a esta sala. Hace poco nos lamentábamos en Bond Street de la ordinariez de las gentes actuales. Nuestra lamentación está plenamente justificada aquí, donde las mujeres, pese a sus ricos trajes, tan mal llevados, nos recuerdan Blackpool y los hombres a Huddersfield. Hubiera sido mejor llevarle al Zoo.

Nigel movió la cabeza. Su mirada estaba fija en un rincón distante de la sala, donde Naida Karetsky y sus dos acompañantes estaban comiendo.

—Nosotros no podemos ir a ninguna parte —dijo Nigel— sin que no nos siga la ola arrolladora de la mediocridad. Un par de generaciones más y nuevos entrecruzamientos puede que arreglen las cosas bien. Hace quince años, un Canciller del Exchequer con talento pudiera haberlo evitado.

—Ustedes pueden vanagloriarse de haber hecho una revolución sin sangre —dijo el príncipe—. Ustedes hicieron tabla rasa de la aristocracia de nacimiento y agobiaron a la aristocracia del talento con contribuciones e impuestos devastadores. La clase hoy triunfante es la de... los especuladores de la guerra. Confío en que quienquiera que escriba la historia de estos tiempos, tendrá el cuidado de ilustrarla con propiedad.

Apenas se hubieron sentado en el vestíbulo, aparecieron Naida, su padre e Immelan. El pequeño grupo se les unió en seguida y Naida se las arregló para sentarse junto a Nigel. Hablaba muy despacio; su entonación y la prolongación de algunas sílabas, hacían el efecto de una vibración musical. Su padre, después de unas palabras de salutación, marchóse a hablar con un amigo, e Immelan y el príncipe se enzarzaron, con mesurada cortesía, en temas del momento. Naida y Nigel quedaron casi aislados.

—Conocí a su tío en un banquete en París —comenzó a decir Naida—. Su tío me dejó encantada. Pertenecía a esa clase de la que ya quedan muy pocos. Era el prototipo del inglés reflexivo y aristócrata, con un conocimiento exacto de los asuntos extranjeros. Sé que estaba apartado de la política desde muchos años ha.

—No actuaba en política —asintió Nigel—; pero nunca dejó de preocuparse de las cuestiones políticas.

—¿Ha heredado usted sus preocupaciones? —le preguntó la joven.

Él no aceptó el desafío que leía en los ojos de Naida. Después de todo ella pertenecía a la Rusia cuyo creciente poder era la mayor amenaza a la paz europea y cuya actitud con Inglaterra era incierta.

—Mi tío y yo teníamos poca intimidad —dijo Nigel—. Realmente yo no era su confidente.

—No tanto como *lady* Maggie Trent. Es prima suya, ¿verdad?

—Sí; pero no es un parentesco de sangre —replicó Nigel—. *Lady* Maggie es hija de la segunda esposa de mi tío.

—Es una chica encantadora —susurró Naida.

—Yo la encuentro deliciosa —convino Nigel.

—Y no sólo encantadora, sí que también inteligente —continuó Naida—. Creo que lord Dorminster la quería mucho y le confiaba muchos de sus secretos.

—¿Pero tenía mi tío secretos? —preguntó Nigel.

Ella permaneció un momento pensativa, fumando su cigarrillo sostenido por una boquilla larga y contemplando las nubecillas de humo que se desvanecían lentamente.

—Tiene usted razón —dijo ella, al fin—. Encuentro su actitud correcta. ¿Sabía usted que Maggie era amiga mía, lord Dorminster?

—No lo pongo en duda —contestó él—; pero nunca me ha hablado de usted.

—Pues lo encuentro raro. ¿Ha hablado con ella muchas veces desde que regresó del extranjero?

—Muy poco —afirmó él—. Llegó a Londres horas antes de la muerte de mi tío, y desde entonces he tenido que estar algún tiempo en Dorminster.

—Como simple curiosidad —inquirió Naida—, ¿cuándo espera verla de nuevo?

—Esta tarde, apenas salga de aquí.

—Entonces le transmitirá un pequeño mensaje mío. ¿Quiere hacerme este favor?

—Con gran placer.

—Dígale de mi parte... si le place... que no salga de Inglaterra hasta que nos veamos. Recálqueselo bien.

—¿Es un aviso? —preguntó Nigel.

—Desearía saber cuánto subsiste en usted del sobrino de lord Dorminster.

—Y yo, a mi vez —dijo él con repentino atrevimiento—, desearía saber cuánto se interesa usted por nosotros como enviado de Matinsky.

Ella sonrió suavemente, y dijo:

—Vamos a ser buenos amigos, lord Dorminster. Me agradaría verle otra vez.

—¿Me permitirá visitarla? —rogó él ansioso.

—Cuando quiera. Estamos en el Milán Court, aunque por poco tiempo. Mi padre quiere poner casa. Mi hermana ha de venir a cuidarle. Yo, desgraciadamente, soy un ave de paso.

—Entonces la visitaré muy pronto.

Immelman intervino en este punto... ceñudo, suspicaz, un poco molesto. Por un motivo u otro la conversación de los dos jóvenes parecía inquietarle.

—Su padre desea que le dé sus excusas a lord Dorminster, y que la acompañe a usted al Milán. Ha telefoneado desde el Consulado —anunció.

Naida se levantó con evidente disgusto.

—¿No retrasará usted su visita, lord Dorminster? —le dijo ella a la par que le tendía la mano—. Le espero la primera tarde que esté usted libre.

—No tardaré en darme ese placer —contestó él.

La joven saludó con un movimiento de cabeza y le dijo adiós al príncipe. Los dos amigos la siguieron con la mirada.

—La verdad es que uno gana mucho siendo un simple espectador —reflexionó el príncipe—. Ahí van el espíritu de Rusia y el espíritu de Alemania. ¿Y usted somete en estas cosas, amigo Dorminster?... ¿Sabe usted para qué se han reunido... y a quién esperan?

—Es posible que lo adivinara —replicó Nigel—; pero me agradaría más que me lo dijeran.

—Esperan al espíritu rector —declaró Karschoff, cogiéndole del brazo—. Esperan al Gran Príncipe Shan.

Capítulo V

Nigel y Maggie estaban tomando el té en la pequeña salita que le servía a ella de *boudoir*.

Estaban discutiendo la cuestión de su futura residencia en aquella casa.

—Me parece que tendrás que casarte conmigo —dijo él.

—Lo que tendría sus ventajas —admitió ella, pensativa—. De verdad, estoy muy encariñada contigo, Nigel... Me casaría en St. Mary Abbot, en Kensington, y tendría las niñas de Annersley por pajes. ¿No crees que estaría encantadora con un traje de color de oro viejo y las flores de azahar?

—No me atormentes —rogóla él.

—Debemos decidir algo —insistió ella—. No me agradaría dejar estas habitaciones; pero tampoco me gustaría tener a mi apreciable tía como dueña y señora, y supongo que sería gloriosamente impropio para nosotros dos continuar viviendo aquí si yo no quisiera. ¿Estás seguro de que me amas, Nigel?

—No estoy tan seguro como lo estaba esta mañana —confesó él, presentándole la taza para que le sirviera más té—. Hoy conocí en el Ritz a una adorable muchacha. ¡Qué ojos, Maggie! Es la joven más atractiva que he conocido.

—¿De quién se trata? —preguntó Maggie, con aspereza.

—Es rusa. Se llama Naida Karetsky. Karschoff me la presentó.

Maggie se puso repentinamente seria. En el rostro de la muchacha apareció una expresión que él no había visto antes... En sus ojos brilló el temor y la desconfianza, y hasta su voz adquirió un tono de gravedad.

—¿Naida Karetsky? —repitió ella—. ¿Qué hacía allí?

—Fue a comer con su padre y Oscar Immelan. Se detuvo a hablar con Karschoff y le pidió que me presentara. Luego nos invitó a tomar café en el vestíbulo.

—¿Fue ella, pues, la que quiso conocerte?

—Sí.

—¿Sabes quién es?

—Hija de uno de los Cónsules rusos que hay en nuestro país, según tengo entendido.

—Es más que eso —declaró Maggie, nerviosa—. Es la consejera del Presidente ruso. Es la fuerza más vital en la política rusa. Es una mujer que yo quería que tú conocieras, como digna de que le prestaras atención. Y ahora que la conoces, estoy asustada.

—¿Dónde la conociste? —preguntó él, interesado.

—Estuvimos juntas en un Colegio de París. Ella tenía dos años más que yo; pero permaneció allí hasta los veinte. Después nos encontramos en Florencia.

Nigel estaba cada vez más intrigado.

—Es lo suficientemente hermosa —continuó Maggie— para llevar al retortero al gran Pablo Matinsky. Se dice que éste daría gustoso su alma con tal de ser libre para casarse con ella.

—Ahora es la zarina de Rusia sin corona.

Nigel frunció en ceño ligeramente.

—¿No vas demasiado lejos? —objetó él.

—No, sabiendo qué clase de hombre es Matinsky —replicó Maggie—. Matinsky podrá tener sus defectos, como cualquier hombre; pero es un idealista exaltado hasta en su vida privada. Ni él ni Naida dan pábulo a las murmuraciones, ni creo que lo den jamás. Para Matinsky Naida tiene el don más maravilloso del mundo... tiene visiones. Le dijo una vez a un señor con quién hablé en Berlín, que Naida es la única persona del mundo que no puede equivocarse. ¿Tienes alguna idea de lo que la trae aquí?

—Todavía no —repuso él— pero me ha pedido que vaya a verla.

—¿Parecía interesada por ti personalmente, o por tu nombre de Dorminster?

Nigel lanzó un suspiro.

—Tal vez le haya interesado mi persona; pero nada puedo decir. Me preguntó si yo había heredado la manía de mi tío.

—¿Y tú que la dijiste? —preguntó ella con vehemencia.

—Muy poco. Es simpática; pero, después de todo, está en campo enemigo. Ella e Immelan parece que son muy amigos.

—Sin embargo, no creo que se haya comprometido todavía —declaró Maggie—. Siempre me habló con mucho afecto de Inglaterra, Nigel. ¿Crees qué yo pueda tener visiones?

—Estoy seguro de que sí —respondió él.

—Muy bien. Pues te diré lo que veo —continuó ella—. Veo a Naida Karetsky, por Rusia, a Oscar Immelan, por Alemania, Austria y Suiza, y al Príncipe Shan, por Asia..., reunidos aquí... en Londres... en la próxima semana, o dentro de diez días a más tardar, para decidir si los planes que se han tramado contra nosotros se ejecutarán o no. En cuanto a Immelan, no caben dudas. Aunque lo disimula muy bien odia a Inglaterra con todo el fervor de un fanático. Naida no está aún convencida; todavía ha de ser ganada. Y respecto al príncipe Shan...

—¿Qué sabes de él? —preguntó Nigel, un poco desconcertado al notar la gravedad de Maggie.

—Si es verdad lo que se dice de él —respondió ella—, no pesan influencias extrañas sobre su ánimo; pero hay que vigilarle y desconfiar de él.

—Se asegura que el príncipe Shan va a París, y que no vendrá a Londres —observó Nigel.

—Si va a París —dijo Maggie—, Naida e Immelan irán, y nosotros también. Si viene aquí todo será más fácil para nosotros. Dime, Nigel. ¿Viste al Primer Ministro?

—Le vi; pero sin el menor resultado. Opina que el veredicto es justo, pues no se trata de un crimen, si no de un suicidio.

—¡Es un estúpido! —exclamó Maggie.

—Ningún inglés de tipo corriente es capaz de creer que mi tío fue asesinado a sangre fría en el mismo corazón de Londres por un agente del servicio secreto de una potencia extranjera. No les cabe en la cabeza esta gran verdad. ¡Y pensar que sólo unas páginas del informe nos lo hubieran revelado todo! ¡Y yo, que lo tuve en mis manos!...

—¡Y yo, en el corsé! —gruñó Maggie.

Tras un breve silencio, Nigel se dirigió a la puerta.

—Vamos a la biblioteca, Maggie —dijo—, y trataremos de reconstruir el hecho.

En el vestíbulo encontraron a Brookes, y los tres entraron en la biblioteca. Las ventanas no habían sido abiertas desde el día del crimen, y en la atmósfera flotaba ese tufillo indefinible que subsiste tiempo y tiempo en las habitaciones que han sido escenario de una tragedia. Algo instintivo les hacía hablar quedamente y andar sin mover ruido. Nigel ocupó el sillón de su tío y concentrando sus pensamientos se transportó mentalmente a los momentos que precedieron al crimen.

—Brookes —empezó a decir Nigel—, vamos a repetir la escena que se desarrolló cuando la policía hizo aquí la primera indagación. Como usted ve, el escritorio dista bastante de la puerta para que mi tío pudiera prevenirse contra el asesino. ¿Cree que el criminal pudo entrar por otro sitio que no fuese la puerta?

—Sí, señor —respondió el criado—, y lamento no haberlo dicho entonces. —Pudo saltar por la ventana, que precisamente quedó abierta para que se ventilara la habitación, una vez terminada la limpieza.

Nigel se aproximó a la ventana, que estaba casi al mismo nivel del suelo, y aunque protegida por una reja de hierro que daba a la calle, la puertecita que podía ser abierta desde fuera, no sólo hacía posible el acceso al interior, sino fácil.

Nigel volvió a ocupar el sillón.

—No concibo que se pasara por alto este detalle en las indagaciones —murmuró, meditabundo—. ¿Cómo no lo dijo usted, Brookes?

—Nadie me lo preguntó, señor —contestó el criado—. Si el señor me lo permite, le diré algo que observé entonces. Lo mismo el juez que realizó las investigaciones del caso que el inspector de policía se empeñaron en que no podía tratarse más que de un suicidio.

—Yo comprobé lo mismo —asintió Nigel—, aunque de todos modos, Brookes, puede que haya sido mejor que el hecho se haya estimado como suicidio en el veredicto.

Despidió al criado con un leve gesto, y empezó a hojear las claves que todavía estaban sobre la mesa.

—Tú y yo, por lo menos, sabemos la verdad —dijo dirigiéndose a Maggie—, y mientras no podamos obtener ayuda de quien puede y debe prestárnosla, creo que lo más prudente es dejar el asunto como está. No nos

conviene que la gente se ocupe de nosotros. Necesitamos eliminar las sospechas en cuanto sea posible, para estar libres y poder vigilar mejor a esos tres.

En este momento sonó el timbre del teléfono y cuando Nigel alargaba el brazo para coger el auricular, derribó uno de los códigos, encuadernado en piel. Una hoja de papel, con unas pocas líneas escritas, cayó, aleteando, al suelo. Maggie la recogió, y la examinó con aire indiferente; pero, de súbito; tuvo una inspiración.

—Nigel, ¿conoces esta letra? —le preguntó.

—Sí, es la de mi tío, Maggie. —¿No podría ser parte del despacho cifrado?

La llamada telefónica no tenía importancia. Nigel colgó el auricular. Ambos miraron con ansiedad el papel manuscrito. Tenía el número 8 en la parte superior, y las pocas palabras escritas por lord Dorminster, eran sin duda, continuación de las cuartillas anteriores. Decían así:

Una de las tres ciudades secretas que debemos descubrir a toda costa, es Kroten, y la única pista que he podido hallar hasta el momento presente, es el teléfono que tiene en Londres, Mayfair 146.

Registraron detenidamente el voluminoso código; pero fue en vano. Nigel y Maggie se embebieron en el estudio del contenido de la cuartilla. Nigel descolgó una mapa que pendía de una de las paredes laterales, y se enfrascó en su lectura.

—Aquí está Kroten —exclamó de repente.

Con ayuda de un atlas pudo averiguar que Kroten era una pequeña ciudad que distaba seiscientas millas de Moscú, en medio de una zona pantanosa y estéril, sin industria y de 30 000 habitantes, y cuya insalubridad impedía el crecimiento de la población.

—Pues no es un lugar muy recomendable —comentó Nigel.

—Yo he tenido más suerte que tú. ¡Mira! —exclamó Maggie, señalando una línea del libro de direcciones telefónicas.

Nigel miró por encima del hombro de la joven, y leyó:

Immelman, Oscar. Calle Clarges, 13, W. Mayfair, número 146.

OceanofPDF.com

Capítulo VI

Nigel pasó la mañana siguiente jugando al golf en Ranelagh con Jere Chalmers, un joven norteamericano perteneciente a la carrera diplomática, que había llegado unos días antes con una carta de presentación para él.

Después de unas horas muy agradables abandonaron el campo, ya como verdaderos amigos.

—Vistámonos pronto, Dorminster —le dijo a éste su compañero al llegar a la caseta—, pues tengo unas ganas locas de beberme un cóctel, y quiero decirle algo antes de reunirnos con los demás.

—En seguida —repuso Nigel—. Me pondré el traje de franela para ir a comer, y jugar un par de partidos al tenis, si usted no tiene inconveniente. Mi prima Maggie Trent, a quien conocerá en la comida, es una chica muy vivaracha, y por eso no le gusta el golf.

—A mí me da igual un juego que otro —contestó el americano, metiendo la cabeza en el lavabo para lavársela—. ¡Qué gusto da el agua fría! Dese prisa. Vamos a charlar cinco minutos sobre el césped, con el hielo nadando en nuestros vasos.

Cuando se hubieron vestido y peinado, los dos amigos salieron al vestíbulo, dieron una orden a un empleado de chaqueta colorada y ocuparon una mesa, a la sombra de uno de los frondosos árboles del jardín.

—Dorminster —empezó a decir Chalmers, con aire pensativo—, este país es maravilloso.

—¿Es eso lo que tenía que decirme? —exclamó Nigel.

—Y otras cosas más —repuso Chalmers, como reflexionando—, como, por ejemplo, que ustedes, los ingleses, viven completamente despreocupados de algo muy importante. Yo, aunque aprendiz de diplomático, huelo que Inglaterra está abocada a grandes peligros.

—¿En qué sentido?

El joven americano se encogió de hombros.

—Bueno, tienen ustedes un Gobierno muy democrático..., no del todo malo, según se están poniendo las cosas, que ha sangrado un tanto a la burguesía, cosa que hasta encuentro bien. Pero, a todo esto, ustedes, que tienen que guardar un imperio, están perdiendo todo contacto con la política internacional. Sus embajadores han sido desplazados por cónsules comerciales, han disuelto su Servicio Secreto y han puesto todas sus esperanzas en la Sociedad de Naciones. Créame, amigo Dorminster, están corriendo graves riesgos.

—No ha de olvidar que la Sociedad de Naciones fue cosa de su país —replicó Nigel.

—Ciertamente, la iniciativa partió del Presidente Wilson —murmuró Chalmers—; pero mi país no le apoyó nunca. Lo peor que sucede en la otra parte del Atlántico, es que raras veces vamos al unísono.

—La Sociedad de Naciones fue una buena idea y causó mucho entusiasmo —convino Nigel—; pero pertenece al reino de la utopía, y no a este bajo mundo.

—En efecto —concedió Chalmers— y, sin embargo, fue Inglaterra casi la única nación que le dio vida, amamantándola en sus pechos. Y, hablando con franqueza, ¿qué otro país del mundo cumple estrictamente sus convenciones? He de confesarle que nosotros tenemos la vista fija en el Japón, y constantemente botamos al agua barcos que llamamos mercantes y que le asombrarían a usted si los examinase minuciosamente. Nuestra Guardia Nacional, por otra parte, sabe más, mucho más de cosas militares que nuestros abuelos. Ustedes se han convertido en unos pacifistas infatuados. No le estoy contando cuentos de viejas; pero me duele ver como andan las cosas en el Este. Asia ha cambiado mucho desde que ese pasmoso Príncipe Shan hizo de China una gran nación.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —concedió Nigel—; ¿qué puede hacer uno? El Gobierno actual tiene una mayoría abrumadora; el comercio, tanto en el país como en el exterior, marcha prósperamente y la contribución ha disminuido un chelín por cada libra y se aspira a suprimirla. Todo el mundo está orondo y feliz.

—Exactamente igual que en 1914 —expresó Chalmers recalcando sus palabras.

—Más aún —aseguró Dorminster—. Entonces no faltaban los alarmistas. Hoy día están como adormecidos. Precisamente mi tío...

—Su tío era un hombre como hay pocos y muy perspicaz —le atajó Chalmers—. Iba a hablarle de él ahora mismo.

—Ya hablaremos después de comer —sugirió Nigel, levantándose—. Ahí viene mi prima con algunos amigos tenistas. Karschoff comerá también con nosotros. Supongo que le conoce ya. Venga y le presentaré a esos amigos.

Se enredaron todos en una alegre charla bajo los copudos árboles, hasta que la hora les obligó a marchar al comedor, donde tomaron asiento en torno de una mesa redonda, reservada para ellos en un extremo del salón. Maggie tomó posesión de Chalmers en seguida.

—Anhelaba conocerle a usted, mister Chalmers —comenzó a decir la joven—. Me han dicho que usted representa los métodos modernos de la diplomacia americana, y que por eso mismo le han nombrado primer secretario pasando por encima de media docena de superiores a usted. ¡Lo que les habrá molestado su ascenso y lo mucho que debe valer usted cuando lo ha conseguido!

—No creo que estén resentidos por ello —respondió el joven, brillándole la mirada—. Si de algo puedo alabarme es de haber dado un tono nuevo a la diplomacia. Siempre se me dijo que hay treinta y siete maneras de mentir en todo hecho diplomático; pero yo he prescindido de la mentira y prefiero decir siempre la verdad.

—Eso, además de sorprendente y original es muy atrevido —murmuró Maggie—. ¿Qué me contestaría usted si yo le preguntase si mi nariz necesita ahora polvos?

—Pues le contestaría sencillamente que la cuestión se sale de la esfera de mis actividades —repuso él— pero ya en el terreno privado le diría a usted que un poquitín de polvos en el lado izquierdo no la perjudicaría.

—Comienzo a creer —confesó ella— que es verdad cuanto de usted he oído decir.

—Dígame exactamente lo que usted ha oído —rogó él—, prescindiendo de lo que sea desagradable. Me gustan las alabanzas y las buenas noticias.

—Primeramente que usted es un joven extraordinariamente listo, que habla siete idiomas perfectamente, que conoce el camino de casi todas las capitales europeas y que tiene ideas propias acerca de lo que va a suceder dentro de seis o siete años.

—Usted ha frecuentado círculos bien informados por lo que veo —admitió él—. Ahora, ¿puedo hacer lo mismo con usted?

—No es posible que usted pueda saber algo de mí —dijo ella confiada.

—Podría decirle lo que he descubierto por observación personal —replicó él.

—Eso suena a cumplimiento o a candidez, dos cosas que aterran.

—Procuraré no asustarla —le aseguró él—. Guardaré los secretos de mi corazón... hasta después de comer. Pero ahora, permítame que le pregunte... ¿Cómo lo pasó en Berlín?

La actitud de Maggie cambió.

Bajó la voz, y dijo:

—¿En Berlín?

—En casa del antiguo fabricante de cuero y actual Presidente *Herr Essendorff*. Supongo que le gustaron aquellos niños gordinflones. A mí siempre me parecieron unos aborrecibles mocositos.

—¿Cómo sabe usted que yo estuve en Berlín? —preguntó la joven.

—Todo se sabe en este mundo —contestó él—. La verdad es que en mi país preocupaba la suerte que usted podía correr. Yo era el angelito que la vigilaba desde arriba.

—Es usted, sin duda —dijo Maggie—, un joven muy interesante. Ya hablaremos cuando estemos solos.

—Una indicación que me hace volver a *mes moutons* —observó el joven...— Dorminster —añadió, volviéndose a su anfitrión—. Me dijeron hace algunos días que usted piensa escribir una novela. Si ello es verdad, fíjese en esa señorita que acaba de entrar. Es un tipo digno de estudio; pero de una inteligencia que pudiera frustrar hasta las tentativas de un análisis.

Naida, escoltada por su padre e Immelan, saludó con una inclinación de cabeza a Nigel y Karschoff antes de ocupar una mesa próxima, y su mirada se fijó en el resto del grupo, con marcado interés. Al reconocer a Maggie, la saludó con la mano.

—Immelman es un admirador muy constante —dijo el príncipe un poco intranquilo.

—¿Es aquél su padre? —preguntó Maggie.

El príncipe asintió.

—Es uno de los embajadores comerciales de mi país. En vez de actuar en la diplomacia, vigila los cargamentos y habla de fletes. Supongo que él e Immelman estarán continuamente comparando notas de precios; pero yo apenas comprendo qué viene a hacer aquí mi querida amiga Naida.

—Todavía existen cosas en el mundo de gran interés para que ella venga por aquí —murmuró Chalmers—. Se comenta que Immelman sea tan devoto de ella.

—¡Promotor de escándalos! —exclamó el príncipe con alguna severidad—. Joven del Nuevo Mundo —continuó—, siga comiendo y bebiendo y deje de mirar a esos dos y recuerde que su pueblo de usted nos trajo la Sociedad de Naciones, y muéstrese humilde y hasta pesaroso ante sus tristes resultados.

—Yo no puedo ser responsable, directa ni indirectamente de tales coqueteos políticos —gruñó Chalmers—. Además, ¿por qué ha de haber política en esto? *Mademoiselle* Karetsky es bastante atractiva para trastornar a más de un hombre, y hasta a un experimentado y viejo *boulevardier* como usted, príncipe.

—Este joven —dijo Karschoff deliberadamente— se hallará muy pronto ante un fracaso irremediable en su carrera. No respeta ni la edad y está espantosamente falto de finura. Pero da lo mismo. Sólo en un punto estoy de acuerdo con él. No creo que exista un hombre que pudiera resistir a Naida si ésta deseara atraérselo.

El pequeño grupo se puso en marcha hacia el jardín, donde se sentaron en el césped para tomar el café y cambiar saludos con algunas amistades. A distancia, tocaba la orquesta una música suave que se diluía en la atmósfera de la agradable, casi lánguida tarde de primavera. Por todas partes se notaban señales de contento. Cuando llegó la hora del tenis, Chalmers inició el juego con Maggie. Y tan pronto estuvieron seguros de no ser oídos, ella se volvió a él un poco abruptamente.

—Dígame qué sabe usted de mi estancia en Berlín —preguntóle.

—Todo —respondió él con gravedad.

—¿Quiere usted decir...?

—Quiero decir que el Nuevo Mundo ha progresado cuando el Viejo Mundo parece atacado de una terrible ceguera. Nuestro Servicio Secreto nunca ha sido mejor que ahora y, francamente, sé muchas cosas que no me agradan. He de hablar con lord Dorminster esta tarde muy seriamente; pero antes tenía que hacerlo con usted. Me han dicho que usted proyecta volver a Berlín.

—No sé cómo ha podido informarse usted. Ese rumor no es incierto —admitió ella—, aunque todavía no me he decidido.

—No vaya —rogóle él.

—¿Cree usted que ellos saben realmente todo lo que a mí afecta?

—Sé que ellos lo saben. No tengo inconveniente en decirle que estuvo a punto de ser reconocida en la frontera holandesa, y que nosotros teníamos dos de nuestros mejores hombres siguiéndole los pasos. Uno de ellos actuaba por propia iniciativa, y de no ser por él usted no hubiera cruzado la frontera.

—¡Ya me extrañó que me dejaran salir con tanta facilidad! —dijo ella—. Quizás podría usted explicarme por qué *Frau* Essendorff continúa escribiéndome bajo el seudónimo de «Miss Brown» y a mi dirección en Lincolnshire, rogándome que vuelva.

—También podría decirle eso —replicó él—. Quieren que vuelva usted a Berlín.

—¿Entonces saben que yo traje el despacho de Atcheson? —preguntó Maggie.

—Lo saben —le aseguró él—, y saben también que era un trabajo perdido. Sus agentes en Londres ya se preocuparían de ello.

—Quizá —sugirió la joven—. ¿Quiénes son sus agentes en Londres? ¿Lo sabe usted?

—Más pronto o más tarde tendremos que abordar ese punto...

—Vamos a jugar un rato —le interrumpió ella.

Capítulo VII

Naida, al dejar a su padre, quien había tomado un taxi para que le llevara a las cercanías de Piccadilly, dirigióse hacia las pistas del campo de tenis, donde Nigel y sus compañeros estaban jugando.

—Me agradaría presenciar este juego unos minutos —dijo a su acompañante—. Los dos hombres son tipos completamente opuestos, pero bien parecidos. Y *lady* Maggie me fascina.

Immelman buscó dos sillas y se sentaron para presenciar el juego. Nigel, estaba elegantísimo con su impecable e inmaculado traje de blanca franela. Chalmers, musculado y vigoroso, también presentaba un distinguido aspecto. El juego era rápido y a veces brillante. Nigel, con Maggie por compañera, y Chalmers con una de sus amigas, formaban dos parejas muy equilibradas. Naida, inclinada hacia adelante, en su silla, seguía el partido con mucho interés.

—Encuentro este juego muy fascinador —murmuró la joven—. Confío en que Nigel y su prima ganarán; pero sus simpatías, por supuesto, están en la otra parte, ¿no es así?

—Ciertamente —asintió Immelman—. Mis simpatías están en la otra parte.

El juego se interrumpió durante unos momentos. El sol molestaba y los jugadores cambiaron de sitio. Naida se volvió a su compañero pensativa, y dijo mirando a su alrededor, como para asegurarse de no ser oída:

—Amigo, me maravilla su impasibilidad, lo mismo en las cosas pequeñas que en las grandes. Vería morir a un inglés, amigo o enemigo, como si fuese una serpiente venenosa que se interpusiera a su paso.

—Es mucha verdad —replicó él con calma.

—Pero América fue enemiga de su patria una vez —continuó la joven, admirando el poderoso juego de Chalmers.

—Con América hicimos las paces —contestó él—. Con Inglaterra, nunca. Si usted desea conocer la razón de mi odio inextinguible, que

comparto con millones de paisanos míos, no tiene más que comprar por un chelín en cualquier librería, el *Tratado de Versalles*.

—La opinión de Pablo —observó Naida— es que por aquellos días Inglaterra no tenía estadistas... nadie capaz de olfatear lo que había más allá de sus narices. Cuando pienso en aquel Tratado, amigo mío, simpatizo con ustedes hasta cierto punto.

—¿No es usted, pues, amiga nuestra? —preguntó Immelan.

Durante unos momentos la joven pareció muy interesada en el juego. Su compañero, sin embargo, esperó su respuesta pacientemente.

—En cierto modo —dijo ella al fin—. Hallo algo magnífico en sus planes de venganza, maravillosamente concebidos, y en el espíritu que se ha desarrollado y se conserva vivo a través de los años. Por otra parte, pienso en mi patria y me pregunto si ustedes no están jugando al ratón y al gato con mi país.

—Nuestra alianza es la más natural y beneficiosa de todas las alianzas posibles —repuso Immelan—. Alemania y Rusia, juntas, pueden dominar al Mundo.

—No estoy muy segura de que haya igualdad de condiciones para ambos en el negocio que ustedes tratan de hacer con nuestra ayuda —dijo Naida—. Alemania aspira, desde luego, a apoderarse del Mundo; pero ustedes todavía están atados por los términos del Tratado. Ustedes no pueden construir una gran flota de guerra ni aviones; no pueden adiestrar grandes ejércitos; no pueden almacenar lo necesario para una guerra victoriosa. Por eso sus pensamientos se vuelven hacia Rusia en espera de que les proporcione lo que les falta; pero Rusia no quiere apoderarse del Mundo. Rusia aspira solamente a fortalecerse interiormente porque también tiene un poderoso enemigo a sus puertas. No estoy segura de que su proposición sea justa.

—Es la primera vez que la oigo hablar de esa manera —declaró Immelan, con un pequeño temblor en sus labios.

—He estado en Inglaterra dos veces durante estos últimos meses —dijo Naida—. Usted sabe muy bien por complacer a quién. He estudiado la situación política, observo a las gentes, que encuentro muy cariñosas, y el actual Gobierno está lejos de sospechar nada y es genuinamente altruista.

Después de todo, el Tratado se debe a una Inglaterra que ha pasado. La Inglaterra de hoy no irá a la guerra por nada del mundo. Aquí creen que han resuelto el problema de la paz perpetua.

Immelman sonrió un poco amargamente, y dijo:

—Querida señorita, si pierdo su ayuda, si usted regresa a Moscú, y le habla a Pablo Matinsky como me está hablando a mí, causará un profundo dolor a mi patria.

—Pablo no me considera infalible —repuso ella—. Además, hay otras consideraciones. Y ahora, por favor, hablemos del tenis. No sé si me engaña mi imaginación; pero ese hombre que está a su izquierda, vestido de gris, parece muy interesado en nuestra conversación. No es posible que nos oiga, ni nos ha mirado una sola vez. Sin embargo, tengo un instinto para estas cosas...

Immelman miró en la dirección indicada por la joven y vio a un individuo de aspecto tranquilo y de inofensiva apariencia, vestido de gris, bien afeitado y de mediana edad. Nada había en él que pudiera distinguirlo entre cuantos por allí vagaban.

—Tiene usted razón —admitió su compañero—. Uno no debiera hablar de estas cosas donde hasta los pájaros pueden oír; pero es tan difícil... No es posible que pueda oírnos; pero puede que haya otros que al pasar por detrás pisando la hierba tan silenciosamente...

Callaron. Naida se absorbió en la contemplación del juego.

Su mirada estaba fija en Nigel, siguiendo sus movimientos y aplaudiendo sus jugadas. Immelman, sentado a su lado, vigilaba.

—Son dos buenas parejas —dijo él, de pronto.

—Chalmers tiene un juego maravilloso —declaró la joven—; pero lord Dorminster le supera en habilidad. ¡Oh, bravo!

La partida acabó en aquel momento con un golpe de revés dado por Nigel. La pelota pasó velozmente por encima de la red, fuera del alcance de la pareja opuesta. Los jugadores marcharon hacia los asientos que había bajo los árboles. Naida sonrió a Nigel y éste se dirigió hacia ella. Una vez más tuvo conciencia de aquella peculiar sensación de placer y bienestar que sentía al estar en su compañía.

—Juega muy bien, lord Dorminster —díjole.

—Estuve inspirado —repuso él.

—¿Por su compañera?

—Maggie es una pareja encantadora; pero yo estaba pensando en los espectadores.

—Mister Immelan se interesa mucho por el tenis —dijo ella, recalcando la frase con una sonrisa que tenía algo de reto.

—¿Y usted?

—Aún más.

—Dígame algo del tenis en Rusia —le rogó él, sentándose a su lado, sobre la hierba.

—Nosotros no lo practicamos —replicó ella—. Yo aprendí a jugar en Cannes, donde, caso curioso, le vi jugar hace tres años.

—¿Estaba usted de temporada? —preguntó él con interés.

—Estuve solamente unos días. Íbamos en auto desde España a Montecarlo. Cannes estaba muy concurrido; pero, como usted ve, aún le recuerdo.

La voz de la joven parecía tener un particular encanto, una curiosa y potente sugestión de interés personal que aceleraba el pulso de Nigel. Levantó la mirada y se encontró con la de ella. Por un momento el campo de tenis desapareció de su vista. Levantóse bruscamente. Esta vez evitó mirarla.

—Venga conmigo y hablará con Maggie —le rogó—. El señor Immelan podría esperarla un momento.

Immelan saludó como una esfinge; frío, furioso. Los dos marcharon juntos. Al terminar el siguiente juego, Naida, que se había reunido de nuevo con su compañero, desapareció. En una silla próxima permanecía sentado el apacible extranjero vestido de gris. Chalmers cogió del brazo a Nigel y le condujo hacia donde estaba el caballero que había llamado la atención de Naida. Acto seguido procedió a presentarles.

—Mister Gilberto Jesson... Lord Dorminster.

Los dos hombres se estrecharon las manos; Nigel como si quisiera avivar un vago recuerdo, para localizarle.

—Mister Jesson —explicó Chalmers, bajando un poco la voz— fue un apreciado miembro de nuestro Departamento de Inteligencia. Dimitió hace

unos meses. Si me dedicara un par de horas esta tarde, conocería los motivos de la dimisión de *Mr. Jesson*.

—Tendré mucho placer, ciertamente —repuso Nigel—. Venga a cenar conmigo esta noche en mi casa de Belgrave Square. De todos modos iba a pedírselo Chalmers. Naida Karetsky ha prometido venir y mi prima actuará de anfitriona.

—Acepto con mucho gusto —dijo Jesson—. Ya comprenderá —añadió— que la información que Mister Chalmers acaba de darle, concerniente a mí, es confidencial en absoluto.

Nigel asintió.

—Nosotros tres tendremos una pequeña charla, solos, después de cenar —sugirió—. A las ocho, en Belgrave Square, número 17.

Jesson se marchó tras una breve e insulsa conversación. Chalmers le miró marchar, pensativo y dijo:

—Es un muchacho inofensivo al parecer, ¿no? Sin embargo, no hay nadie que conozca tanto lo que está ocurriendo en Europa, tras cortina, como ese hombre.

—¿Por qué renunció al cargo, entonces? —inquirió Nigel.

—Él se lo dirá esta noche —fue la tranquila respuesta de Chalmers.

OceanofPDF.com

Capítulo VIII

—**N**o me casaré contigo después de lo sucedido —dijo Maggie cuando a la hora del atardecer se arreglaba el cabello ante uno de los espejos dorados que adornaban el salón de Belgrave Square.

—¿Por qué no? —preguntó Nigel.

—Porque estás dando señales de infidelidad —contestó ella—. Tu coqueteo con Naida ha sido imperdonable, y te saliste de tu costumbre al invitarla a cenar esta noche con nosotros.

—¡Con que esas tenemos! —exclamó Nigel—. Suponiendo que fuera verdad, no hice sencillamente más que obedecer tus órdenes. Fuiste tú quien me incitó a que me dedicara a ella.

—¡Los sacrificios que nosotras, las mujeres, nos hemos de imponer por el bien del país...! —suspiró Maggie—. Sin embargo, no debiste tomarlo tan al pie de la letra. Exageras demasiado la nota, Nigel.

—Aun admitiendo que sea así —replicó él, sonriendo, —es una personita perfectamente admirable. Salgamos de esta atmósfera victoriana —añadió mirando alrededor del gran aposento severamente amueblado, si bien con un sello de relamida y marchitada elegancia.— Vamos a la salita y que nos sirva Brookes algunos cócteles y cigarrillos. Chalmers no es amigo de etiquetas y *Mademoiselle* Karetsky apreciará la nota cosmopolita de nuestro recibimiento.

—¿No crees que será una familiaridad excesiva? —preguntó Maggie al pasar junto al cortinaje que Nigel sostenía—. No estoy segura de que sea muy correcto representar el papel de anfitrión sin una tía o algo parecido a mi lado. Debo pensar en mi reputación. Puede que me decida a casarme con mister Chalmers, y los americanos son muy especiales respecto a estas cosas.

—Te tomas el asunto con demasiada calma —objetó ella—. Puedo asegurarte que me estoy volviendo quisquillosa. Odio a las mujeres rusas de tez crema y ojos de color violeta.

—No negarás que tiene unos ojos maravillosos —dijo Nigel, después de dar órdenes a Brookes.

—Naida merece algo mejor que tú —recordóle ella—. No olvides que ha de gobernar a Rusia algún día.

—Por ahora, no —dijo Nigel—. Pablo Matinsky está casado.

—Con una inválida.

—Los inválidos viven mucho tiempo.

—Los presidentes y los emperadores pueden obtener el divorcio con facilidad, especialmente en esta edad irreligiosa.

—Matinsky no es de esa clase —dijo Nigel, esforzándose en bromear—. Hasta un viejo charlatán como Karschoff, le llama puritano, y tú misma has hablado de sus rígidos principios.

—Si estás determinado a precipitarte en un abismo —repuso Maggie, encogiéndose de hombros—, puedes hacerlo; pero ten en cuenta que si consigues intimar con Naida, introducirás una diferencia personal en nuestra lucha venidera.

—¿Qué quieres decir? —demandó Nigel.

—¿Qué? Pues que Immelan —replicó ella— está loco por Naida. Cualquiera puede verlo.

Nigel se rió burlonamente, y protestó, diciendo:

—Mi querida chiquilla, ¿puedes imaginarte a una mujer como Naida pensando seriamente en un individuo como Immelan... Un aventurero teutónico, enredador, sin educación ni maneras y de clase inferior a la de ella?

Maggie rió suavemente durante unos momentos.

—¡Vaya suerte pescar a un hombre como tú, mi querido Nigel! —exclamó la joven—. No he visto brillar tus ojos en mucho tiempo como ahora. ¡Los cócteles, gracias a Dios! Agita uno para mí, hasta que la espuma llegue al borde del vaso, hazme el favor, y luego dame un cigarrillo.

Nigel obedeció la orden, se sirvió a sí mismo y miró el reloj cuando salía Brookes de la sala.

—¡Qué delicadeza la tuya al venir media hora más pronto, Maggie! —dijo él.

—Es esta la primera vez que lo has notado —contestó ella, alegre y triste al mismo tiempo—. ¿Recuerdas, Nigel, que ha pasado casi una semana desde que te me declaraste? Dada tu inclinación por Naida, me figuro que ya no piensas casarte conmigo.

Él atravesó la sala y permaneció de pie, mirándola pensativo. La joven llevaba un traje negro de encaje, atrevidamente a la moda, que mostraba sus blancos hombros y cuello. Recogíase sus oscuros cabellos en un sencillo, pero artístico peinado. Mostrábase mordaz, seductora, con una sonrisa provocativa en las comisuras de los labios y un brillo desafiador en los ojos. La elegancia y la feminidad de la joven eran avasalladoras.

—Harías una esposa adorable —dijo él, reflexionando.

—¿Para otro?

—Sería una proposición inadecuada —repuso él.

—Eres muy guapo, Nigel —murmuró ella.

—Y tu terriblemente atractiva, Maggie.

—Entonces —suspiró ella—, ¿por qué ninguno de los dos quiere casarse con el otro?

—Si te saliera una proporción realmente buena para ti... —comenzó a decir él.

—¡Ya están ahí! —le interrumpió ella, haciendo un gracioso mohín.

Los tres invitados llegaron casi juntos, trayendo consigo, por lo menos en cuanto a Chalmers y Naida concernía, una alegre cordialidad que había de contribuir a hacer más agradable la cena. Naida también vestía de negro, con más sencillez que Maggie, pero plena de distinción. No llevaba joyas, excepto un maravilloso hilo de perlas. Su cabello negro estaba recogido hacia atrás; pero sobre las orejas le caían unos lindos ricitos. Parecía más joven que horas antes, como si hubiera decidido desprenderse aquella noche de los graves cuidados de la vida y gozar de las frivolidades que, después de todo, son patrimonio de la juventud. Sentóse a la derecha de Nigel, a quien acosaba a preguntas respecto a la parte menos seria de la vida... su deporte favorito, los libros y pasatiempos. Sus rasgos de humor deleitaron a todos, y aunque Nigel hubiera preferido, e hizo todo lo posible para conseguirlo, una incursión a temas más serios, se vio obligado a admirar el tacto con que ella frustraba continuamente sus propósitos.

—Es una equivocación —declaró una de las veces— creer que las mujeres tendamos a la gravedad, a menos que se nos obligue a ello. Todas nuestras tendencias van hacia la alegría. Somos mariposas, realmente, por instinto, y estamos en nuestro centro cuando nos expresamos con toda naturalidad. ¿No está usted conforme conmigo, Maggie?

—Desde el fondo de mi corazón —asintió Maggie—. Nada, aparte de los deberes de conciencia, me induce a poner la cara larga y los pensamientos en cosas serias. Pero les advierto que en mí pesa poco la conciencia.

—Ya veo que usted —continuó Naida, sonriendo a su amiga— es de las que cuando alguien desea hablar de política o sociología con usted, le quita un poco de plumón de las alas para que no vuele tan alto. Nosotras, en verdad, queremos que nos hablen de... otras cosas.

—Yo imagino —replicó Nigel— que mi sexo opina frecuentemente lo mismo.

—No tanto como yo desearía —dijo ella—. Yo he adquirido una innmerecida reputación de mujer reflexiva, en Rusia, especialmente, y cuando me reúno con extranjeros no miran mi traje o mi peinado, sino que de buenas a primeras se sumergen en temas de... filosofía, o historia, o de política internacional, de los que nada sé.

—¿No sabe usted nada de política internacional? —preguntó Nigel.

—Se ha tirado usted a fondo —dijo ella, riendo—. De eso tengo algún conocimiento, realmente, no mucho. Sin embargo, he formado mis teorías sobre ello. He observado que aquellos que no se han pasado la vida chapoteando en la charca política son los que tienen mayor claridad de juicio y menos prejuicios. ¿Obsequia usted siempre con fresas a sus invitados, lord Dorminster? Si es así, me agradaría vivir aquí.

—Si usted me promete venir —replicó él—, tendrá siempre fresas, aunque tenga que cultivarlas yo mismo en mi jardincito de Jersey.

—Maggie, ¿verdad que el ofrecimiento de lord Dorminster envuelve una declaración? —dijo Naida, riendo—. La golosina de las fresas nos ha aproximado; pero renuncio a ellas. No le creo capaz de llegar a las últimas consecuencias.

—Sería un esposo excesivamente complaciente —declaró Maggie después de un momento de vacilación— por lo que si nadie se decide a pedir mi mano, probablemente me casaré con él algún día.

—Lord Dorminster es el hombre pintiparado para mí —alegó Naida, con un movimiento de cabeza afirmativo—. Es mi tipo. Además, usted ha tenido muchas oportunidades de conquistarle, y por eso no creo que le ame, Maggie. Tengo un gran amigo en Rusia que me ha pronosticado que no me casaré nunca. Y eso no me agrada. La soltería es la peor suerte que le pueda caer a una mujer.

—Pues tiene el remedio en sus propias manos —dijo Nigel.

Jesson, que apenas intervenía en el diálogo, atraía el interés general en torno de su persona. De vez en cuando formulaba una sutil observación y escuchaba las ocurrencias de los otros con un humorístico brillo en sus ojos, escudados tras los lentes. Finalmente, cuando las muchachas les dejaron, Nigel condujo a sus dos amigos al despacho, donde se les sirvió el café y los licores.

—Antes de que nos interrumpan Maggie y Naida —comenzó a decir Nigel cuando la puerta se cerró tras Brookes y sus satélites—, quiero que me explique, Chalmers, lo referente a la dimisión de Jesson.

—Se lo diré en pocas palabras —replicó el joven americano—. Jesson era uno de los mejores hombres que teníamos en Europa. Dimitió, simplemente, porque quiere trabajar con usted.

—No comprendo bien... —objetó Nigel.

—Déjeme hablar —le atajó Jesson—. Me pasé estos últimos años fisgando por Europa, y sé que en cuanto a los Estados Unidos concierne, nada hay que hacer. Mis informes, para ellos, no valen más que el papel en que están escritos; pero sigo recibiendo de Washington la paga, puntualmente. Como mi trabajo no era el de recoger información que afecte a otros países, presenté mi dimisión. En el Este se están fraguando grandes acontecimientos, lord Dorminster, y quiero meter mano en este juego.

—¿Acaso quiere usted trabajar por y para Inglaterra? —preguntóle Nigel.

—Sí, señor —repuso Jesson, quedamente—, eso es lo que deseo. Soy uno de esos americanos que todavía se consideran medio ingleses. Después

de los Estados Unidos, Gran Bretaña es mi patria. Conozco el terreno que piso, lord Dorminster, y he llegado a la conclusión de que amagan grandes peligros para ustedes.

—Estoy convencido de ello —convino Nigel—; pero usted ya sabe cómo están aquí las cosas. Tenemos un Gobierno demócrata que ha puesto toda su fe en la Sociedad de Naciones y que es completamente antimilitarista. En el papel, los gobiernos de Rusia, de Alemania y de la mayor parte de los países de Europa, son de la misma opinión. Los ingleses que han buceado a fondo en la política internacional... y mi tío era uno de ellos..., se dan perfecta cuenta de que ningún Imperio puede considerarse seguro en nuestras condiciones. En mi país pululan los hombres del Servicio Secreto extranjero, y sólo Dios sabe lo que están planeando contra nosotros.

—Dios y Naida Karetsky —intervino Chalmers en voz baja.

—¿Cree usted que ella es enemiga nuestra? —preguntó Nigel, con visible ansiedad.

—Es amiga de Immelan —recordóle Chalmers.

—Hubo un hombre llamado Atcheson... —empezó a decir Jesson con toda calma.

Nigel le interrumpió, asintiendo, y dijo:

—Era uno de los dos hombres que mi tío envió al extranjero. El primero fue apuñalado en Moscú. Jim Atcheson murió envenenado en Berlín.

—En ciertos medios hubo gran sobresalto por lo de Atcheson —aseguró Jesson— por suponerse que había conseguido hacer llegar a manos del difunto lord Dorminster el informe que motivó su muerte y que no fue hallado.

—Lo recibió, efectivamente —explicó Nigel—. Mi tío estaba descifrándolo en esta habitación cuando se le halló muerto sobre esa mesa.

—Su muerte debió ser instantánea —se aventuró a decir Jesson.

—No me cabe la más mínima duda de que fue asesinado —afirmó Nigel—. El documento desapareció; pero hallamos una cuartilla de las escritas por mi tío.

—¿Tiene usted esa hoja? —preguntó Jesson con ansiedad.

Nigel sacó de su cartera de bolsillo la hoja de papel, la desdobló y la dejó sobre la mesa.

—Revela dos cosas que vale la pena hacer notar —dijo, señalando el papel— el nombre de una ciudad rusa y un número de teléfono en Londres. Kroten, que he encontrado en el mapa, es una ciudad sin importancia perdida en una región desolada. El número del teléfono es el de Oscar Immelan.

—Eso es muy interesante, aunque no sorprendente —comentó Jesson—. Immelan, como ustedes saben, es un enemigo encarnizado de Inglaterra y uno de esos que están trabajando con un propósito sólo de ellos conocido. En cuanto a Kroten, ¿puedo preguntarle cómo pudo situarla?

Nigel descolgó el mapa y se lo mostró. Jesson lo examinó, sonriendo.

—Este mapa es antiguo, y me gustaría, si usted no tiene inconveniente, salir para Kroten esta misma semana.

—¡Santo cielo! ¿Y qué va a hacer allí? —exclamó Nigel.

—Difícilmente podría contestar a esa pregunta —dijo Jesson—. Me encuentro ante un rompecabezas, sin guía para encajar las piezas. Kroten es una de esas piezas que aún no he comenzado a colocar. Lo único que puedo decirles en este momento es que hay tres ciudades, situadas en diferentes países que están, cada una a su manera, relacionadas con el plan que se está fraguando contra este país. Se guarda un secreto absoluto sobre esas ciudades misteriosas. Una está en Alemania, y la visité con riesgo de mi vida. Regresé verdaderamente intrigado. Kroten es la segunda, y de la tercera aún no sé nada. ¿Me permite, lord Dorminster, que actúe a su servicio en el extranjero? No necesito salario o remuneración alguna. Soy hombre rico y las investigaciones de esta clase me apasionan. No me moveré sin su permiso, aunque reconozco, desde luego, que usted se mueve en una esfera completamente privada. Si confía en mí, le prometo que todas mis actividades y energías se consagrarán a la defensa de esta nación.

Nigel le alargó la mano, diciéndole:

—Hagamos un pacto. Yo le entregaré la correspondencia de mi tío con Sidwell, y por ella podrá darse cuenta de lo que él perseguía. Sidwell, como sabe, fue apuñalado en un café de los barrios bajos de Moscú.

—Lo recuerdo muy bien —observó Jesson, emocionado—. Conocí a Sidwell. Era inteligente a su manera; pero confiaba demasiado en los disfraces. Me parece que las señoritas se acercan, y antes he de hacerles una revelación.

Los dos hombres quedaron pendientes de sus palabras, conteniendo la respiración. Jesson, agitando en la mano la hoja de papel, dijo:

—Sidwell no podía estar muy lejos de allí. El hombre con quien pasó la noche en aquel café, era un mecánico de Kroten.

OceanofPDF.com

Capítulo IX

Naida, pocos días después de la cena en Belgrave Square, a primera hora de una tarde, se incorporó en el sofá sobre el que estaba descansando, echó una mirada a las rosas y a la tarjeta que la doncella le presentaba y las rechazó con displicencia.

—El caballero espera —le anunció la criada.

Naida miró por la ventana a través de un bosque de tejados y chimeneas, que no eran un panorama muy atractivo, a cuyo fondo se veía una apagada línea de plata y un grupo de gaviotas, revoloteando, que apenas avizoraba por encima de las ramas de los distantes árboles. La ventana estaba Abierta de par en par; pero el aire, que soplaba suavemente, era cálido. Los gorriones piaban muy cerca del marco de la ventana y un pequeño trozo verde brillaba en los jardines del Embankment. El esplendor de la primavera tenía aquí pocas oportunidades.

—El caballero espera —repitió la sirvienta impasible, hablando en ruso, su lengua nativa.

—Que pase —ordenó su ama un poco cansinamente.

Immelman entró momentos después, apuesto y elegante con su traje gris, que le sentaba muy bien, llevando en la mano el sombrero, también gris, tipo Homburg. Olía a jabón y perfume. Su paso era vivaz, casi saltarín; pero en sus ojos azules, al inclinarse para besar la mano de la mujer a la que había ido a visitar, se notaba alguna inquietud, que, no obstante sus grandes esfuerzos, comenzaba a manifestarse.

—Usted me hace muy feliz, querida Naida —comenzó a decir—, al recibirme tan familiarmente. Su padre se ha quedado en el vestíbulo, fumando. Y me hizo subir.

Ella se limitó a indicarle una silla, y a decirle:

—Mil gracias por las flores, amigo mío. Dígame qué le pasa para venir a verme a una hora tan intempestiva. Suelo descansar un rato después de

comer y estoy aquí porque el sol llenó de luz mi habitación y me estropeó la siesta.

—Tengo noticias —anunció con calma— que le podrían interesar. Confío en que así será.

Ella volvió la cabeza y le miró con extrañeza.

—¿Noticias? —repuso la joven—. ¿Son buenas o malas?

—Buenas —replicó él—, porque me ahorran un largo y fastidioso viaje, y también porque me evitan una separación que hubiera hallado detestable.

—¿Renuncia, pues, a su viaje a China?

—Es ya innecesario. El príncipe Shan ha decidido venir a Europa.

—¿Está usted seguro?

—Tengo una comunicación oficial —replicó él—. Probablemente tendré que ir a París, y tal vez esta misma noche.

Naida parecía verdaderamente interesada.

—Deseo muchísimo —declaró la joven— encontrarme con el príncipe Shan.

—No quedará defraudada —prometióle él—. Basta verle para tener la sensación de que se está en presencia de un gran hombre. ¡Entre nosotros tres, Naida, reharemos el mapa del mundo!

Ella frunció el ceño, un poco inquieta, y dijo:

—No se haga demasiadas ilusiones, Oscar. Recuerde que yo estoy aquí para observar e informar. No soy yo quien ha de decidir.

—Entonces, ¿quién? —requirió él—. El mismo Pablo Matinsky me escribió que usted tiene toda su confianza... y plenos poderes para tratar. No es usted medrosa, ¿verdad, Naida?

—Yo no faltaré nunca a mis convicciones —replicó la joven.

Siguió un breve silencio. Él no estaba satisfecho por completo; pero juzgó que el momento no era propicio para más referencias sobre la llegada del príncipe Shan.

—Mis planes, como usted ve, han cambiado —dijo él finalmente—, y por esa razón no podré cumplir una promesa que me había hecho a mi mismo.

Ella se levantó un tanto desazonada, sacudió su sedosa falda de mañana y avanzó hacia la puerta que conducía a los departamentos adyacentes. Él

contemplóla sin moverse. La joven cogió un montón de cartas que había en una mesa del centro de la sala, las examinó ligeramente y las volvió a dejar.

—Las promesas no deben dejar de cumplirse —dijo ella.

—Esta vez no perjudicaré a nadie —repuso él—. Me la hice a mi mismo. Y me absuelvo. Su padre está de acuerdo conmigo. Naida, usted es la única mujer que puede hacer feliz mi vida. ¿Quiere ser mi esposa?

En el rostro de la joven no se notó ningún cambio de expresión. Sus labios, sin embargo, se abrieron ligeramente; pero no emitieron la menor exclamación de sorpresa o asombro. La majestuosidad de su figura, se acentuó. Se necesitaba ser muy valiente o carecer de perspicacia para acercarse a ella en aquel momento. Su actitud imponía temor o respeto.

—Eso es completamente imposible —dijo ella por toda respuesta.

—No, Naida; no lo diga. Jamás renunciaré a usted. El hado nos ha unido, y será preciso algo más fuerte que el destino para separarnos. No tenía intención de hablarle todavía de esto. Me había propuesto esperar basta que el gran pacto fuese sellado y la gloria asegurada; pero en estos últimos días he sufrido mucho. Una extraña obsesión se ha apoderado de mí, como si temiera algo, y esto es lo que me ha impulsado a declararle mi pasión antes de lo que pensaba. Sin usted la vida me sería insoportable. Usted es mi vida y mi alma. No sea cruel.

Naida estaba conturbada; pero resuelta a todo. Sus facciones se contrajeron con un gesto que no era habitual en ella. Sus labios dibujaban una apretada línea escarlata. El fondo violeta de sus ojos habíase esfumado. No de otro modo habría presenciado impasiblemente una mujer la lucha a muerte del torero y el toro o un rudo combate entre dos púgiles.

—Celebro que se exprese tan claramente, Oscar —repuso Naida—. Ahora sé a qué atenerme, con lo que cesarán las dudas que desde hace algún tiempo me asaltaban. No espere que le ame. Jamás lo conseguiría de mí. Hace unos días me hice la misma pregunta que usted acaba de hacerme, y no supe qué contestar. Pero, ahora, ya lo sé.

Él la escuchó dominado por el dolor y la cólera. En su evidente sufrimiento estuvo a punto de prevalecer la rabia destructora; fue un instante terrible. Con el pecho jadeante, apretó sus manos convulsas como deseando estrangular a la joven; pero se contuvo, y en su desesperación se

incrustó en la mano el anillo que llevaba, hasta sangrar. Sus ojos despedían fuego.

—¿Es que ama usted a Pablo? —se decidió él a preguntar, al recobrarse.

—Pablo nada tiene que ver en mi negativa —contestó Naida—, aunque le confieso que más de una vez pensé en él. Todo fue un sueño, que pasó. ¡Era todo tan maravilloso! —prosiguió la joven como si hablara consigo misma—. ¡Gobernar la nación más poderosa del mundo, la nación que tras tantos años de sufrimientos está tratando de descubrir por sí sola el camino de la luz! ¡Qué insignificante el obstáculo que me separaba del hombre que tanto admiraba! Pero en aquellos momentos de debilidad conocí a su esposa, que si no comprende la grandeza de su marido, por lo menos le ama. Y entonces ahogué mis sentimientos más íntimos.

—Esa mujer es una estúpida —dijo Immelan— pero me tiene sin cuidado. No intercedo por ella, sino por mí. Yo puedo satisfacer esas ambiciones tuyas, Naida. Cácese conmigo, y le juro que antes de cinco años será usted la presidenta de la República alemana.

—A mí la política me interesa incidentalmente y en sentido altruista —repuso ella con calma—. Soy, sencillamente, una mujer en el orden de los afectos, y no admito el matrimonio sin amor. Y como no le amo, no podría casarme con usted.

—Noto el cambio que se ha operado en usted desde unos días —expresó Immelan con faz siniestra y acercándose a la joven—. No quiero creer que su corazón se haya interesado por otro hombre, porque los sentimientos del corazón no se modifican tan rápidamente. Lo que sospecho es que usted se ha encaprichado de alguien, y hasta no me equivocaría si le dijera que en este momento está pensando en ese hombre.

—Eso es asunto que sólo a mí concierne —replicó ella con altivez.

Otra mujer se hubiera intimidado al verle, con las venas hinchadas por la rabia, transido de furor, incapaz de hablar. La actitud de Naida acabó de avasallarle. Manteníase arrogante, dominadora. Con un supremo esfuerzo contuvo Immelan sus ansias iracundas y mostró la blancura de sus dientes cuando por fin pudo decir, con voz ensordecida por la ira:

—Si por suerte ese alguien fuera inglés, le aseguro que lo sumiría en un infierno de desdichas.

—No hay hombre alguno en mi pensamiento —respondió ella, sin alterarse—. Pero, óigame bien, Oscar Immelan: si yo amara a alguien, tanto de este país como de cualquier otro, y usted se interpusiera entre ese hombre y yo, la venganza de mi mano le alcanzaría aunque se metiera en el rincón más ignorado del mundo. ¿Me ha oído?

Naida apartó un instante la mirada de aquel rostro que la cólera hacía espantoso, y cuando se volvió, Oscar había desaparecido. Oyó sus pasos por el corredor y el sonido del timbre, pidiendo el ascensor. Al entrar en él, Oscar cerró la puerta de hierro con violencia.

Naida, desde la ventana, contempló la perspectiva que desde allí se divisaba, poco inspiradora por cierto. La luz del sol, más intensa, realzaba la irradiación de las aguas del río, sobre el que parecían recortarse las polvorientas chimeneas. Poco a poco se fue calmando. Había desaparecido su tensión nerviosa y su mirada se hizo casi más clara. De repente tuvo un impulso. Cogió la guía telefónica y la hojeó con un impaciente movimiento de su mano, hasta que halló en la «D» el nombre que buscaba. Vaciló unos segundos, y al coger el auricular y marcar el número tuvo la sensación de que le temblaba el cuerpo. En otro momento de más serenidad de espíritu su excitación hubiérale podido servir de aviso.

Capítulo X

Cuando al finalizar el primer acto de la ópera *Louise* bajó el telón y se encendieron las luces, los caballeros, tras el esfuerzo de sostenida atención, se apresuraron a salir a los pasillos, donde se oyó un rumor de colmena. Naida se acercó a su padre, único que le acompañaba en el palco.

—Padre, espero una visita, y te ruego que cuando venga me dejes sola con él.

—¿Más misterios? —exclamó el padre, contrariado—. ¿A quién esperas?

—A lord Dorminster.

—¿Quién es ese señor?

—En realidad apenas le conozco —contestó la joven—. Me interesa por ser un típico representante de la raza inglesa. Quiero conocer sus opiniones sobre diversos puntos. El mismo Pablo me encargó que examinase a fondo a las gentes de este país.

—Lo sabe perfectamente —repuso el padre—. Matinsky estuvo aquí hace doce años formando parte de la primera comisión rusa que vino a estrechar las relaciones con el Gobierno británico.

—Ya lo sé —objetó ella—; pero él sólo mantuvo contacto con el elemento oficial, y, además, este pueblo ha cambiado mucho en los últimos diez años. Lo que le interesa a Pablo, no es solamente la vida de las clases dirigentes, sino también la posición de lo que aquí se ha dado en llamar «el hombre de la calle», que, para mí, debe ser muy candoroso, a no ser que el Gobierno lo tenga burdamente engañado.

—No creo que los ingleses tengan un pelo de tontos —protestó el señor Karetsky.

—La tontería tiene grados y fases distintas —recalcó su hija—. Hombres muy equilibrados pueden tener una propensión innata a la credulidad. Las personas crédulas suelen ser tontas de remate. Pero sé muy bien lo que quiere Pablo.

En este punto llamaron a la puerta, y Karetsky se apresuró a abrir. Al entrar Nigel, Naida le alargó la mano, sonriendo.

—Celebro verle —le saludó, envolviéndole en una afectuosa mirada de sus brillante ojos—. Padre, ¿no conocías a lord Dorminster?

Los dos hombres se cruzaron unas palabras banales, y el señor Karetsky se fue, pretextando una visita inexcusable.

Nigel le miró con viva curiosidad mientras se disponía a salir del palco.

—Su padre es un ruso inconfundible —comentó Nigel al quedarse solo con la joven—. Es fuerte y vigoroso, y da la impresión de estar en la plenitud de sus fuerzas.

—Es un hombre demasiado serio —añadió Naida por decir algo—, y tan inmovible en sus ideas como los propios montes Urales. Bueno, va usted a decirme qué juicio ha formado de una joven que le llama por teléfono sin motivo alguno para que acuda a visitarla a un palco de la ópera.

—Eso de que no haya motivo, lo rechazo —replicó Nigel—. Son tantos los que yo tengo para verla a usted, que no se los explicaría en el cuarto de hora que se lleva el entreacto.

Así empezaron su conversación los dos jóvenes, sin temor a oídos indiscretos. Los dos eran reacios a la emoción; los dos eran seres ricos de experiencia; pero sentíanse como embrujados por algo inexplicable, por algo inédito que estaba aconteciendo en sus vidas. El ambiente que les rodeaba era propicio a la intensificación de un sentimiento que les embargaba conscientemente el corazón. Naida apenas si podía recobrar la serenidad, alterada por lo que sentía en lo más íntimo de su ser.

—Deseaba hablar seriamente con usted porque quiero que me ayude a conocer su país —dijo Naida, con voz apagada—. En Rusia no tenemos formado un concepto exacto de Inglaterra a causa de viejos rencores y resentimientos que tal vez no estén plenamente justificados. Le diré claramente que los rusos no abrigan sentimientos amistosos hacia ustedes.

Momentáneamente desapareció el elemento personal que había inspirado su primer intercambio de palabras. Nigel adivinó lo que Naida representaba en realidad. Acercó la silla hacia la joven, y habló así.

—Si usted busca en mí al inglés típico, se equivoca. Los que encarnan hoy el viejo espíritu de la raza, no son asequibles para sus indagaciones. Yo

no estoy dispuesto a prestarme a ello. Presiento graves peligros para mi patria, y su país de usted suscita en mí serios temores.

—Conozco muy bien la posición del mundo oficial de este país —declaro Naida con vehemencia—. Lo que yo quiero saber es si son muchos los ingleses que, como usted, tienen la conciencia despierta.

—Le confieso que hoy estamos en minoría —dijo él—; y eso mismo es lo que me incita a proseguir la labor que emprendió mi tío. Aspiro a tener la evidencia de ese complot que sospecho están tramando Alemania y Rusia.

—¿Qué sabe usted exactamente de ello? —le preguntó ella, bajando la voz.

Nigel guardó silencio, con la mirada fija en la joven. Se tocaba como una princesa rusa, con una pequeña tiara de perlas. Su fino cuello ceñíalo un collar, también de perlas. Su blanca falda tenía aplicaciones de armiño. Su aparición en el palco había despertado el interés y la curiosidad de cuantos podían verla. Él mismo, desde que experimentaba aquella inexplicable influencia que le invadió al aproximarse a la joven, sentíase dominado por una tumultuosa fuerza que no sabía si atribuir a un instinto oscuro y sensual.

—Es usted extraordinariamente hermosa —díjole él, sin poder contenerse.

—Me gustan esas palabras —murmuró ella, con cariñosa entonación y dulce mirada— pero creo que son otras las cosas que ha de decirme.

—Usted es amiga de Immelman —apuntó él, de un modo brusco.

—Sólo hasta cierto punto —repuso ella—. Yo no soy mujer de prejuicios. El único amigo verdadero que tengo es Pablo Matinsky, y por servirle a él vine a Inglaterra. Lo que más desea es no cometer un error.

—Su país se ha dejado dominar por Alemania —expuso Nigel.

—Reconozco que demasiado; pero no del todo —objetó ella—. Recuerde que tras el cataclismo de 1918 ningún otro país le tendió la mano, con cálculo, si usted quiere; pero Alemania no ha dejado por eso de prestarle una ayuda inapreciable. Nosotros tenemos vastos recursos y un magnífico elemento humano que Alemania ha explotado, organizado y disciplinado. Un interés común une a las dos naciones. Pero Pablo Matinsky, y con él otros muchos, saben que Alemania alienta una gran

ambición, y tratan de que Rusia no acabe siendo su víctima. Espero que me comprenda usted...

—En pocas palabras —dijo Nigel—, alude usted al plan de aislar a Inglaterra.

—Ciertamente —admitió Naida—. Rusia no quiere hacer caer el platillo de la balanza, y Alemania la presiona fuertemente. Nada se decidirá hasta que yo regrese a Moscú. Le hablo con entera franqueza. Sé lo que piensan los estadistas ingleses. No ignora que si usted les transmitiera lo que yo le llevo dicho con el propósito de abrirlas los ojos, se encogerían de hombros y le contestarían que la mejor protección de Inglaterra es la Sociedad de Naciones.

—Así es, desgraciadamente —murmuró Nigel—; pero yo perseveraré en mi conducta porque, ¿quién sabe? ¡Hay tanto misterio en este asunto! Ya sabe que Francia no comparte nuestra ciega credulidad. Sus fronteras parecen ser inexpugnables, y, en cambio, las dificultades de invadir Inglaterra, aun por el aire, no son tan grandes como lo fueron durante la última guerra. Estas consideraciones movieron a mi tío a reanudar por su cuenta las actividades del Servicio Secreto. Todo depende del exacto conocimiento que tengamos de lo que se está tramando en el continente.

—¿Ha averiguado usted algo? —inquirió ella.

—Nada cierto —repuso él—. Alemania ha organizado una milicia popular que no constituye amenaza seria por ahora, y no parece tener parques de armamento, ni elementos destructores secretos. Lo que se advierte es que está preparándose, y el asesinato de los dos hombres mejores al servicio de mi tío es un síntoma alarmante.

—Pero uno de ellos consiguió hacer llegar a manos de su tío cierto informe, ¿no es verdad? —preguntó ella con aire de convencimiento.

—Es verdad —contestó Nigel— pero mi tío fue asesinado también cuando descifraba el mensaje, que fue robado.

—Su franqueza es un motivo de agradecimiento por parte mía —observó ella.

—Si usted se entiende con los alemanes, conocerá exactamente el alcance de mis palabras —indicó él—; pero de mí no sabrá nada más. —En

cambio le haré otras revelaciones si se decide a tratar amistosamente con Inglaterra.

—Eso es lo más razonable —admitió ella—; pero como sólo disponemos de unos minutos más, quiero serle sincera. Aunque Oscar Immelan es antiguo amigo de mi padre y mío, en los asuntos que se relacionen con la seguridad de mi país no influirá en nuestros juicios.

—Pues llegó a decirse que iba a casarse con usted —expresó Nigel, armándose de valor.

Ella le miró fijamente. La blancura de su tez resaltaba más que nunca.

—Jamás pasó ni pasará semejante idea por mi mente —afirmó Naida.

—No sabe lo que me alegra oírla —declaró Nigel con vehemencia.

En la breve pausa que siguió, ambos pudieron darse cuenta de que volvía a producirse en ellos la misma turbación que sintieron al comienzo de su entrevista. Naida se esforzó por reanudar la conversación dentro de los cauces que debía seguir naturalmente.

—Si Alemania abriga algún propósito contra Inglaterra, no lo averiguará usted fácilmente ni podrá llevarlo a cabo sin la ayuda de otras naciones, y no sé que ninguna de ellas se la haya ofrecido hasta ahora. Yo no puedo confesarle cuanto sé sin cometer una traición —alegó Naida, titubeando—; pero sí le diré que, el príncipe Shan va a París por algo más que por motivos de salud, según se dice. Quiero advertirle que si su Gobierno es capaz de vislumbrar el verdadero estado de Europa, comprenderá que ha llegado el momento de proceder con energía.

—En el Gobierno no hay ni un solo ministro capacitado para tal acción —afirmó Nigel, con un dejo de desaliento.

En este momento volvió al palco Karetsky acompañado de varios señores, el último de los cuales era Immelan. El rostro de éste se ensombreció al descubrir a Nigel.

Naida le dijo a guisa de saludo:

—¿No salía usted esta noche para París? ¿Es que ha cambiado de parecer?

—Ha surgido algo inesperado —explicó él.

—¿Bueno?

Immelan observó a Nigel con ceño hosco, antes de contestar:

—En grado sumo. Esa primera tiple tiene una voz maravillosa, y esta noche está como nunca. Y, por otra parte, yo he de prepararme para todas las contingencias posibles.

OceanofPDF.com

Capítulo XI

Maggie entró súbitamente en la biblioteca, donde estaban reunidos Jesson, Chalmers y Nigel, y le entregó a éste una nota escrita, diciéndole:

—Mira que buena es Naida. Es la única persona interesada en que yo no vuelva a actuar de *nurse* en Alemania o a ser víctima de la cocina de *Frau* Essendorff.

La nota, que Nigel leyó en alta voz, estaba fechada en aquel mismo día en el Milán Court, y decía así:

Maggie querida: deseo darte un consejo de amiga. No vuelvas a Alemania.

NAIDA

—Se ha agitado mi excursión —suspiró Maggie—, en el supuesto de que yo persuadiera a ustedes para que me dejaran ir. Todos se han puesto de acuerdo para que yo no vaya a Alemania. Será un desencanto para aquellas atroces niñas de cabellos de estopa, Gertrudis y Berta. Su amada *miss* Brown nunca volverá a estar con ellas.

—La cosa carece de importancia —observó Nigel—, por ser evidente que Immelman está tramando algo contra nuestro país. Lo único que importa es saber si su plan... es naval, militar o político. No creo que tú pudieras obtener más información interesante en la residencia particular de Essendorff.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros ahora? —preguntó Maggie.

—Eso es lo que estamos discutiendo —repuso Nigel—. Jesson se va a Rusia esta noche. En el caso de que tenga algo que comunicarnos, regresará a Londres.

—Hemos de contar con el factor suerte —expuso Jesson—. Los únicos sitios donde se puede descubrir lo que nos interesa, son Kroten, París, si es

que realmente va a allí el príncipe Shan, y Londres.

—¿Londres? —repitió Maggie, como un eco.

—Aquí se encuentran dos personas que conocen cuanto tratamos de averiguar —afirmó Jesson: Immelan y Naida Karetsky.

—Si es así, nuestro lugar está junto a ese caballero y a esa señorita. ¿Y qué importancia tiene Kroten para usted, señor Jesson?

—Por lo que supe a través de cierto documento diplomático en un país enemigo —explicó el aludido—, Kroten ocupa el segundo lugar en importancia entre las tres misteriosas ciudades del mundo donde se fragua la conspiración. La primera está en Alemania, y ya la exploré yo por mi cuenta y riesgo. Ahora mi misión se centra en Kroten, que hace diez años era una pequeña ciudad de dieciocho mil habitantes y que ahora pasa de los doscientos mil, en crecimiento constante.

—¿Y cómo una ciudad tan secundaria puede tener la gran importancia que se le atribuye? —preguntóle Chalmers—. Hoy se puede viajar libremente por Rusia, y no creo que a nadie le sea difícil obtener billete para ir a Kroten.

—Son muchos los que van allí —admitió Jesson—; pero algunos no vuelven. América y Rusia están en excelentes relaciones de amistad, según dicen; pero yo sé que dos compañeros míos del Servicio Secreto salieron de Washington para Kroten, hace seis meses, y nunca más se ha vuelto a saber de ellos, ni se sabrá.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó Chalmers.

—Primeramente —explicó Jesson—, la ciudad está enclavada a orillas de un río y cerrada por montañas por los tres sitios; por lo que es un callejón sin salida. Sólo por la parte Este hay caminos practicables, y sólo existe para ir allí una línea de ferrocarril. Así es que las entradas y salidas de la ciudad están bien guardadas.

—Geográficamente conoce usted el terreno —admitió Nigel—; pero ¿a qué se deben las dificultades que se oponen a los turistas o a los que simplemente necesitan ir allí?

—Eso se debe a un ardid del gobierno —repuso Jesson—. En Rusia hay ahora tranquilidad; pero existe una fracción extremista bolchevique que no se somete a la autoridad y que mantiene bandas organizadas que hacen

incursiones por el país. En las montañas que rodean Kroten hay grupos armados que cometen todo género de desmanes, y esto es un pretexto para que el gobierno ruso adopte precauciones extraordinarias y rehúse los pasaportes a cuantos extranjeros tratan de visitar aquella ciudad. Y si alguien consigue entrar en ella, la policía le somete al punto a largos interrogatorios sobre sus antecedentes personales y los motivos de su viaje. Y si se le permite moverse con alguna libertad, se le vigila, no obstante, y si uno se muestra curioso en demasía y hace preguntas sobre esto o aquello, se le detiene como sospechoso, se le acusa de estar en contacto con las bandas insurgentes, y... bueno... se le liquida bonitamente, sin que se vuelva a saber nada de él.

—Es un lindo final, y muy expeditivo —convino Nigel.

—Su versión es muy interesante —comentó Maggie—, y, por lo que veo, lo más práctico sería tal vez que fuese allí una mujer.

—Ni hablar —la atajó Jesson—. A Kroten no debe ir nadie más que yo. Conozco las tretas de que he de valerme para ocultar mi identidad.

—Me gustaría acompañarle —propuso Nigel.

—Eso es imposible —contestó Jesson, rotundamente.

—¿Por qué?

—Francamente, Nigel —adujo Jesson, sonriendo—; porque su presencia suscitaría sospechas y malograría la gestión del único que puede poner en sus manos la clave del secreto. Usted debe permanecer aquí.

Nigel quedóse un tanto cortado.

—Mi amistad con la señorita Karetsky —protestó— apenas tiene relación con los puntos de vista políticos de esa joven.

—Soy un poco observador —alegó Jesson—, y no pretenda hacerme creer que su conversación con la señorita Karetsky en el palco de la ópera, versó sobre el estado del tiempo o sobre... música.

—No me habías dicho nada —terció Maggie—. ¿A qué fuiste a la Ópera?

—Recibió un recadito de la señorita Karetsky —apuntó Jesson, tranquilamente.

—Está usted llamado a alcanzar grandes éxitos, amigo Jesson. ¿A que no adivina de qué hablamos?

—Tengo la seguridad de que si se lo dijera acertaría —replicó Jesson con calma—. La señorita Karetsky es una joven maravillosa, tiene mucha imaginación y conoce a fondo las opiniones de Pablo Matinsky. Immelan y el grupito ruso-alemán que le secunda, aspira a unir a los dos países en el futuro a base de una alianza del viejo estilo. Matinsky vacila, y por eso ha enviado aquí la única persona en la que tiene plena confianza, y que no tardará en entregarle un informe que no conocerá nadie más que ella y Matinsky. Y como Immelan lo sabe, la halaga incesantemente. Mi impresión personal es que la influencia de Immelan es cada día menor, y abrigo la creencia de que le aterra pensar que Naida Karetsky se le está escapando de las manos.

—¿Cree que esa joven está al corriente de cuanto se trama? —preguntó Nigel.

—Tengo la certeza —contestó Jesson— que si alguien la indujera a comunicarnos cuanto sabe, mi viaje a Kroten estaría de más. Pero no creo que ella vaya tan lejos. Lo único que hará es aconsejarle a Matinsky que rechace las sugerencias de Immelan y que le proponga lo mismo al príncipe Shan.

—Opino como usted —admitió Nigel—, porque me consta que la señorita Karetsky está inclinada a modificar sus puntos de vista sobre Inglaterra. Alemania es la única nación que siente una particular animadversión contra nosotros, y no hay ninguna razón específica para que arrastre consigo a otras naciones. Pretende que sea Rusia la que le saque las castañas del fuego.

—Tal vez se niegue Matinsky a tan peligroso juego —opinó Chalmers— pero lo que les aseguro es que la mitad de su gobierno se inclina en favor de las pretensiones de Alemania.

—Matinsky es bastante fuerte para deshacerse de los ministros que le estorben —observó Nigel.

—Lo que yo deseo saber es el papel que me reservan a mí —interrumpió Maggie—. No me dejan ir a Alemania; el hombre con el que esperaba casarme, le hace la corte a otra mujer, y el señor Jesson no piensa llevarme con él a Kroten. ¿Habré de cruzarme de brazos?

—A usted le está reservada otra misión —apuntó Jesson, sonriente—, más tan difícil que no creo que salga usted airoosamente.

—Por lo menos, dígame cuál es —insistió Maggie.

—Entrevistarse con el príncipe Shan.

—¿No será demasiado para mí? —preguntó la joven, haciendo un mohín de duda.

—Puede ser —admitió Jesson—. El príncipe Shan tiene fama de ser un gran estadista y un hombre inaccesible a los atractivos mundanales. Es un verdadero anacoreta. No hay una sola mujer en el mundo que pueda jactarse de influir en su ánimo. Al mismo tiempo, es tan extraordinariamente humano, que si conseguimos atraérselo, sería el fin de cuanto se trama contra Inglaterra.

—Aunque mi misión entraña la pérdida de todas nuestras esperanzas, pondré en ella cuanto me sea dable —aseguró Maggie.

—El príncipe Shan ha renunciado a aterrizar en París —anunció Jesson—. Vendrá directamente a Londres. Esta información se la debo a Chalmers. Immelan le visitará apenas llegue, y la primera entrevista que celebren formará época. Y luego, si todo va bien, conferenciarán los dos con la señorita Karetsky.

—Me figuro que va a serme difícil llegar hasta el príncipe Shan —expresó Maggie.

—La cosa es difícil; pero no imposible —indicó Jesson—, al menos aquí en Londres. En París sería otra cosa. El príncipe tiene un piso permanente en Curzon Street, y es probable que reciba a algunos invitados, y esto podría darle a usted una oportunidad para entrar en su casa.

—¡Verme con un chino! —murmuró Maggie, contemplándose al espejo.

—¿Qué tiene de particular que sea chino? —exclamó Chalmers—. El príncipe Shan es un noble y gobernante de raza. Posee una cultura que excede de cuanto podamos imaginar y ha heredado el milenarismo espíritu de su ilustre familia del que no podemos formarnos la más remota idea. No tema nada malo del príncipe Shan, señorita Maggie. Pregúntele a Dorminster como le llamaban en Oxford.

—El primer *gentleman* de Asia —repuso Nigel—. Y, en verdad, merece el título.

Capítulo XII

A la mañana siguiente del conclave en Belgrave Square, el Muy Honorable Mervin Brown recibía dos visitantes distinguidísimos en Downing Street. Era dudoso decir si el Primer Ministro estaba de buen humor. Se notaba cierta irritación bajo su acostumbrado aire de *bonhomie*. Indicó a sus visitantes que tomaran asiento, y escuchó atentamente las pocas palabras de introducción que su secretario creyó necesario pronunciar.

—El general Dumesnil, *sir*, del Estado Mayor francés, y *Monsieur Pouilly* del Gabinete francés, vienen, según se avisó, a tratar sobre asuntos de gobierno.

—Celebro mucho su visita, caballeros —fue la rápida bienvenida del Primer Ministro—. Siento no poder hablarles en francés. La política, en estos últimos diez años, no me ha dejado tiempo para aprender esto y otras cosas.

Monsieur Pouilly tomó, seguidamente, la palabra. Era un hombre delgado, moreno, con hermosa barba negra rizada, ojos negros brillantes y de facciones pensativas y delicadas. Iba vestido de levita y pantalón oscuro, al uso diplomático, y parecía resentido de ver el traje marrón, casi nuevo, y el cuello blando del hombre que les recibía.

—Mister Mervin Brown —comenzó diciendo—, tenga la bondad de considerar nuestra visita como oficial. Somos enviados del señor Presidente y del Gobierno francés. El general Dumesnil me acompaña por si se abordan asuntos militares, aquí o en el Ministerio de la Guerra.

El general saludó. El Primer Ministro se inclinó un poco torpemente.

—En cuanto a mí concierne —declaró éste último—, seré completamente franco con ustedes desde el principio. Nada sé de asuntos militares. Mi trabajo es gobernar este país, aprovechar lo mejor posible sus recursos y proporcionar la prosperidad a sus ciudadanos desde el Canal inglés hasta el mar del Norte. Nosotros no necesitamos soldados ni los

necesitaremos; en esto veo claro. Estoy firmemente convencido de que las guerras han terminado. El gobierno de todos los países del mundo está en manos de la democracia, y la democracia no quiere guerra. Nunca la quiso. Si cualquier nación del continente, más pendenciera que nosotros... se empeña en pelearse... mi deber es apartarme, quedarme fuera.

Monsieur Pouilly refrenó sus ímpetus. A juzgar por su apariencia, no era cosa muy fácil sin embargo.

—Usted pertenece, *sir* —dijo—, a una clase de estadistas cuya subida al poder de este país hemos observado algunos de nosotros con cierto interés, y aunque no es mi misión aquí hablar de política, estoy obligado a recordarle que ustedes no están solos. La misma Sociedad de Naciones, en la cual usted se apoya, les impone ciertas obligaciones; algunas claramente y otras sobreentendidas. La situación surgida por su negligencia en cumplir las estipulaciones que fija dicho convenio, es lo que vengo a discutir con usted.

Mr. Mervin Brown consultó algunas notas que su secretario había puesto ante él.

—Ustedes se quejan, al parecer, de la reducción de nuestro actual ejército —insinuó el Primer Ministro.

—Nos quejamos de eso, ciertamente —replicó *Monsieur Pouilly*—, y también de la disminución gradual del interés demostrado por su Gobierno en asuntos de aeronáutica, artillería y construcciones navales. Nosotros aprendimos nuestra lección en 1914. Si volviera a presentarse otro conflicto, nuestro país tendría que sufrir otra vez los riesgos de la guerra, y ustedes, sin duda, harían todo lo que de ustedes se espera, con el tiempo. Pero antes de que ustedes estuviesen listos, Francia quedaría arruinada. Ustedes aceptaron ciertas obligaciones al entrar en la Sociedad de Naciones. Mi Gobierno tiene el honor de llamar su atención sobre el hecho de que ustedes no las cumplen.

—Es mi intención —declaró *Mervin Brown*— presentar a la Sociedad de Naciones un proyecto para el desarme total.

Monsieur Pouilly estaba azorado.

Al general se le escapó una ligera exclamación al oír al Primer Ministro.

—¿Qué hay respecto a las Naciones —inquirió este último— que quedaron fuera de la Liga, Rusia, por ejemplo?

—Rusia es una grande y pacífica República —replicó mister Mervin Brown—. Todos sus esfuerzos van dirigidos a su desarrollo industrial. Ninguna otra potencia tendría menos que ganar con la vuelta al militarismo.

—*Pardon, monsieur.* ¿Pero que sabe usted respecto a Rusia? —preguntó Pouilly—. Inglaterra no tiene un solo agente del Servicio Secreto allí, y sus enviados son agentes de comercio.

—Yo sé lo que todo el mundo sabe —declaró mister Mervin Brown—. Nuestros agregados comerciales son agentes de nuestro Servicio Secreto. En Rusia viajan por donde les place.

—¿Y en Alemania? —inquirió el general.

—Le ruego que me diga si hay la más ligera indicación de militarismo en Alemania —insistió el Primer Ministro—. Yo estuve allí pocos meses ha. El país está tranquilo y ha entrado en una era de prosperidad. Estoy absolutamente convencido de que el mundo nada tiene que temer de Rusia o Alemania.

—¿Tiene usted alguna idea, *sir* —inquirió el general Dumesnil—, de porqué rehusó Rusia entrar en la Sociedad de Naciones?

—Le contestaré con toda sinceridad —respondió afablemente el requerido—. Rusia fue dejada fuera, al comienzo, por los celos de la diplomacia, y después ha preferido su independencia. Su actitud merece toda mi simpatía.

—Permítame otra pregunta —insistió el general—. ¿Está usted enterado, *sir*, de que desde que el Japón abandonó la Sociedad de Naciones con la excusa de su aislamiento, ha estado construyendo aviones y buques de guerra más aprisa que las otras naciones?

—Mire usted su último balance y verá el resultado de ello —fue su pronta respuesta—. Si una nación prefiere arruinarse construyendo juguetes de guerra, nadie en el mundo lo puede evitar. Una legislación de esa clase es sencillamente tonta y una excitación a la revolución. Vea usted la diferencia en nuestro país. Los impuestos están prácticamente abolidos y las dificultades que había en la industria terminadas. Nuestro crédito jamás estuvo tan alto, la riqueza del país nunca fue tan grande. Estamos

satisfechos. Una nación pacífica trabaja para la paz. El ruido del sable incita los disturbios militares. No nos pidan, caballeros, ejércitos ni buques.

—Nosotros sólo pedimos que cumplan lo pactado —dijo *monsieur Pouilly* secamente.

—Nadie lo cumple —contestó el Primer Ministro—. El mundo está gobernado ahora por el sentido común y de humanidad. Una guerra de agresión por parte de cualquier país es una imposibilidad.

—¿Y una guerra de revancha? —inquirió el general.

—Inspeccione a Alemania de un extremo a otro —declaró Mervin Brown—, y no hallará trazas de espíritu militar en parte alguna. Si les he decepcionado a ustedes, caballeros, lo siento mucho; pero el actual Gobierno ve la actitud de ustedes, los franceses, con poca simpatía. El general Richardson les espera a ustedes esta mañana en el Ministerio de la Guerra, y él les dará toda la información que deseen. También se les recibirá, esta tarde, en el Almirantazgo. Ustedes me honrarán comiendo mañana noche conmigo y con algunos miembros de mi gabinete y, si gustan, discutiremos el asunto más extensamente entonces. He creído que lo mejor era exponerles mi opinión claramente en esta primera entrevista.

Los visitantes se despidieron ceremoniosamente; pero sin ocultar su desilusión.

El Primer Ministro se repantigó, sonriendo satisfecho, en espera de su secretario. Al entrar éste, le preguntó:

—¿Qué le ha parecido, Franklin? Les he dicho unas cuantas verdades, lisa y llanamente.

—Su opinión era ya conocida —contestó el joven, sumisamente, pero en tono alterado.

—¿Qué quiere usted decir, Franklin? —le interrogó su jefe, mirándole con severidad.

—Nada, señor.

—No irá usted a decir que desaprueba mi actitud.

—De ningún modo, señor —se apresuró a contestar el joven—. Lo que yo me digo es hasta qué punto representan estos dos señores a Francia.

—El militarismo es duro de pelar —repuso el Primer Ministro, encogiéndose de hombros—. Los franceses lo llevan en la masa de la

sangre. No son lo bastante generosos para comprender que el mundo sigue otro rumbo. ¿Le dijeron algo al salir?

—Sólo el general me preguntó si a usted le alegraría dejar a Londres sin policías.

—¡Qué tontería! ¿Desea verme alguien más esta mañana?

—Usted prometió a lord Dorminster concederle diez minutos —recordóle el joven—. Espera en la antecámara.

El Primer Ministro frunció el ceño.

—Ese es el sobrino del hombre que siempre estaba molestando al Gobierno para que restableciera el Servicio Secreto —refunfuñó—. Recuerdo que vino a verme el otro día diciendo que su tío había sido asesinado y un despacho secreto de Alemania robado. Me extraña que no urdiera un informe diciéndome que los chinos vienen para apoderarse de Irlanda.

—¿Quiere recibirle?

—Que pase, y procuraré acabar pronto —dijo el jefe, irritado—. ¡Si pudiéramos hacerles comprender a esa gente cuán equivocados están!

Nigel fue introducido minutos después. Mister Mervin Brown le saludó amable, pero secamente.

—No había tenido la oportunidad de felicitarle a usted por haberse convertido en uno de nuestros legisladores por ley de herencia, lord Dorminster, al ocupar su puesto en la Cámara de los Lores —dijo—. Confío en que podremos contar con su apoyo.

—Mi apoyo, *sir* —replicó Nigel—, será para el partido que dé los necesarios y urgentes pasos para proteger a este país contra un gran peligro.

—¡Santo Dios! ¡Otro Dorminster! —exclamó el jefe del Gobierno.

—Estoy obligado a seguir el camino de mi predecesor —objetó Nigel, esforzándose por sonreír—, y le anuncio que vengo a pedirle el restablecimiento de nuestro Servicio Secreto en Alemania, Rusia y China.

—No pienso en tal cosa.

—¿Sabe usted que el servicio secreto extranjero está actuando en nuestro país?

—Ni lo sé ni me preocupa —fue la brusca respuesta.

—Puedo darle pruebas —insistió Nigel—. Además, he de comunicarle que dos agentes que mi tío tenía en Alemania y Rusia, fueron asesinados apenas descubrieron la pista de ciertas maquinaciones contra nosotros. El informe de uno de ellos llegó a manos de mi tío horas antes de que le asesinaran, como ya le dije en mi anterior visita.

—¿Tiene algo más que comunicarme? —le preguntó el Primer Ministro con muestras de impaciencia.

—¿Está informado de que se halla camino de Londres un enviado especial de China para entrevistarse con Immelan?

—¿El comisionado alemán?

—El mismo.

—Es un tipo delicioso, y buen amigo de este país —expresó el jefe del Gobierno con vehemencia.

—Lamento tener que disentir de su opinión —repuso Nigel—. Sé muy bien que es nuestro más obstinado enemigo. —Otro a quien hemos de temer es al príncipe Shan, el enviado especial de China. Permanecemos tranquilos, sin hacer lo que debemos con los que maquinan planes contra nosotros en el mismo Londres. Lo menos que cabe hacer es invitar cortésmente al príncipe Shan para sonsacarle la razón de su venida y saber qué motiva su entrevista con Immelan.

—Si viene, tendré mucho gusto en recibirle —prometió el Primer Ministro— pero conste que no me apartaré de mi línea política.

—¿Pero sabe usted lo que es política? —le preguntó Nigel, súbitamente fuera de sí.

El Primer Ministro le dirigió una mirada furibunda; pero, conteniéndose, se limitó a tocar el timbre.

—Lo sé perfectamente, mi joven lord, —y también unos cuantos millones de ingleses, sin cuyos votos yo no estaría aquí. Creo que usted sabe cuales son mis principios, lord Dorminster. Yo estoy aquí para gobernar el país en beneficio del pueblo. No queremos inmiscuirnos en las cuestiones extranjeras ni mezclarnos en los asuntos de los demás, y, menos que todo, volver a los tiempos en que su tío era joven y todos los países de Europa estaban con la espada desenvainada, no fiándose los unos de los otros, temiéndose mutuamente, viviendo en un estado de continuo

nerviosismo, con el sonido del tambor siempre en los oídos. El mejor preventivo contra la guerra, en mi opinión, es no temerla. Buenos, días, lord Dorminster.

Era una despedida contra la cual no había apelación. Nigel siguió al secretario.

—Usted encontraría al Jefe un poco molesto esta mañana, supongo yo, lord Dorminster —dijo este último—. Hemos tenido la visita de la Misión francesa.

—Mister Mervin Brown tiene, por lo menos, la virtud de estar de acuerdo con su propia mentalidad —replicó Nigel con aspereza.

OceanofPDF.com

Capítulo XIII

El automóvil giró y entró por la gran puerta de entrada del South London Aeronautic Terminus y comenzó a ascender lentamente por el ancho y asfaltado camino hacia lo que, unos pocos años antes, se había estimado como una nueva maravilla del mundo. Maggie se puso de pie, lanzando una pequeña exclamación de asombro.

—¡Nunca había estado aquí de noche! —exclamó—. ¡Es algo sorprendente!

—¡Maravilloso! —convino Nigel—. Es el aeropuerto más grande del mundo... más grande, según se dice, que todas las estaciones ferroviarias juntas. ¡Mira los focos, Maggie! ¡No es de extrañar que el cielo, desde el terrado de Belgrave Square, parezca siempre que esté encendido de noche!

Estaban aproximándose al primer gran cobertizo de los construidos en semicírculo alrededor de un inmenso espacio de terreno perfectamente asfaltado y a nivel. Cada cobertizo, tan grande como una estación ferroviaria ordinaria, con arqueada entrada, estaba iluminado eléctricamente. En los andenes esperaban verdaderas muchedumbres. En muchas pistas los motores de gigantescos aviones estaba vibrando, a punto de despegar. En el fondo había una inmensa instalación de telegrafía inalámbrica y alrededor, a intervalos regulares, enormes pilares en cuya cúspide brillaban focos de diferentes colores. El automóvil se detuvo ante un cuadro de llegadas y salidas, profusamente iluminado. Nigel se apeó un momento, y preguntó a uno de los funcionarios:

—¿Cuál es el hangar del Dragón Negro, avión particular que se espera de China?

El preguntado consultó el cuadro, y dijo:

—Número 7, a la otra parte. Puede usted conducir dando la vuelta.

—¿Cuándo se le espera?

—Cruzó el Mar del Norte puntualmente —contestó el preguntado—. Dentro de diez minutos veremos sus luces color violeta. Tengan cuidado

cuando pasen por el minero 3. Acaba de llegar el avión de Noruega.

Nigel le recomendó al chófer que marchase con precaución, y arrancó el coche. Desde el primer cobertizo pasaron por una fila de vehículos que salían abarrotados de equipajes; multitud de pasajeros recién llegados se abrían paso a empujones, camino del subterráneo eléctrico. En el hangar número 7 dejaron el coche y dirigieron al extremo de la larga plataforma. El elevado techo arqueado, con cubierta de vidrio, estaba brillantemente iluminado, reflejando hacia abajo una rara luz sobre la larga fila de empleados, sobre las cantinas y los puestos de periódicos. En el extremo final un enorme aparato, destinado al Este, estaba siendo asaltado por los viajeros. Maggie y su compañero contemplaron unos minutos el enorme espacio vacío.

—¿Qué me cuentas de Naida? —le preguntó la joven un poco abruptamente.

—Naida es una maravillosa mujer —contestó Nigel, entusiasmado—. Tomamos el *lunch* en Ciro. Llevaba un traje de muselina blanca y negra que acababa de recibir esta mañana de París. Después fuimos a Ranelagh y nos sentamos bajo un árbol.

—Dedicándote por completo a tu trabajito, ¿no es así? —dijo Maggie, burlona.

—Antes de poco tendrás ocasión de cazarme —replicó él—. Nadia me ha prometido que te proporcionará una entrevista con el príncipe.

—Desearía saber qué dirá Oscar Immelman —dijo Maggie, pensativa.

—A decir verdad —dijo Nigel, esperanzado—, creo que Immelman está perdiendo terreno. Su proyecto es demasiado egoísta. Por supuesto, Naida no quiere discutir estas cosas conmigo claramente; pero de cuando en cuando me insinúa algo. Entre sus dotes, tiene el maravilloso sentido de la justicia y odia toda forma de soborno. Por eso es por lo que estoy convencido de que ella e Immelman chocarán. Immelman nunca podrá ver más que el lado egoísta, ni aun en caso de un cataclismo mundial. Naida busca en todas partes el motivo. Tiene instinto altruista. No me extraña el proceder de Matinsky. Ella ha nacido gobernante.

—Me complace saber que estáis intimando —dijo Maggie.

—¡Mira! —interrumpió él, cogiéndola del brazo—. ¡Las luces violeta!

Arriba, en el cielo, dos puntos violeta surgieron de pronto como globos de aire. Un grupo de mecánicos apareció por las puertas subterráneas y se esparcieron por la vasta plataforma. Muy pronto la nave aérea estuvo a la vista, iluminando brillantemente el espacio. Describió, despacio, un círculo y aterrizó sin hacer ruido alguno, y con los mecánicos corriendo a su lado y los motores apenas perceptibles, llegó al cobertizo y se detuvo junto al andén. Maggie y su acompañante permanecieron en el fondo.

—¡Mira quién viene! —exclamó la joven.

Immelman apareció de pronto, como salido de las entrañas de la tierra, y le estrechó las manos, calurosamente, a un hombre alto, delgado, que fue uno de los primeros en descender. Hablaron rápidamente durante unos pocos minutos. Luego desaparecieron, bajando a la estación de revisión de equipajes.

Maggie contempló, con ansiedad, las figuras que desaparecían.

—En nada parece chino —declaró.

—Ya te dije que no lo parecía —repuso Nigel—. Era el mejor parecido de los jóvenes de su edad en Oxford.

Ya de regreso, Maggie permaneció un rato silenciosa y pensativa.

—¿Qué hemos sacado en limpio de esta excursión? —preguntó finalmente.

—¿Te sabe mal haber venido? —replicó él.

Ella estaba como recién despertada de un mal sueño.

—Nigel, a mí me pasa algo... Siento frío y estoy nerviosa... Estoy como si nos fuera a suceder algo.

Él la miró con curiosidad. Esta era una Maggie que apenas conocía.

—¿Presentimientos? —le preguntó.

—Sería absurdo —contestó ella con una débil sonrisa—. Pronto me pasará. No creo que el príncipe Shan me resulte agradable, Nigel.

—Eso es una imaginación tuya —observó él—. Ni siquiera le has visto la cara.

—Pude verle de refilón. Me pareció como tallado en granito, y sin nada humano en él más que la boca y los ojos. Ojalá no me hubiera visto.

—¿Acaso tienes la presunción de que te recuerde? —preguntó Nigel.

—Tengo esa seguridad —respondió la joven, simplemente.

A la noche siguiente cenaban Immelan y el príncipe Shan en el salón blanco y oro del Ritz. El alemán conversaba animadamente sobre temas frívolos y entre sorbo y sorbo de champaña, explicábale a su compañero de mesa quienes eran los personajes más notorios que había en el comedor. El príncipe le oía impasiblemente, sin una sola contracción de su rostro, tan blanco como la camisa que llevaba, en cuya pechera se destacaban unas discretas perlas negras. Vestía a la última moda, impecablemente, con el negro cabello alisado cuidadosamente y las uñas perfectamente manicuradas. No cabía duda de que conocía todos los refinamientos de la civilización occidental. Lo único que denotaba su orientalismo era su impenetrable expresión de esfinge, la no corriente configuración de sus ojos brillantes y un aire peculiar y despegado de cuanto le rodeaba. Comía poco, sólo bebía agua y observaba prolongados silencios. Sin embargo, oía a su acompañante con cortés deferencia y aparentando interés. Por fin pareció renunciar a su actitud reservada, y le preguntó a su anfitrión:

—¿Me podrá decir, usted que conoce a todo el mundo, quién es aquella joven que va acompañada de una dama y de un caballero que si mal no recuerdo fue compañero mío en Oxford y cuyo nombre he olvidado?

—Les conozco —contestó Immelan, sin entusiasmo—. La joven es *lady* Maggie Trent, la señora de cabellos blancos su tía y el que las escolta es lord Dorminster, a quién usted conocería con el nombre de Ringley... Acaba de heredar el título.

El príncipe Shan dejaba vagar su mirada por el salón y tras fijarse en los grupos de distinguidos comensales, se perdía en la contemplación de las paredes, pintadas de blanco y oro, como si en ellas, hubiera escrito algo que le preocupara. Había sido siempre un infatigable viajero, y como le sucedía frecuentemente al ponerse en contacto con otra civilización más corrompida que la suya, no podía substraerse a un cúmulo de nuevas sensaciones. Sus oídos estaban ahora cerrados a las palabras que desgranaba incansablemente su compañero.

—Según se dice *lady* Maggie y lord Dorminster están prometidos; pero creo que no pasa de ser una suposición.

Por segunda vez, los ojos del príncipe se posaron en la joven, que vestía con maravillosa sencillez y sonreía con singular encanto. En este punto se cruzaron las miradas de ambos, y el príncipe oyó entonces algo así como la llamada inefable de Occidente, con todas sus sugerencias.

—Me complacería trabar amistad con *lady* Maggie Trent —dijo el príncipe con perfecta naturalidad.

OceanofPDF.com

Capítulo XIV

La presentación que el príncipe Shan deseaba, sobrevino muy oportunamente. Aquella tarde estaba concurridísimo el vestíbulo, y la mesa hacia la que un atento *maître d'hôtel* condujo a Immelan y a su acompañante se hallaba próxima a la reservada para Nigel. El hecho de tener que tomar una silla, sirvió de pretexto para iniciar la conversación. Immelan mostróse amable y cariñoso como de costumbre al presentar a unos y otros, contento, aparentemente al menos, de constituir una reunión general de los allí presentes. El príncipe Shan, una vez presentado a Maggie, procuró permanecer al lado de la joven, hasta el punto de rehusar muy sosegadamente la silla que Immelan le ofrecía en otro sitio de la mesa.

—¡Qué afortunado he sido en esta primera tarde que paso en Londres, señorita Maggie! —exclamó el príncipe.

—¿Por qué? —preguntóle ella.

El príncipe la miró, reflexionando antes de contestar, y accediendo a la muda invitación de la joven, se sentó a su lado.

—Los que procedemos de países encerrados en sí mismos —repuso el príncipe—, y China es uno de ellos, venimos anhelando nuevas experiencias, nuevas sensaciones. Mi apetito de ellas, es insaciable.

—¿Acaso le causo una nueva sensación? —le preguntó Maggie, con mirada inocente, pero con un destello burlón en sus ojos.

—Ciertamente —respondió él plácidamente—. Usted revela, mejor dicho, sugiere cosas que en mi país se ignoran.

—¡Y yo que creía que ustedes estaban hipercivilizados! —observó Maggie—. Le ruego que me diga con toda franqueza que tengo yo que las mujeres chinas no posean.

—Si yo le diera a mi respuesta todo el alcance que contiene su pregunta, excedería el límite de las convenciones imperantes en el mundo en que usted vive. Le diré simplemente que aunque nosotros, los chinos, podemos vanagloriarnos de haber alcanzado el nivel de la cultura y la civilización

occidental, nuestras mujeres se han quedado muy atrás. Las chinas, aun las más encopetadas, no se preocupan de cuestiones serias. El dios de las Montañas, como ellas dicen, las hizo flores para ser cogidas, un hermoso juguete para regalo de quienes las eligen. La mujer china sigue siendo primitiva. Esta es la causa de que los hombres, con el tiempo, se hastíen de ellas, porque los que tienen imaginación suelen mirar hacia Occidente, donde hallan un nuevo goce y una extraña y nueva fascinación en un tipo femenino completamente diferente.

—Pero en China viven muchas europeas —objetó Maggie—, y hasta norteamericanas, que tan admiradas son en todas partes.

—Los chinos, y muy especialmente los que pertenecemos a la nobleza —repuso el príncipe—, nacemos con prejuicios raciales. Un individuo puede olvidar una afrenta; pero una nación, nunca. Ya han pasado los tiempos en que se apelaba a las armas para el desquite. Lo más probable es que ningún señor de la China de nuestros días se enamore de una norteamericana.

—¿Pero es posible? —exclamó Maggie—. Esos prejuicios están llamados a desaparecer.

—Aunque tales sentimientos están anticuados —admitió el príncipe sin sulfurarse—, perduran entre nosotros. Yo me consideraré muy honrado con su amistad, señorita Maggie.

—Es usted muy súbito —rió la joven—. Me lisonjean sus palabras. Pero ¿para qué desea mi amistad?

—Para poder visitarla... a usted y a su tía —repuso el príncipe, mirando en torno del pequeño círculo.

—Nos complacería mucho —expresó ella—; pero no creo que le haga mucha gracia mi tía. Aparte de que es sorda, carece del sentido del humor. Si vive con nosotros es porque lord Dorminster y yo, aunque pasamos por primos, no somos parientes en verdad; pero yo no me avine a dejar Belgrave Square. Si usted quiere, mañana tomaremos el té juntos.

—Me hará muy feliz. A las cuatro iré por usted —anunció el príncipe, con un intenso brillo en los ojos.

La conversación no tardó en generalizarse. El príncipe Shan, con el aire de quién acaba de conseguir un objetivo inmediato, se apartó de Maggie y

dirigió unas corteses palabras a la tía. El grupito se disolvió seguidamente; pero todos parecían dispuestos a concurrir al mismo teatro. Nigel se había puesto un tanto serio.

—Has tenido un buen principio —le dijo, inclinándose hacia Maggie una vez acomodados en el coche.

—¿No te agrada? —replicó ella, preocupada.

—Desearía que le pudieras conquistar sin recurrir a los procedimientos que has empleado esta noche —objetó su acompañante, mohíno.

—No te preocupes. Yo estoy curtida en estos asuntos —le aseguró Maggie—. Una vez le permití al presidente de la República alemana, que retuviera mi mano cuando su esposa no nos miraba. Y nada resultó de ello —añadió la joven, exhalando un suspiro—. Los alemanes son terriblemente sentimentales cuando no arriesgan nada. No llegan nunca a corresponder cortésmente.

—¿Llamas «corresponder cortésmente» cambalachear con los secretos de Estado a cambio de un simple contacto de dedos? —le sugirió su tía, en tono de reproche.

—O de labios, tal vez —replicó Maggie, con una graciosa mueca—. No se ponga seria, tía, por favor. Le advierto que no me he enamorado del príncipe Shan y que en este momento aceptaría casarme con Nigel, si yo pudiera atraparle otra vez. Me gustan los botones de su chaleco y el modo de hacerse el nudo de la corbata.

—Ya has hecho tarde, querida —objetó Nigel—. Te anuncio formalmente que he transferido mis afectos.

—Pues mejor aun para que me decida a atraparte de nuevo —declaró Maggie con resolución—. No renuncio a perder un admirador.

—¡Cuántas tonterías estáis diciendo! —dijo la señora Bollington-Smith a punto de parar el coche frente al teatro.

Chalmers se unió a ellos a poco de haber llegado al palco, y ocupó el asiento que Nigel había dejado vacante junto a Maggie al verle entrar.

—Ya sé que usted se ha lanzado al ataque —díjole el recién llegado a Maggie, casi al oído.

—¿Como se ha enterado usted? —inquirió ella.

—Estuve esta noche en el Ritz, en un rincón del salón, con mi jefe y otros dos señores. Luego permanecí detrás de usted, en el vestíbulo, sin que me viera.

—Yo estaba tan absorta... —murmuró ella.

Chalmers fijó la mirada en el escenario, y no dijo nada durante un buen rato. Cuando volvió a hablar, su voz sonó con un timbre de gravedad.

—Señorita —empezó a decir—, en nuestra primera entrevista le expuse las ideas que tengo sobre la diplomacia. Sobre todo la verdad, sin andarse por las ramas... la verdad sin ambages ni rodeos. Se ha ganado usted mi afecto.

—¡Qué salida tan graciosa! —exclamó ella, sofocada—. ¿Va usted a declarármese?

—Nada de eso, que está muy lejos de mi pensamiento —aclaró él—. Y para que no haya lugar a torcidas interpretaciones, sustituya la palabra «afecto» por «interés». Me siento intranquilo desde que advertí el modo de mirarla del príncipe Shan.

—¿Pero es que me miraba? —preguntó Maggie, halagada.

—No sólo la miraba —le aseguró Chalmers—, sino que pensaba en usted... y en nada ni nadie más.

—Es un motivo de congratulación —convino ella—. Me creo en camino del éxito.

—No estoy tan seguro —opinó él, frunciendo el ceño—. Tal vez me tache usted de ilógico e inconsecuente; pero le confieso que he cambiado de parecer en cuanto al papel reservado a usted en nuestro asunto.

—¿Por qué?

—Porque me da miedo el príncipe Shan —expresó él francamente.

Maggie le observó disimuladamente, cubriéndose con el abanico, sin mostrar otro sentimiento que el interés por conocer el fondo de las palabras que acababa de oír.

—Me extraña que emplee usted ese término —comentó la joven.

—Me lo figuro —concedió él—. Yo la respaldaría si usted tuviera que vérselas con cualquier criatura viviente de su raza y de su clase; pero el príncipe Shan es muy diferente. Posee el don de fascinar a cuantos le tratan,

hombres o mujeres; pero no emplea nuestros métodos. La vida significa poder para él. Impone siempre su voluntad.

—¿Acaso teme usted que él juegue con mis afectos? —sugirió Maggie, con los ojos brillándole de alegría.

—Algo parecido —admitió él, lisa y llanamente—. El príncipe Shan estará aquí un par de semanas a lo sumo. Cuando se vaya, será para no volver, seguramente.

—En ese caso, tal vez me decida a casarme con él —dijo Maggie—. Ya me estoy cansando de la calle de San Jorge, de la plaza de Hannover, de negocios y demás zarandajas.

—Está usted en un error, mi querida señorita Maggie —repuso Chalmers—. El príncipe Shan no se casará jamás con usted.

—¿Por qué no? —preguntó ella, simplemente.

—En primer lugar —alegó Chalmers, tras vacilar un momento—, porque aun pareciendo franco, y lo es en todas las grandes cuestiones del mundo, todavía conserva algo de lo que nosotros llamaríamos superstición. Creo que en su mente se considera uno de los pocos elegidos de la tierra. Viaja, se porta amablemente con todo el mundo; pero aunque en sus maneras y sus modales es la perfección suma, en su corazón todavía es chino. Cabalga en las nubes de Asia, y siempre deja algo de sí mismo allá donde vaya. Permítame que le diga una cosa, señorita Maggie, que nunca he olvidado. Estuvo en Harvard conmigo y aunque no se inclinaba ante nadie, algunas veces se inclinó ante mí. Una vez me atreví a preguntarle si se casaría algún día. Movié la cabeza y suspiró. «Yo no puedo casarme nunca, —replicó—. ¿Por qué no?» —le pregunté—. «Por qué no quedan mujeres de la línea Shan», respondió. Más tarde comprendió mi extrañeza y me lo explicó. Durante más de dos mil años ningún Shan se ha casado sino con una parigual. Aliarse con una princesa de la casa real de Inglaterra, sería una *mésalliance* que agitaría a sus antepasados en sus tumbas. Por supuesto, esto nos suena muy ridículo; pero a él, no. Es parte de la religión de su vida.

—No es usted muy animador que digamos, ¿verdad? —dijo Maggie—. Quizás haya cambiado desde entonces.

—Le aseguro que no. El príncipe no es de los que cambian.

—¿Es sólo el matrimonio lo que se niega a sí mismo?

Chalmers miró hacia la señora Bollington-Smith, cuyos ojos permanecían cerrados. Luego señaló al escenario, diciendo:

—¿Ve usted esa mujer que acaba de salir a escena? Maggie miró al escenario. Una figurilla maravillosamente vestida con un traje de satén blanco, flexible y sinuosa como una gata china en la sutilidad de sus miradas, europea en su casi siniestra supercivilización, sonreía suavemente al público que la ovacionaba.

—La Bella Nita —murmuró Maggie—. Creí que estaba en París. Bueno, ¿y qué?

—Se la considera como protegida del Príncipe Shan. ¿Ve usted como mira al palco que él ocupa?

Maggie notó un raro y casi incomprensible latido en su corazón. Respondió sin vacilar ni cambiar la expresión de su rostro:

—El príncipe debe ser cariñoso con una de sus paisanas —dijo ella indulgentemente—. ¿Insinúa usted algo terriblemente escandaloso?

La Bella Nita danzaba maravillosamente y cantaba como un jilguero. Bailó otra vez y desapareció, no obstante las insistentes llamadas para que repitiera el número. Siguió una selección de obras musicales a cargo de la orquesta, y el público empezó a abandonar los palcos. Chalmers fue en busca de Nigel, y momentos después llamaban a la puerta. Maggie agarró los brazos de la silla con fuerza. Casi se enfadó consigo misma al sentir tanta inquietud.

—Me han dejado solo —explicó el Príncipe Shan al tiempo que se inclinaba y aceptaba la silla que Maggie le señalaba—. Mi amigo Immelan se ha ido a saludar a sus amistades y yo no tenía servidumbre esta noche. Confío en que no me tomará por un intruso.

—Usted siempre es bien venido —replicó Maggie—. ¿Quiere escuchar la orquesta o hablar conmigo?

—Hablaré, si me lo permite —respondió él—. ¿Lord Dorminster no está con ustedes?

—Nigel fue a ver a un amigo que quiere que venga a cenar. Mi primo es uno de esos hombres que tienen amigos y relaciones en todas partes.

—Y a esa afortunada casualidad —continuó su visitante, bajando un poco la voz— debo la felicidad de hallarme a solas con usted.

Maggie miró a su tía, quien estaba recostada en su silla.

—Parece que mi tía duerme; pero no es así —dijo la joven—. Es una dueña eficiente. Hábleme de China, haga el favor, y también de su avioneta *Dragón*. ¿Es verdad que contiene bañeras de plata y que Gauteron pintó las paredes de su comedor?

—Me pasé cinco días en el aire para venir aquí —contestó él con indiferencia—. Es necesario que las cosas que nos rodean sean agradables. Algún día, quizá, pueda yo tener el honor de enseñárselo a usted. En la oscuridad y cuando está en el hangar, tiene poco que ver.

Ella le miró curiosamente y dijo:

—¿Sabía usted que yo estaba allí, pues?

—Su rostro de usted fue el primero que vi al descender del avión —respondió él—. Usted se mantuvo apartada, mirando, y me pregunto por qué. Yo sabía, también, que usted estaría en el Ritz esta noche. Por eso fui allí. Por regla general, yo no como en público.

—¿Cómo es posible que supiera que yo iba a ir allí? —preguntó Maggie con curiosidad.

—Envié a uno de los caballeros de mi séquito para que se enterase de los nombres de las personas que habían encargado mesas —respondió él—. Fue muy sencillo.

—Fue pura casualidad que la mesa se encargase a mi nombre —objetó ella.

—Entonces fue la casualidad la que nos juntó —repuso él—. La casualidad, aunque con otro nombre, es lo que preside mi vida.

Por primera vez en sus relaciones con el otro sexo, Maggie sintió una extraña sensación que casi la atemorizaba. Sentía que iba perdiendo su equilibrio, su voluntad, el dominio de sí misma. Inconscientemente separóse un poco del príncipe. Su mirada se paseaba por toda la sala y de pronto se quedó fija en el palco que su visitante acababa de abandonar. Sentada tras los cortinajes, pero un poco inclinada hacia adelante, con los ojos fijos en el Príncipe Shan, estaba la bella Nita, cubierta con una capa verde sobre su traje de baile, curiosa, con su figurita que la semioscuridad hacía más llamativa.

—Alguien está esperándole en su palco —dijo Maggie.

Él paseó la mirada por el público, y se levantó.

—Debo irme —dijo sencillamente—; pero son muchas las cosas que deseo decirle a usted. No lo olvide. Mañana por la tarde.

—No lo olvidaré —contestó ella bajito.

OceanofPDF.com

Capítulo XV

Sentado en el oscuro rincón del palco, el Príncipe Shan escudriñaba con recelosa admiración a su visitante, la Bella Nita, ya iniciada en todos los secretos de la vida de París y Nueva York.

—Eres muy hermosa, Nita —le dijo él.

—Todos me lo dicen —respondió ella.

—¿Te ha tratado bien la vida desde que nos vimos la última vez? —preguntó él, pensativo.

—Ya va para cinco meses —suspiró ella.

—¿Me has sido fiel?

—Llevo la fidelidad en el alma.

El príncipe calló, como reflexionando lo que iba a decir. En escena hacía las delicias del público un famoso cómico francés.

—¿Ocupas el mismo departamento?

Ella abrió el bolso de terciopelo negro que había dejado en la baranda del palco, y le entregó una llavecita.

—El mismo —dijo.

El príncipe retuvo en su mano la llavecita con aire de indiferencia.

—¿Necesitas dinero? —le preguntó.

—Tengo un millón de francos —afirmó la joven—. Lo que deseo es que mi señor me hable de cosas más importantes para mí. ¿Quién es la que ocupa aquel palco?

—Una espía inglesa —respondió él, tranquilamente.

Ella bajó la vista como si quisiera ocultar el brillo fugaz y suave que despedían sus ojos.

—Esa inglesa es mi rival en el espionaje —susurró ella.

—Tú no tienes ninguna rival —le aseguró el príncipe— y, además, esa mujer milita en el campo opuesto.

Ella apretó los rojos labios con un gesto peculiar.

—¿Ha terminado mi trabajo? —preguntó—. Estoy cansada de París. Esto me gusta más. Me aburren aquellos oficiales franceses y los funcionarios de porte solemne que frecuentaban mi salón y que se comportaban como colegiales sorprendidos en falta y me hablaban de sí mismos conteniendo la respiración, dándose importancia y como convencidos de que podían decidir los destinos del mundo con una sola palabra. ¿Tiene mi señor bastante información?

—Más que suficiente —aseguró él—. Has realizado un trabajo admirable.

—¿He de luchar con ella? —preguntó la joven, señalando con un leve y ansioso movimiento de cabeza a la mujer que ocupaba el palco del lado opuesto.

—Es inofensiva, ella y cuantos la rodean —contestó el príncipe—. Un golpe de audacia afortunado les puso en situación de saber que yo iba a reunirme aquí con Immelan y de conjeturar los motivos de la entrevista. Esperaban mi llegada en el aeródromo, y ahora están todos con la boca abierta esperando que les caiga del cielo la información que buscan. Estos anglosajones son muy ingenuos y no tienen nada de diplomáticos.

Ella paseó la mirada por la sala. En el palco de enfrente, Maggie saludaba a un caballero que Nigel acababa de presentarle y que se inclinaba ante ella con manifiesta admiración. Nita, estucado su rostro con abundancia de cosméticos y sus labios sobrecargados de rojo, observó curiosamente a su presentida rival, de tez blanca, de ojos claros, de hermoso cuello, con el cabello apretado a los lados, de aire tranquilo y singular distinción.

—Esa señorita viste muy bien para ser inglesa —observó ella—. Está *bien soignée*; pero su traje es muy atrevido.

El príncipe siguió con la mirada la dirección que ella señalaba, y finalmente alcanzó lo que era objeto de su examen. Nita interpretó correctamente lo que se transparentaba en los ojos del príncipe.

—¿Puedo esperaros esta noche? —preguntó ella, en voz baja.

—No, hoy no —respondió él.

En el escenario actuaba ahora un violinista, un polaco recién llegado a Londres. La Bella Nita entornó los ojos. Durante varios minutos su corazón

pareció latir al compás de los acordes del violín.

—¿Así es que después de todos mis trabajos, riesgos y sufrimientos pasados no me corresponde nada? —exclamó ella de pronto.

—¿Acaso no es nada poder vivir como tú quieras? —repuso él.

—Eso es poco —replicó ella con firmeza—. Hay una docena de hombres que me ofrecen muy gustosamente lo mismo que estoy pidiendo yo ahora. ¿Pero qué son esas cosas comparadas con el amor de mi señor y dueño?

El príncipe la miró con cierta tristeza, pero sin un signo de verdadero sentimiento. La joven que tenía delante no era para él más que una muñequita pensante, de cuya inteligencia se había valido, pero de cuya belleza se había haziado.

—Nita, recuerda lo que dijo un poeta nuestro: «El amor es como el susurro del viento en los almendros a la hora del amanecer. Nosotros no podemos dominarlo. Viene a nosotros o nos deja sin razón alguna».

Ella se puso a examinar nuevamente el aspecto de la sala, y sin volver la cabeza, continuó hablando:

—Nada temo del Este, porque los que me escriben semanalmente me dan cuenta de todos los actos de mi señor. Nada temo en el Este porque allí se da el cuerpo; pero nunca el alma. Allí está a salvo mi príncipe. Pero... estas mujeres occidentales poseen otros dones. ¿Es *ella*, dueño de mi vida y de mi alma?

—Nunca vi a esa joven hasta hoy —explicó él.

Ella rió tristemente.

—Los ojos pueden encontrarse en la calle sin hablarse; pero una mirada puede quemar el camino del alma. Una vez yo pensé que podría amar de nuevo, porque un extraño me sonrió en el Bois; y tenía ojos grises, y la mirada y la boca que desea una mujer. Él pasó y yo le olvidé. ¿Veis? Mi señor todavía estaba allí... Así es la mujer.

—¿Quién lo sabe? —respondió él.

Immelman entró en el palco inesperadamente. En su rostro se notaba una nube que él procuraba disimular. Casi al mismo tiempo llegó un traspunte llamando a Nita al escenario. La artista se levantó y se envolvió en su manto verde, diciendo:

—Dentro de un cuarto de hora he de actuar de nuevo. ¿Debo despedirme, pues?

La joven levantó la vista por un momento y la solicitud, que no entiende de nacionalidades, brilló en sus profundidades de terciopelo. Permaneció ante él simplemente, como una esclava que ruega. Ni un solo músculo del rostro del príncipe Shan se movió.

—Sí, buenas noches, Nita. Adiós —respondió él, imperturbable.

La joven inclinó la cabeza y salió. Marchaba con el aire de una flor cuyos pétalos han sido arrancados. Immelan la miró salir, con curiosidad, casi con compasión.

—¿Ha terminado con la pequeña, príncipe? —inquirió.

—He terminado —fue la breve respuesta.

Immelan acarició, pensativo, su corto bigote.

—¿Será prudente? —se aventuró a decir—. Ha sido fiel y asidua, y conoce muchas cosas.

Los ojos del príncipe Shan demostraron admiración.

—Durante algunos años ha sido mi compañera ocasional —dijo—. Es todo lo que podía esperar de mí. Nosotros no somos como ustedes los occidentales, Immelan —continuó—. Nuestras mujeres son esclavas de nuestra voluntad. Las llamamos o las rechazamos. Ellas lo saben y están preparadas para ello.

—Eso parece un poco brutal —murmuró Immelan.

—¿Acaso son preferibles sus métodos? —preguntó el príncipe.

—Con todo, ustedes practican el engaño. Sus gustos y caprichos son diferentes. Ustedes pierden la dignidad, amigo mío. Ninguna mujer vale la mentira de un hombre.

Immelan estaba recostado en su silla, mirando con atención el concurrido teatro.

—Sus principios —dijo— serán adecuados para las mujeres chinas; pero la Bella Nita se ha hecho occidental. ¿Está usted seguro de que ella aceptará la situación como si viviera con usted en Pekín?

—Yo soy su amo —objetó el príncipe fríamente—. No le he hecho ninguna promesa que no haya cumplido.

—Las promesas de un hombre a un mujer no se hacen solamente de palabra —se permitió decir Immelan—. Usted ha estado ausente de Europa cinco meses, y durante todo este tiempo ella ha estado esperándole.

—Ha acontecido algo nuevo —respondió el príncipe, con deliberación.

—¿A su llegada a Londres?

—Apenas dejé mi avión.

—¿Se refiere usted a Maggie Trent? —preguntó Immelan con una franqueza que trascendía a incredulidad.

—Ciertamente. Siempre creí que mis pensamientos se fijarían algún día en una de estas mujeres occidentales, tan extrañas. Ya ha llegado ese día. La señorita Maggie posee los encantos que son producto del cerebro; pero que satisfacen más que cualesquiera otros a los sutiles anhelos del poeta, del letrado, del filósofo. Es una mujer maravillosa, Immelan, y le agradezco que me la haya presentado.

Immelan cesó de acariciarse el bigote. Se repantigó en su asiento y clavó su mirada en el príncipe. Hacía años que estaban asociados; pero hasta ahora no se había dado cuenta de que distaba de conocerle.

—¿Pero usted olvida, príncipe, que *lady* Maggie y sus amigos están en el campo opuesto? Cuando su convenio haya terminado y sea conocido en el mundo, aparecerá ella como enemiga suya.

—Hasta ahora —repuso el príncipe Shan— nuestro convenio no ha terminado.

El rostro de Immelan oscurecióse. Nada, sino el temor al hombre con quien estaba hablando, evitó que expresara su enfado.

—Pero, príncipe —persistió—, aparte de toda consideración política, ¿no advierte que no puede haber nada común entre usted y *lady* Maggie?

—¿Por qué no? —replicóle fríamente el príncipe.

—*Lady* Maggie pertenece a la nobleza inglesa —indicó Immelan—. Ni a ella ni a sus parientes les gustaría pensar en algo que tuviera visos de una alianza poco legítima.

—No sería necesario —declaró el príncipe Shan—. Pienso ofrecerle hacerla mi esposa.

Immelan dejó caer la pitillera que acababa de sacar del bolsillo, asombrado y mohíno.

—¿Habla usted en serio?

—Completamente en serio —insistió el príncipe—. Comprendo su extrañeza, Immelan. Cuando por primera vez me asaltó esta idea, la arranqué como si fuera una mala hierba. Pero nosotros, los que hemos estudiado en Occidente, hemos aprendido ciertas grandes verdades que nuestros filósofos, a veces, dejaron de ver. Todo lo que hay de verdad en la vida y en la muerte, nos lo han enseñado nuestros profetas. De ellos hemos aprendido entereza y castidad, devoción a nuestra patria y firmeza de propósito. Aquí, sin embargo, uno ha aprendido, también, algo. La nobleza nace del alma. Un príncipe Shan debe buscar la mujer no para el cuerpo solo, sino también para el espíritu. Si sus espíritus se juntan en iguales términos, entonces ella compartirá el trono con él. El trono de su vida.

Immelan permanecía silencioso. Había algo conmovedor en las veladas palabras de su compañero. Cuando, al fin, pudo hablar, lo hizo en tono poco convincente.

—Supongamos que ella esté ya prometida a lord Dorminster...

El príncipe Shan sonrió muy tranquilamente.

—Eso puede ser fácilmente solucionado —afirmó.

—¿Pero cree seriamente que podría inducirla a ir con usted a Pekín? —persistió Immelan.

En aquel momento, la casualidad hizo que Maggie volviese la cabeza y mirase a los dos hombres. El príncipe Shan se inclinó un poco para corresponder a su mirada. Su rostro estaba impasible y sereno. Sin embargo, en sus ojos brilló por un momento el fulgor del hombre que contempla la presa codiciada.

—Estoy completamente seguro —repuso en voz baja.

OceanofPDF.com

Capítulo XVI

Maggie se inclinó en su silla y exhaló un leve suspiro de contento. El criado, de chaqueta escarlata, acababa de retirar la bandeja del té. Una agradable brisa soplaba a través de las hojas de los árboles, bajo los cuales ella y el príncipe Shan estaban sentados. De la lejanía llegaban los alegres acordes de una banda militar. En todas partes, sobre el césped y por los senderos, hombres y mujeres se paseaban.

—Confíese que esto es mejor que el Rumpelmayer o el Ritz —murmuró ella perezosamente.

—Mucho —admitió él—. Es un lugar maravilloso.

—¿No tienen en China algo igual? —preguntóle ella.

—No sería posible —respondió él—. La democracia allí está confinada a la política. En otros aspectos, nuestros prejuicios de clase son más rígidos que los de ustedes. Pero noto en este país grandes cambios desde mis tiempos de estudiante.

—A lo mejor es que se ha extinguido el afecto que le inspiraba —se aventuró a decir ella, mirándole fijamente, con los ojos entornados.

—Por el contrario —aseguró él—. Mi amor a Inglaterra jamás fue tan grande como en este momento. Su país de usted me ha proporcionado algo que aprecio tanto como su amistad, señorita Maggie.

Ella se vio obligada a apartar la mirada de los ansiosos ojos del príncipe, y a sus labios asomó una ligera sonrisa. Los hombres y mujeres que desfilaban ante ella parecíanle como flores artificiales, como música irreal. Comenzaba a sentir la influencia que él ejercía sobre ella. El jocoso humor en el que era tan diestra, vino en su ayuda. El dominio que ella tenía para infundir a la conversación un tono frívolo en cualquier momento, le estaba fallando.

—Dígame los cambios que ha notado —le rogó.

—Quizá —repuso él, después de un momento de vacilación— las diferencias parecen tan marcadas para mí por ser un visitante ocasional;

pero mire aquellas mesas. Allí está el duque de Illington, y en la mesa inmediata observo que hay un hombre que viste de un modo extravagante y lleva el sombrero más estrafalario que he visto en mi vida. Eso no se hubiera permitido en mi tiempo.

Maggie asintió, diciendo:

—La vida es una terrible mezcla hoy en día. Después de la guerra, nuestra aristocracia ha dejado el sitio a los especuladores que han amasado fortunas. El país ha ganado en prosperidad; pero ha perdido carácter.

—Enjuicia usted las cosas con claridad —comentó él—. En Inglaterra impera hoy el tendero. La riqueza es una gran cosa; pero sólo es grande por los fines a que se aplique, y esto es lo que han olvidado vuestros filósofos callejeros y los políticos de la nueva escuela.

—Ustedes han perdido sus simpatías por Inglaterra, ¿verdad, príncipe Shan? —preguntó Maggie.

Él la contempló con una enigmática sonrisa y un destello en los ojos que ella no pudo penetrar por completo.

—Señorita Maggie —dijo él lentamente—, me han informado de que usted se interesa mucho por el aspecto político de mi viaje a este país.

—¿Quién se lo ha dicho? Yo no tengo nada que ver con la política.

—Tiene usted el don de poseer una gran inteligencia —prosiguió el príncipe— y es la confidente de su pariente lord Dorminster, en el que se da la circunstancia de ser uno de los pocos ingleses que comprenden los malos derroteros por los que se conduce a esta nación. Usted está interesada en sus actividades y secunda sus esfuerzos para descubrir ciertos movimientos dirigidos contra el Imperio Británico. ¿No es así?

—¿Me toma usted por espía?

—¡Ah, no! —se excusó él, gentilmente—. Nadie es espía en su propio país, y usted, como patriota, estaría en su derecho tratando de descubrir lo que puede ser útil a su Gobierno. Me temo que sea ésta la causa de las atenciones que me dispensa usted, aunque espero, señorita Maggie, que no sea la última razón.

La joven era bastante avisada para no cometer la equivocación de negarlo, y más cuando la lucha era absurdamente desigual.

—Desde luego, no es la única razón —convino ella, estremeciéndose.

—Me alegro de oírlo. Permítame unas palabras sobre el tema, y en seguida hablaremos de otras cosas. Por favor se lo pido, señorita Maggie: no dé un solo paso por ese camino. Si yo descuido en cualquier sitio una cartera, créame, no se preocupe en cogerla, porque no hallará en ella papel alguno que le pueda interesar, y si converso con Immelan, o cualquier otro, salvo en el secreto de mi habitación, no oirá nada que valga la pena. Y si lord Dorminster se decidiera a procedimientos propios de piratas, y me raptara, fallarían sus propósitos, y en el supuesto de que tuviera éxito, finalmente, no obtendría con ello provecho alguno. Por consideración a usted, señorita Maggie, jugaré limpiamente, poniendo las cartas sobre la mesa boca arriba, como usted dice. No le oculto que estoy en tratos con Immelan y con un agente ruso, y que de llevarse a efecto el proyecto no resultaría nada beneficioso para su patria. Pero yo haré lo más conveniente para mi país. Así lo he decidido. Su corazón le dirá seguramente que ésta es la verdad, y que desde el momento de haberla conocido he puesto en el asunto un sentimiento benévolo para su nación. Declinaré todo compromiso que, sin afectar a China, pueda lastimar sus sentimientos patrióticos, señorita Maggie.

A la joven le temblaban los labios y en su garganta se le formó un tapón que la ahogaba. No podía hablar en absoluto. Las graves y razonadas palabras del príncipe, le daban un hondo sentido de su propia importancia. Ahora parecíanle insignificantes y hasta risibles los proyectos que abrigaba.

—Ya ve —prosiguió el príncipe, tras una pausa— que usted ha hecho cuanto se proponía a las mil maravillas. Ha suscitado usted en mí una fuerte predisposición a beneficiar a este país, sentimiento que antes no abrigaba. Era el único medio de decidirme a tomar una resolución que pronto conocerá. A cambio de lo que le he dicho, no le pido a usted que haga promesa alguna, señorita Maggie; pero sí que no reincida en el papel que desempeñó en Alemania. ¿Se ofenderá si le aconsejo que no intervenga en asuntos que me conciernen y que renuncie a toda tentativa de espiar mis actos? Conmigo debe proceder con toda confianza. Y ahora voy a pedirle el favor —dijo, poniéndose en pie— de que me acompañe a dar un paseo por aquel jardín lleno de flores.

Anduvieron juntos, y el príncipe continuó, diciendo:

—Lo que más añoro en este país, es no aspirar el perfume de las flores de mi palacio por la mañana y al atardecer. Cuando se digne usted concederme una hora en mi casa, le mostraré varias pinturas de mi residencia favorita.

Maggie le oía en silencio, admirada de cuanto le explicaba de sus plantas y flores, de los pavos reales blancos y de los pájaros amaestrados que constituían sus distracciones preferidas. De repente, ella estalló en una carcajada irreprimible, mientras miraba su grave faz, con ojos que parecían implorar comprensión y simpatía.

—Me siento como una niña precoz —exclamó Maggie—. Nadie me ha hablado tan admirablemente como usted, y oyéndole me he considerado muy ignorante. Me gusta lo que me ha dicho, príncipe Shan; pero al mismo tiempo le detesto.

El príncipe parecía más joven, casi de la misma edad que ella.

—No se enfade, por favor —le rogó él—. No crea que la trato como una niña. Usted le ha dado a mi vida un sentido que iba buscando inútilmente, y por eso le quedo profundamente agradecido. ¿Puedo seguir hablando?

—No, se lo suplico —repuso ella, casi sin aliento, cogiéndole una mano—. Conténtese con la ilusión de este instante.

Habíanse detenido en una glorieta, y él le cogió una mano entre las suyas, apretándola fuertemente.

—Sólo me sentiré contento cuando mi corazón obtenga lo que desea —susurró él con una dulzura que la llenó de turbación por el tono apasionado que revelaba—. Sabré esperar.

Al unirse a un grupo de amigos que se acercaron hacia ellos, Maggie volvió a mostrarse la misma de siempre. Chalmers se la llevó con el pretexto de mostrarle una maravillosa flor de color amarillo. El americano la observaba con curiosidad, y al llegar al extremo de un sendero del jardín, donde no podían oírles, el joven sintióse transportado a una región de ensueño; pero, volviendo en sí, acabó por preguntarle:

—¿Ha tenido suerte, señorita Maggie?

Ella le miró asombrada, y contestó:

—Puedo asegurarle que el príncipe Shan se pondrá a nuestro lado.

Capítulo XVII

*M*onsieur Félix Senn, distinguido francés que acababa de terminar la misión especial que le había traído a Londres, estaba un poco reacio a retirarse de la histórica mansión de Downing Street. Diplomáticamente, la entrevista había terminado. El Primer Ministro, sin embargo, manteníase cortés, casi afable, como si no hubiera motivos para que su visitante tuviera prisa en marcharse.

—Confío en que aceptará, *sir*, la seguridad de mi gran sentimiento por la desafortunada situación de los asuntos —dijo *monsieur* Senn—. Soy uno de los que lanzaron al aire su sombrero en los bulevares en agosto de 1914, cuando llegó a París la noticia de que este gran país había decidido cumplir sus promesas, en aras del honor, declarándole la guerra a Alemania. Nunca he olvidado aquel momento, *sir*, ni aun en los meses y años de incomprensión que siguieron a la firma del Tratado de Paz. Yo fui uno de los que pusieron de manifiesto los sacrificios que la Gran Bretaña había hecho en nuestro favor, y sus gloriosos hechos terrestres y marítimos. Mi amor a su país, mister Mervin Brown, es lo que ha decidido mi nombramiento para esta misión.

—Usted es y será siempre bien recibido aquí —expresó el Primer Ministro—. En cuanto al objeto de su misión, he de hablarle claramente. Francia, pese a la paz universal que disfrutamos, sigue fiel al espíritu militarista. El número de vuestros soldados, causa vértigo. Son hombres arrancados a las fábricas y a las minas, dedicados a inútiles ejercicios, y este caso es mal visto por los economistas. Nosotros hemos seguido otra orientación cuyo resultado salta a la vista. Superamos en mucho vuestras cifras de exportación e importación y nuestra situación financiera es tan firme que en los últimos diez años no sólo hemos rehecho nuestra economía, sobreponiéndonos a los efectos de la guerra, sino que hemos alcanzado un grado de prosperidad que no habíamos conocido anteriormente, mientras ustedes gimen bajo la carga de pesados tributos que

ustedes se imponen en aras de una organización militar ineficaz en estos momentos. Francia es la única gran nación que se resiste a creer que el gobierno corresponde a las democracias y que estas son opuestas al belicismo.

—En esto discrepo de usted —replicó el francés—. Francia no hace ni más ni menos que otras naciones, que no renuncian a tener un gran ejército que las ponga al abrigo de todos los peligros que se anuncian. Para nadie es un secreto que Alemania está montando una tremenda máquina militar. Y en cuanto a Rusia, que quiere pasar por el país más libre del Mundo, ni aun en tiempo de los Zares impuso tan despóticas restricciones a los extranjeros, al menos en determinadas zonas del país.

—El gobierno ruso, ciertamente, nos da muchos motivos de queja en esto —admitió mister Mervin Brown—. Le hemos dirigido enérgicas notas, que no serán las últimas seguramente. Pero hay que ser comprensivos. En el pasado, Rusia, exhausta, veía que todos sus grandes recursos naturales estaban en poder de los extranjeros, y ahora quiere reservarlos para sí. Aun reconociendo que va demasiado lejos en el trato que dispensa a los extranjeros, hemos de convenir en que no le falta a Rusia fundamento para adoptar ciertas actitudes.

—¿Y qué me dice del enorme contingente de hombres que tiene en filas? —inquirió *monsieur* Senn.

—Rusia tiene motivos para temer algo peligroso por parte de China, el nuevo coloso asiático —indicó el Primer Ministro—. En estos últimos tiempos China ha progresado mucho más que Rusia. Recuerde que la Sección de Asuntos Exteriores Asiáticos de la Sociedad de Naciones, recomendó ciertas medidas que están justificadas por parte de Rusia.

El enviado francés se había puesto en pie; pero demoraba la marcha. Era alto, de avasalladora presencia, de tez aceitunada, de ojos oscuros de profunda mirada, de negro cabello, ligeramente moteado de gris. Durante la guerra de 1914-1918 había ocupado puestos preeminentes que le reportaron una posición destacada en la política nacional, y más de una vez se dijo que lo que más había perjudicado su brillante carrera era la gran amistad que le unía a Inglaterra. Con todo, la misión que desempeñaba actualmente

monsieur Félix Senn no podía ser más dolorosa para él, pues tendía a poner fin a la alianza existente entre los dos países.

—Debo decirle antes de separarnos —dijo *monsieur* Senn en tono grave — que ni yo ni muchos de mis compatriotas participamos de su optimismo. Usted parece haber heredado la desacreditada teoría de que la guerra de 1914 se debió exclusivamente a los *Junkers* germanos. Esto no es verdad. Fue una guerra popular, y el pueblo alemán no olvidará jamás las duras condiciones del Tratado de Paz que se le impuso. Y, respecto a Rusia, ¿ha tenido usted en cuenta, alguna vez, que Rusia financiera y políticamente es más que medio alemana? Cuando Alemania perdió la guerra, tuvo una gran consolación... adquirió Rusia. Usted ha comparado la situación económica de Francia con la de su país de usted, *sir*. Admito su supremacía comercial; pero permítame decirle que yo no quisiera, por el mayor regalo que los dioses me ofrecieran, ver a Francia en el mismo estado de abandono en que hoy está Inglaterra.

El Primer Ministro se levantó también, con aire de dignidad ofendida, y dijo:

—*Monsieur* Senn. El espíritu militarista está infiltrado en la sangre de su país. Ustedes no pueden desprenderse de él en una generación o dos. Pero, créame, ningún gobierno del pueblo, en ningún tiempo, en lo futuro, sea inglés, ruso, alemán o americano, jamás se atreverá a sugerir, ni en sueños, una guerra de agresión o de venganza. Si nosotros estamos comparativamente, sin protección, es porque no necesitamos protección. Nosotros oímos las pisadas de sus millones de hombres en marcha, y damos gracias a Dios de que ese sonido está representado en nuestro país por el roncar de la maquinaria y las llamas de los altos hornos.

El francés saludó, aceptando la mano que el Primer Ministro le ofrecía.

—Una vez más, *sir* —dijo—, presento a usted los sentimientos de *monsieur le Président*.

Un capítulo de la historia de Inglaterra terminó con el pausado paso de *monsieur* Senn por la calle espléndidamente iluminada por el sol. El francés subió al automóvil que le esperaba, y seguidamente marchó a la Embajada Francesa. El Embajador escuchó, en silencio, su relato, haciendo sólo la siguiente pregunta:

—Y de la prensa, ¿qué me dice?

—El Presidente insiste en conocer la verdad —dijo el comisionado—. Francia se ha declarado contraria a los tratados secretos. Además, el honor de Francia jamás debe ser implicado en la cuestión.

El Embajador suspiró. Era nuevo en el cargo; pero había encanecido en el servicio de su patria.

—Este es el fin de un Convenio unilateral —dijo—. Es increíble que este pueblo no se dé cuenta de que contra su propio país... contra ellos mismos... está concitando un odio que fermentará algún día.

Félix Senn se dirigió al St. Phillip Club, donde encontró a su viejo amigo el príncipe Karschoff hablando en un ángulo de la sala de fumar con Nigel. Ambos estaban preparados para las nuevas que él les comunicó seguidamente. Karschoff estaba amargado; Nigel silencioso.

—Bueno, ya dijo Carlyle que «la Historia es filosofía enseñada con ejemplos», —explicó el primero—. ¡Cómo gozarán los historiadores del futuro al estudiar esta época! ¡Qué tratados escribirán! ¡Qué paralelos trazarán! Recordarán los días en que la aristocracia gobernaba a Inglaterra, que luchó y floreció; luego, la época en que la *bourgeoisie* ocupó su lugar y, con un poderoso esfuerzo, hizo frente a un gran peligro, y triunfó. Y, finalmente, con el gran trastorno europeo, en cumplimiento de la gran ley natural de cambio, el Laborismo desplazando a ambos, el Laborismo de un solo ojo, y allá va Inglaterra, despeñada, destrozada, hecha polvo... Vayámonos a comer, amigos. La cocina todavía es buena aquí.

Nigel se excusó, diciendo:

—Tengo un compromiso. Ya nos veremos luego.

—Algo me dice, mi querido Nigel —dijo Karschoff—, que usted está inclinado a la frivolidad.

—Si almorzar con una mujer es frívolo, me confieso culpable —replicó Nigel.

Karschoff se puso grave de repente. Parecía a punto de decir algo; pero se refrenó y se volvió con un ligero encogimiento de hombros.

—Cada cual tiene sus gustos —murmuró—. Para mí el *apéritif* con unas gotas de absenta en el cóctel; para Dorminster, el atractivo de una sonrisa de mujer. Quizá tenga razón. ¿Quién sabe?

Capítulo XVIII

Nigel debía estar esperando a alguien en el concurrido vestíbulo del más famoso restaurante de Club de Londres. Era, hasta cierto punto, la única figura que parecía no hallarse en su centro entre la muchedumbre de la nueva generación de buscadores de placeres, en cuyos rostros, la opulencia y el afán de adquisiciones rápidas habían puesto su marca. Era la Meca de la música de comedia y de la Bolsa; pero, el lugar, no obstante, seguía ejerciendo una gran atracción para el elemento extranjero que concurría allí; así que, cuando al fin apareció Naida, no cesó de cambiar cortesías entre los concurrentes y, de manera especial, con una duquesa italiana y con una célebre bailarina rusa. Nigel llevóla seguidamente a la mesa que había elegido, situada en la balconada. Y una vez ocuparon su sitio, Nigel dijo:

—He obedecido sus órdenes al pie de la letra, y creo que tenía usted razón. Aquí estaremos completamente solos, y como usted ve, la servidumbre ha tenido la precaución de colocar la mesa muy apartada de las otras. Desearía saber si considera una inconveniencia que la haya invitado a comer aquí a solas conmigo.

Ella se quitó los guantes y sonrióle. Su sencillo traje, estilo sastre, con su alto cuello, era la última palabra de la elegancia. La originalidad de su sombrero francés sumió en la desesperación a una modista muy conocida que se hallaba en una mesa junto a la escalera y que trataba de copiar en vano, sobre el menú, aquel atrayente modelo. Hasta para el exigente gusto de Nigel, estaba impecable.

—No hay la menor inconveniencia en ello —repuso ella, sin dar importancia al hecho—. Yo me preocupo muy poco de esas cosas. Como generalmente con un grupo de amigos porque ya lo tengo por costumbre; pero comer a solas con usted me complace.

—¿Por el lado material de nuestro pasatiempo? —inquirió él, sonriendo, al tiempo que le presentaba la carta.

—Que me traigan una toronja, una codorniz con uvas moscatel y espárragos —eligió al punto, sin recoger la indirecta—. Como ve usted soy una compañera fácil de contentar. Sé con exactitud lo que quiero. Pero antes de comer tomemos un vermut mezclado, si usted gusta. Y, ahora, dígame sus noticias.

—Son noticias —comenzó él— que todo el mundo conocerá antes de que transcurran muchas horas. Francia ha roto su pacto con Inglaterra.

—Opino —dijo ella deliberadamente— que Francia ha tenido mucha paciencia con ustedes.

—Y yo también —reconoció él—. Ya veremos que es lo que hará este país opulento y próspero con una poco adecuada flota y un ejército de opereta.

—¿Pero es que vamos a hablar de cosas serias? —preguntó ella suavemente—. Estoy cansada del rechinamiento de ruedas del convoy en el que vamos todos.

—Ruedas que gracias a usted no pisarán a su país —dijo él, exhalando un suspiro.

—No obstante las oigo continuamente —replicó ella—, y esto me saca de quicio y es causa de que una pierda el sentido de las proporciones. Después de todo es nuestra vida propia, individual e interna, lo que cuenta. Es comprender a Nerón pulsando su lira mientras Roma se incendia, si él, en verdad, no tenía voluntad para llamar a los bomberos.

—¿Es usted individualista? —preguntó él.

—Fundamentalmente, no —repuso la joven—, pues me hallo en las postrimerías de una gran reacción. He estado estudiando los acontecimientos, los cuales, en verdad, pueden cambiar los destinos de la humanidad, tan atentamente que casi he olvidado que, después de todo, la cosa más grande del mundo, de mi mundo, claro está, es la felicidad o el descontento de Naida Karetsky. Realmente, hoy tiene más importancia para mí el que la codorniz esté cocida como me gusta, que Inglaterra haya soltado su último cable.

—Usted no es inglesa —recordóle él.

—Eso carece de importancia. Todos nosotros estamos tan enfrascados en grandes asuntos, que olvidamos que son los pequeños los que cuentan.

Quiero que mi comida sea perfecta; quiero que usted sea tan bueno conmigo como me lo he figurado, y quiero que usted deseche por completo la idea de que usted está cultivando mi amistad por motivos interesados.

—Puedo asegurarle desde el fondo de mi corazón que no es este mi caso. Cualesquiera que sean los otros intereses que yo pueda tener o sentir por usted —dijo después de vacilar un momento—, mi primero y principal motivo es de tipo personal.

Ella le miró con gratitud en los ojos, reconocida a su comprensión.

—Una mujer —dijo ella en son de queja— está desplazada en mi posición. Un hombre, no yo, debiera haber venido a estudiar los merecimientos o desmerecimientos de Inglaterra y a desentrañar el problema de Europa. Soy mujer y me falta la suficiente abnegación. Me dominan las apetencias físicas, y aunque condenada a luchar, amo el placer. Ahora debe empezar a conocerme, ¿no es así?

—La encuentro muy sincera —confesó él—. Es usted tan veraz... —continuó, con un alarde de atrevimiento— que correré el riesgo de decirle la cosa más banal del mundo precisamente porque antepongo la verdad a todo. Yo he sentido por usted desde nuestro primer encuentro, lo que no he sentido por ninguna otra mujer.

—Me agrada que lo diga —declaró ella en tono superficial, aunque sus labios temblaron un momento—. Mire usted por donde han puesto exactamente la cantidad de marrasquino que exigía mi toronja. Estoy en camino de la felicidad. Voy a disfrutar con la comida. Hábleme de Maggie.

—Ayer la vi —respondió él—. Hemos convenido que puede vivir en Belgrave Square, después de todo.

—Mi terrible altruismo me asalta una vez más —suspiró la joven—. Tenía la intención de no hablar de cosas serias, y, sin embargo, debo hacerlo. Pienso que Maggie es muy inteligente, asombrosamente inteligente; pero aun teniendo los sesos de todas las de su sexo, formando uno, todavía le faltaría para enfrentarse con la situación que ella misma se ha creado.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó él, cautamente.

—Parece que Maggie está dispuesta a medir su talento con el del príncipe Shan —respondió ella—. Créame, eso es un imposible.

Naida levantó la vista hacia él, y rió suavemente.

—¡Oh, mi querido amigo! —continuó—. No ponga esa expresión que sería magnífica en un rostro de madera. Usted no sabe nada de mí excepto... ¿puedo alabarme?... excepto que sus sentimientos personales le empujan hacia mí. ¿Estoy por Immelan y sus proyectos o por su estúpido país de usted? Y como no lo sabe, pone esa cara de esfinge.

—¿Y qué actitud es la suya? —preguntó él atrevidamente.

—Soy lo suficientemente adicta a sus intereses para rogarle que no permita a su primita se mida con un hombre como el príncipe Shan. Eso sólo podría intentarlo con un fin.

Nigel se movió, un poco impaciente, en su asiento.

—El príncipe Shan es un ser humano al fin y al cabo —protestó él.

—Precisamente en eso está usted equivocado —declaró ella—. El príncipe Shan es uno de los seres humanos más extraordinarios que jamás hayan existido. Es uno de los hombres más precavidos del mundo y, además, el más poderoso.

—Pero China... —comenzó a decir Nigel.

—Su poder se extiende hasta más allá de China —le interrumpió la joven—, y no hay cerebro en el mundo que iguale al suyo.

—Aun siendo un dios manejando rayos —observó Nigel— podría hacerle poco daño a Maggie, al menos aquí en Londres.

—Hubo una vez un artista —dijo Naida reflexivamente— que dibujó una caricatura del príncipe Shan y la envió al periódico cómico más importante de América. Fue tal el éxito, que poco tiempo después hizo otra que involucraba a los antepasados del príncipe Shan. Al mes se encontró al artista muerto. Y a todo esto el príncipe Shan no se había movido de China.

—¿Quiere usted insinuar que el artista fue asesinado en virtud de un plan ideado por el príncipe Shan?

—No me tome usted por tonta —respondió ella—. ¿Usted no sabe que hablar despectivamente de los antepasados de un chino es algo que no se perdona? Pues el príncipe Shan, sin salir de su admirable palacio de Pekín, levantó su dedo meñique y el hombre murió.

—¿No es eso un poco melodramático? —murmuró Nigel.

—El melodrama está a menudo cerca de la verdad que el público cree —dijo ella—. ¿Quiere que le refiera otro ejemplo? Puedo presentarle varios.

—Exponga otro; se lo agradeceré.

—Hace dos años, el príncipe Shan estaba en París de incógnito —continuó ella—. En aquel entonces había un pequeño, pero muy elegante restaurante en el Bois, cerca del Pre Catelan. Presentóse allí una noche a cenar acompañado de la Bella Nita, la danzarina china que ahora está en Londres. Como usted sabe, es poco lo que en el exterior del príncipe Shan denote al oriental; pero, por una razón u otra, el propietario le negó el derecho de admisión. El príncipe Shan no dio ningún escándalo. Abandonó el local y se fue a cenar a otra parte. Tres noches después, ardía el café. Quemáronse hasta los cimientos y el propietario quedó arruinado.

—¿Sabe algo más? —preguntó Nigel.

—Le referiré otro caso —replicó ella—. En Asia es poco menos que un dios. Tiene la más hermosa colección de joyas del mundo. Sus riquezas son, sencillamente, inagotables. Jamás ha dejado de tener cuanto deseara. Pues bien, voy a hacerle una advertencia. Le conozco desde tiempo ha y no le he visto mirar a una mujer como él miró a su prima la primera vez que la vio. Yo estaba en el Ritz con mi padre, y les contemplé. Sé que me tomará por tonta. No lo soy. Soy una persona que tiene una gran cantidad de sentido común, y le repito que el príncipe Shan jamás deseó una cosa en su vida de la que no se apoderase. Maggie es una muchacha muy inteligente; pero no puede rivalizar a tirar los cuchillos con un brujo.

Nigel quedó impresionado y un tanto molesto.

—Es absurdo pensar que le pueda suceder algo a Maggie aquí en Londres —dijo él—. Después...

Detúvose bruscamente. Naida le sonrió.

—Después de su escapatoria de Alemania, supongo que iba usted a decir. ¿Ve usted? Lo sé todo. No había ningún príncipe Shan en Berlín.

Él se encogió de hombros ligeramente.

—Bueno —admitió él—. No puedo creer en su terrible ogro; así que no me preocupa. Dígame. ¿Qué noticias tiene usted de Rusia?

—¿Políticas?

—O de otro orden.

Ella se sonrió, y dijo:

—He notado que el pueblo inglés está cambiando de actitud respecto a mi país. Hace unos años se mostraba indiferente. ¿Es que empieza a temerle? Creo que hasta a mi cariñoso anfitrión le gustaría saber lo que habrá en el corazón de Pablo Matinsky cuando sepa como defienden su causa los amigos de Oscar Immelan.

—Lo admito —dijo él francamente—. Y aun voy más lejos. Daría cualquier cosa por saber lo que piensa usted de nosotros y de nuestro destino. Pero el tema no es oportuno. No la he invitado para abordar semejantes cuestiones.

—Entonces, ¿por qué me invitó? —preguntó ella, sonriendo.

—Por el placer de tenerla frente a mí —explicó él— porque quería conocerla mejor.

—¿Y está usted progresando?

—Alternativamente —reconoció él—. Cuando creo haber ganado algún terreno, me deslizo atrás de nuevo. Usted no es persona fácil de conocer bien.

—Nada que valga la pena de tener, es fácil —repuso la joven—, y puedo asegurarle que una vez conseguida mi amistad seré invariablemente adicta a usted.

—¿Y su afecto? —se aventuró a decir Nigel.

Los ojos de Naida se quedaron fijos en él por un momento, y luego, de pronto bajó la mirada. Un ligero tinte de color apareció en sus mejillas. Durante un momento pareció haber perdido su admirable equilibrio.

—No es fácilmente alterable —dijo ella con calma—. Creo que debo tener un temperamento muy complicado. Son poquísimas las personas a las que realmente aprecio.

Nigel adquirió valor, y dijo:

—He oído rumores de que Matinsky es el único hombre que ha hecho latir su corazón.

—Eso no es Verdad. Pablo Matinsky me aprecia de un modo extraño y tiene un curioso y exagerado aprecio de mis cualidades. Hubo un tiempo —

continuó, después de un momento de vacilación— en que yo misma me sentí turbada por fantasías concernientes a él; pero aquello ya pasó.

—Me place oírla —dijo él tranquilamente.

Alargó la mano a través de la mesa y sus dedos encontraron los de ella. Le cogió la mano, y por un momento ella permaneció pasiva. Luego la retiró y se recostó en su silla.

—¿Trata de introducir una nota más íntima en nuestra conversación? —le preguntó ella, con un ligero temblor en la mirada y un comienzo de sonrisa en los labios.

—Si yo me atreviera, contestaría, sí —repuso él.

—Me han dicho —continuó ella pensativa— que los ingleses, más que nadie en el mundo, tienen *flair* para decir en tono convincente cosas que no piensan.

—En mi caso no es verdad —repuso él—. Mi cortedad es tal que no me atrevo a decir la mitad de lo que siento.

Ella le miró, y Nigel, de pronto, sintió un gran peso en su corazón. Olvidó todo lo referente al peligro en que estaba su país. La vida y sus posibilidades parecíanle algo completamente diferente. Una rara emoción le apretaba la garganta.

—¡Naida! —susurró.

—¿Qué, Nigel?

Los ojos de la joven le observaban con suavidad, expectantes. Algo de la usual gravedad había desaparecido de su rostro. Era como una niña que se transformara de repente en una joven con nuevos pensamientos.

—¿Sabe lo que voy a decirle?

—No lo diga aún, haga el favor —rogóle ella.

—Me parece que todavía no ha llegado el momento, aunque pensar en lo que puede haber en su corazón es maravilloso. Quiero soñar en ello precisamente —continuó—. Quiero pensar en usted.

Él rió con una risa que sonaba de manera extraña hasta en sus propios oídos, pues desde la muerte de su tío sentíase víctima de la más profunda depresión.

—Obedezco —dijo él—. Es bueno diferir las grandes cosas. Entre tanto, crecen.

Ella se sonrió, y dijo:

—Confío en que sea así. ¿Me invitará otra vez a comer con usted?

—Almuerzo o cena, paseo o coche... lo que usted quiera —le prometió él.

Ella reflexionó un momento y luego se echó a reír; y mientras se ponía los guantes, Nigel pagó la cuenta.

—A algunos no les gustaría eso —objetó la joven.

—Pero sí a uno —declaró él—, para quien va a ser la vida un Paraíso.

Salieron a la calle y caminaron hacia Occidente. Al cruzar la plaza de Trafalgar, una gran afluencia de jóvenes que llegaban del Strand se esparcían en todas direcciones. Nigel y Naida se vieron de pronto rodeados por un gran grupo con carteles que ostentaban inscripciones como estas:

TRIUNFO DEL CANCELLER

Grandes reducciones en la Deuda Nacional

Abolición total de la Contribución

Continuaron adelante. Naida nada dijo, aunque movió la cabeza un poco tristemente. Nigel echó una mirada a la plaza y luego a Westminster.

—Enronquecerán de tanto gritar —comentó con un dejo de tristeza.

Por primera vez ella traicionó el conocimiento que tenía de los acontecimientos que se avecinaban.

—Es maravilloso —susurró—. Lo que está escrito sobre la pared, ya no hay quien lo borre.

OceanofPDF.com

Capítulo XIX

Desde uno de los palcos proskenios del Albert Hall, con un brillante, pero anticuado uniforme de oficial del Estado Mayor de las Fuerzas Imperiales Rusas, el príncipe Karschoff, con Nigel a un lado y Maggie al otro, observaba con gran interés la brillante sala. La más grande ciudad del Mundo parecía haberse lanzado a una orgía de extravagancias sin precedentes en la historia. Todos los palcos y localidades estaban ocupados. La pista de baile rebosaba de damas y caballeros que ostentaban magníficos disfraces; ellas adornadas con profusión de joyas que ávidos comerciantes habían traído de todos los mercados del mundo; y ellos con ostentosos trajes en los que la nota dominante era la riqueza. Se trataba de un baile de caridad patrocinado por los Reyes.

—No falta ninguno de nuestros amigos —dijo el príncipe, paseando la mirada por todo el ámbito de la sala—. Están Naida, su padre y su inseparable Oscar Immelan. Chalmers se halla en alegre compañía, y también veo a Su Alteza Imperial, con su aire de príncipe asiático —añadió, dirigiéndose a Maggie—. Creí que no vendría.

Maggie, que parecía un poco cansada, asintió con un leve gesto. Habían pasado diez días desde los acontecimientos últimamente narrados, y la temporada estaba en todo su apogeo.

—Me dijo que no vendría —observó ella.

—Por lo visto, sus deseos de ostentar ese vistoso traje fueron demasiado tentadores.

—Lo que hay es una enorme variedad de trajes —continuó diciendo el príncipe Karschoff—. Abundan los disfraces de dogos venecianos, de cancilleres y galanes de todas las épocas; pero, cosa curiosa, apenas se ven uniformes militares. Se advierte que el militarismo va de capa caída en este país. La Inglaterra de hoy evoca la Venecia de la Edad Media. Aquí impera ahora una nueva mentalidad; hay más grasa que músculo; una aristocracia ciudadana en vez del gran señor de tipo atlético y de ojos claros.

Maggie se agitó en su asiento, un poco irritada.

—Me cansa oír siempre lo mismo —repuso la joven—. Lo que hace falta son actos, no palabras.

—Aquí se ha extinguido la energía —afirmó el príncipe solemnemente—. Napoleón merece más la inmortalidad por haber definido a los ingleses como una nación de tenderos que por haber ganado la batalla de Austerlitz. Con todo creo que si el inglés de nuestros días viera en peligro su prosperidad material, sería capaz de enfrentarse con el temporal sin considerar de donde soplara el viento, con el oído atento a cualquier aviso inquietante. Mientras su balance bancario sea tan prodigioso como hoy, para él todo va bien en el mundo. ¡Cuán maravillosamente representa su papel esta noche el príncipe Shan!

Al terminar Karschoff sus observaciones, todos miraron al palco opuesto, cuyo solo ocupante, vestido con las brillantes ropas verdes de mandarín, contemplaba la bulliciosa multitud con inmóvil expresión. Había algo casi regio en su aire de despego, y su soledad, en medio de tan alegre escena, hacía más majestuosa su imponente figura.

—Apenas si entre los personajes históricos encontraríamos una figura tan recia y extraña como la suya —continuó Karschoff, en vena de charla—. El príncipe Shan se considera de descendencia divina y tiene el convencimiento de resumir en su persona el honor de incontables generaciones de emperadores manchúes. Es reacio a la intimidad. Hasta Immelan tiene que solicitar una audiencia para verle. Es un ser impenetrable. No hay quien se atreva a abordarle. Se ignoran sus gustos y preferencias y vive encerrado tras gruesas paredes. La puerta de su palco está mejor defendida que la de ningún rey. A nadie le está permitido entrar, a menos que tenga un permiso especial.

—Alguien entra ahora —exclamó Maggie en voz alta.

Era la Bella Nita. Apoyada en el antepecho del palco, de pie, contempló un momento el aspecto de la sala. Vestía a la usanza chinesca. Llevaba un traje color cereza de amplias mangas, el cabello negro de azabache, recargado de joyas, y el rostro, de una blancura cadavérica, con superabundancia de polvos. El príncipe Shan volvió ligeramente la cabeza hacia ella, y aunque no se contrajo ningún músculo de su cara, era evidente

que la bailarina no era bien recibida. Nita comenzó a hablar y él la escuchaba con rostro de esfinge. De pronto ella se retiró al fondo del palco, donde se dejó caer sobre una silla, escondiendo el rostro entre las manos.

—La Bella Nita ha cometido un error —comentó Maggie—. Su Alteza Serenísima no desea que le molesten esta noche.

La mirada de Karschoff se detuvo involuntariamente en la figura del traje de seda verde.

—Ese hombre es magnífico —dijo—. Mirad su rostro mientras habla. No mueve un músculo ni brillan sus ojos. Sin embargo, debe estar diciendo cosas terribles.

Un momento después la Bella Nita había abandonado el palco. Maggie se levantó de un salto. El color de su rostro se acentuó un poco. En sus ademanes se notaba una rara nerviosidad.

—Vamos a dar una vuelta para ver a los amigos —sugirió—; y volviéndose a Nigel, exclamó: —Quiero bailar.

Salieron los tres hacia la pista de baile. Maggie se puso el antifaz y deliberadamente se deslizó entre la muchedumbre con intención de apartarse de sus acompañantes. Hasta llegar a la altura del palco del príncipe Shan no se detuvo. Sus pensamientos eran un torbellino. La presencia del príncipe en el teatro, después de haberle anunciado formalmente que no iría, la impasible mirada de Shan, indiferente a cuanto le rodeaba, sin excluirla a ella, no hicieron más que aumentar el pesimismo que se había apoderado de su ánimo. Además, al cruzar el vestíbulo y pasar junto a Immelan había notado en su triunfante y fría sonrisa algo fatalmente perturbador. Sospechó que el Convenio había sido firmado, y esto le causaba un terror indecible. Recordaba que Nigel habíase quejado de la inaccesibilidad de Naida durante los últimos días, y por esto sorprendíale aun más el aparente apartamiento del príncipe Shan de la impresionante actitud que había adoptado respecto a ella.

La joven permaneció apoyada contra la pared en un rincón oscuro, luchando por coordinar sus pensamientos, contenta del breve respiro que le proporcionaba su momentánea soledad. Un hombre, vestido de monje, que la había seguido a través de la sala, la tocó en el hombro, diciéndole en voz baja, con ligero acento extranjero:

—¿Es usted *lady* Maggie Trent?

—Sí.

—¿Quiere hacer el favor de ir al palco número catorce? Allí hay una persona que la espera.

—¿Quién es? —preguntó emocionada.

El monje se marchó sin responder. Maggie, tras reflexionar un instante, dirigióse al corredor, subió el primer tramo de la escalera y atravesó la balconada circular. La puerta del palco número catorce estaba entreabierta. Empujóla suavemente y miró al interior. Sentada, de modo que no se la veía desde la sala, estaba la Bella Nita. Durante unos momentos ambas se contemplaron. Luego la muchacha china se puso en pie, hizo una pequeña y rara inclinación y cerró la puerta detrás de su visitante.

—Sírvase sentarse —dijo—. Quiero decirle cosas que tal vez le agrade oír.

Un rápido pensamiento pasó por la mente de Maggie. Comenzó a ver claro. Las dos estaban sentadas de modo que no se las podía ver desde ningún punto de la sala. La Bella Nita apoyaba una mano en el pomo de la puerta mientras hablaba, como para impedir que entrase alguien.

—Tengo un enemigo que una vez fue mi mejor amigo —comenzó a decir—. Deseo hacerle daño. No es sólo enemigo mío, sino también vuestro. Es enemigo de todo lo inglés, y lo prueba el hecho de estar forjando contra ustedes un gran desastre.

—Usted habla del príncipe Shan —exclamó Maggie.

Sólo de oír mencionar el nombre, tembló la muchacha. Miró a su alrededor como si temiera hasta las sombras y sacudió la puerta para asegurarse de que estaba cerrada.

—Por él, a quien usted llama el príncipe Shan, he trabajado durante años, primero en París y luego aquí. Yo me contentaba con un pequeño regalo, y ahora este pequeño regalo me lo ha retirado el príncipe. Por ello deseo traicionarle.

—¿Por qué se ha decidido a llamarme? —preguntó Maggie.

—Porque usted es una espía inglesa —replicó la otra tranquilamente—. Puede que le sorprenda que yo lo sepa; pero lo cierto es que lo sé. He sido espía del príncipe Shan en París. Usted, entonces, era espía de Inglaterra en

Berlín. Usted era espía por amor a su país; yo lo era por amor, y ahora traicionaré a mi antiguo amo por odio.

—Continúe, haga el favor.

—El príncipe Shan vino esta vez a Europa con dos proyectos en su mente —continuó diciendo la muchacha—. Uno, concerniente a Francia, ha sido descartado. Por mí supo la fuerza militar con que cuenta Francia, sus armamentos secretos, su incansable vigilancia sobre el Rin. Ahora el príncipe escucha a Immelan, e Immelan y él juntos, ¡oh amiguita inglesa!, están elaborando un terrible plan.

—¿Va usted a decirme en qué consiste? —preguntó Maggie, con los ojos brillantes por la excitación.

—No se lo puedo decir porque no lo sé —confesó la otra con disgusto—; pero haré de manera que usted misma pueda descubrirlo. Hace unas horas le fue sometido el plan al príncipe Shan. Lo guarda en el tercer cajón del bargueño de ébano que tiene en la sala situada a mano izquierda del vestíbulo de la casa que ocupa en la calle Curzon.

—¡Pero nadie puede entrar allí! —exclamó Maggie—. Aquel sitio es como una fortaleza. Ninguna persona extraña puede llegar ni aún al umbral. El mismo príncipe me ha dicho que no recibe visitas.

La Bella Nita se sonrió. De un bolsillo, escondido entre los pliegues de su ondulante traje, sacó dos llavecitas.

—Escuche. La casa de la calle Curzon ha sido llamada la casa del silencio. Allí hay muchos servidores; pero están en el subterráneo y sólo se presentan cuando se les llama. Ninguna otra persona ha poseído nunca... esta llave de la puerta de entrada. Aquí tiene también la llave del mueble. El príncipe Shan ha pedido el automóvil para las dos de la madrugada. Ahora apenas es medianoche.

Las llaves estaban en la palma de la mano de Maggie. Su corazón había comenzado a latirle rápidamente. La agitaba un estremecimiento que nunca había experimentado, ni aún cuando, sentada en un rincón del coche del ferrocarril, anhelaba alcanzar la frontera, sabiendo que los hilos del telégrafo estaban ocupados comunicando su nombre, y que hombres desconocedores de lo que es merced, la seguían tenazmente.

—¿Y si la servidumbre me oyera? —balbuceó Maggie.

—Usted sólo tiene que decir: «espero al príncipe» —susurró la Bella Nita—. Esta llave jamás abandona su persona, excepto para darla a la persona que tiene en gran favor. Ellos creerán que se la ha dado a usted. No será molestada.

Una rara sensación asaltó de repente a Maggie. Sintióse extraordinariamente primitiva, ridículamente femenina. Miró a la joven que tenía delante, cuyo cuerpo estaba envuelto en perfumadas sedas; observó su rostro sobrecargado de polvos de arroz y sus ojos tristes. No sintió piedad.

No se cuidó de analizar la clase de sentimiento que la embargaba.

—¿Es suya esta llave? —preguntó.

—Lo era, pues se me ha prohibido su uso. El príncipe Shan ha cambiado para mí. Algo ha sucedido que yo no me explico; pero lo cierto es que ha sucedido, y yo debo eliminarme. Le propongo, señorita, algo que me da mucha pena. Si se decide a ir, vaya en seguida. De todos modos haga el favor de dejarme, pues soy muy desgraciada.

Maggie salió sin despegar los labios. Por entre la espesa muchedumbre se dirigió a su palco, que en aquel momento estaba vacío. Púsose la capa y desde el retirado sitio en que se encontraba contempló la sala. La figura vestida de verde continuaba sentada en el mismo sitio, siguiendo con la mirada los movimientos de los bailarines, con la cabeza echada un poco atrás en actitud cansina. Todavía se notaba en él su deseo de permanecer solo. Una vez miró hacia arriba, hacia el palco en que estaba ella, y Maggie, aunque sabiendo que no la podía ver, retrocedió hasta la pared. Apretó los dientes con fuerza y la mirada se le enturbió. Un sentimiento que no le era familiar la privaba casi de aliento. Esperó hasta haberlo vencido. Se puso el antifaz y abandonó el palco.

Capítulo XX

Cuando al descender del taxi avanzó a lo largo de la calle desierta, se apoderó de ella una excitación irreprimible. La punzante sensación provocada por la misteriosa aventura que iba a correr, aumentaba la gravedad de las circunstancias. Lo que le restaba decisión era tener que merodear en la sombra como un vulgar maleante; pero no podía renunciar a la coyuntura que inesperadamente se le había presentado. Tenía al alcance de su mano la solución del tremendo problema planteado en torno de las verdaderas intenciones que abrigaba el príncipe Shan. Pero aparte de esto, dominábala otro sentimiento, más metafísico, que contribuía a calmar sus nervios, y era la extraña impresión de haber perdido su propia identidad, de desempeñar el papel de otra persona en un nuevo y espeluznante drama.

La calle estaba solitaria y silenciosa cuando ella introdujo la llavecita en la cerradura de la puerta principal. No había alma viviente que pudiera servir de testigo. La puerta se abrió lenta y suavemente, sin el más leve ruido, y sin que ella la empujara, cerróse silenciosamente apenas traspasó el umbral. Reteniendo la respiración, dio la luz y miró en torno suyo.

El vestíbulo era de forma circular, con las paredes pintadas de blanco y lo iluminaba débilmente un globo eléctrico fijado en el techo. En el centro había un gran jarrón lleno de largas ramas con profusión de una especie de capullos raros. Ni una sola pintura colgaba de los muros. No había velador, cofre, perchero para abrigos y sombreros, ni los adornos corrientes en tales dependencias. Sólo había tres limpiabarros sobre el pulimentado piso; nada más, excepto una amplia escalera y varias puertas cerradas. El sirviente que pudiera estar de servicio, hallábase, evidentemente, en alguna parte distante del edificio. No se oía ni el vuelo de una mosca. Sin desfallecer su valor, pero oprimida por un curioso sentimiento de irrealidad, avanzó como un autómatas hacia la puerta de la izquierda, y la abrió. Ésta también se cerró, silenciosamente, tras ella. Comprendió que estaba en una de las principales habitaciones de la casa, débilmente iluminada, como el vestíbulo, por un

globo en forma de cúpula sostenido en el techo. Dio unos pasos y miró en derredor. Aquí había igualmente una singular ausencia de muebles. Las paredes estaban cubiertas con sedas de color verde manzana, ricamente bordadas. Había algunas esterillas sobre el pulimentado piso; pero pocas sillas, y éstas curiosamente talladas, arrimadas a la pared. Allí estaba el bargueño de ébano del que la Bella Nita le había hablado. Se dirigió a él. Sin darse apenas cuenta se encontró con la otra llave en la mano. Se inclinó y contó los cajones... uno, dos, tres... Introdujo la llave, dióle la vuelta y vio, con no pequeño sobresalto, un rollo de pergamino atado con una cinta y sellado con un sello negro. Al cogerlo sintió un temblor por todo su cuerpo. No se percibía ni el más insignificante rumor en aquella sala. Ella hubiera jurado que estaba vacía cuando entró; pero, de golpe, tuvo la sensación de que se movía alguien a sus espaldas. Volvióse despacio, con los labios separados, respirando angustiosamente. De pie, en el centro de la sala, había una figura imponente, ceñuda, cubierta con flotantes vestiduras que resplandecían a la luz de los grandes diamantes del cinturón. Era el príncipe Shan.

En aquel momento Maggie sintió un gran zumbido en sus oídos, una sensación de alejamiento de este terrible acontecimiento, seguidos de una intensa y vital conciencia de peligro. El hombre que había introducido cosas nuevas en su vida, el pulido caballero mundano, de fascinadora palabra y gentil cortesía, habíase esfumado para dejar paso al auténtico príncipe Shan de China, que la contemplaba en silencio. Ella sintió en aquel momento un frío desprecio por sí misma y la repulsa de su corazón. Habíase despeñado de su elevada posición. ¡Era una ladrona convicta..., una aventurera!

Tuvo que agarrarse al cajón para no caer. Su equilibrio había desaparecido. Tenía el aire de un animal cogido en la trampa.

—¿Usted? —exclamó ella al verle— ¿Cómo ha entrado aquí?

En la faz del príncipe no se operó ningún cambio de expresión. Parecía que una sensación de crisis había hecho su tono más igual, su rostro pétreo.

—Estoy en mi casa. No la dejo casi nunca. Estaba sentado en mi dormitorio ahí detrás... —explicó, señalando los cortinajes de seda por entre los cuales había pasado...— La oí llegar y comprendí, con dolor y sentimiento, la misión que perseguía.

—¡Pero si hace un cuarto de hora estaba usted en el baile!

—Usted está equivocada —replicó él—. Yo no frecuento tales reuniones. Yo le había dado mi palabra de que no asistiría al baile.

—¡Pero si yo le vi a usted —persistió ella—, con ese mismo traje!

—Está usted en un error —disintió él—. La persona a quien usted vio es un caballero de mi séquito, quien lleva un traje de mandarín de categoría inferior. A veces se le ha tomado por mí. Por su conocimiento de tales cosas debía de haber advertido que ningún príncipe de mi familia usa trajes de esa clase en público.

Los dedos de Maggie habían dejado el cajón. Se irguió pálida y desesperada.

—Esa mujer... la Bella Nita... me mintió, pues.

—Nada puedo objetarle —repuso él fríamente—, porque yo no sé lo que ella pudo decirle.

Maggie hizo un esfuerzo para sobreponerse a la situación.

—Vine aquí como un ladrón —confesó ella—, y he sido descubierta. ¿Cuáles son sus intenciones?

Muy despacio él se acercó a ella. Maggie sintió que su excitación aumentaba.

—Ciertamente, entró como un ladrón —repitió él—, como un espía. ¿Por qué no me pidió la información que deseaba?

—Porque usted no me la hubiera dado —replicó ella— por lo menos no me hubiera dicho la verdad.

—Seguramente le hubiera puesto un precio —dijo él— si me la hubiera pedido; pero ahora, la verdad, tendría otro precio.

Sin perceptible movimiento, él se había acercado más. El borde de aquel frío mueble de ébano, parecía quemarle los dedos a Maggie. Pese a su firmeza, no podía, sin embargo, formular la pregunta que pugnaba por salir de sus labios.

—El precio —continuó él—, es usted... usted misma. Hace unas pocas horas era su amor lo que yo imploraba. Ahora es usted misma.

Estaba tan cerca de ella que Maggie sentía el fuego de sus admirables ojos; tan cerca que podía ver perfectamente las finas líneas de su boca, la

fuerte y austera inmovilidad de sus facciones perfectamente modeladas, su tez aceitunada.

—Usted es demasiado maravillosa —continuó él— para que siga siendo una hija del tosco Oeste. Quiero llevármela a una tierra donde la vida todavía late al ritmo de la poesía, a la tierra donde se puede vivir en un mundo desconocido por estas hordas batalladoras. Usted vivirá en un palacio en donde el perfume de las flores embalsama el aire y el rumor del agua corriente arrulla nuestros oídos; un palacio del que están desterradas todas las cosas sórdidas y toda forma de fealdad, porque solamente nosotros hemos encontrado la llave del jardín de la felicidad.

Él levantó la mano, y pareció como si ojos invisibles les mirasen de todas partes. Los cortinajes de seda por entre los cuales había entrado, fueron retirados por invisibles manos y la estancia inmediata apareció a la vista. La débil iluminación era atenuada por unas pantallas de tono malva. El alto lecho de laca estaba flanqueado por dos escalerillas de marfil y lo cubría un dosel de seda en el que combinaban bien los colores negro, púrpura y malva. Completaban el mobiliario un canapé y un templete en el testero opuesto al de la cama, exornado con una figura en mármol negro, arrodillada. Un débil aroma que exhalaban unos pebeteros de una antigüedad que rebasaría los mil años, ligeramente perceptible, pero tan penetrante que hacía temer el peligro de una intoxicación, impregnaba no sólo el ambiente, sino también los curiosos cortinajes y los maravillosos adornos, dándole a aquel extraño conjunto, donde todo armonizaba, un sello de misticismo propio de un mundo fabuloso.

—Ya que ha venido, ¿no querrá quedarse? —le preguntó el príncipe.

La inercia que paralizaba sus miembros, cesó en el acto. Irguió la cabeza como si necesitara respirar a sus anchas, y para escapar de la servidumbre a que la sometía la mirada del príncipe, Maggie avanzó con paso resuelto hacia la puerta y cogió el pomo con fuerza; pero no pudo abrir. La puerta estaba retenida por algún pasador invisible. La sacudió coléricamente, aunque en vano. Volvióse hacia el príncipe, quien se había situado bajo el dintel de la habitación interior con los brazos abiertos como invitando a la joven a caer en ellos.

—¿Soy su prisionera? —le interrogó ella, sofocando un sollozo.

—Usted vino por su propia voluntad —replicó él—, y permanecerá aquí para mi regalo y para que yo goce con su compañía. En cuanto a estas cosas —continuó diciendo, dirigiéndose despacio hacia el bargueño y tomando el rollo de papeles, que arrojó a un lado con desprecio—, sólo las considero como una diversión. Paso mis horas de aburrimiento hojeándolos. Me interesan tanto como un problema de ajedrez. En el poderoso Este no nos preocupamos en averiguar quien levanta más alto la cabeza en la parte de acá del canal de Suez. Las naciones occidentales son para nosotros como átomos del polvo a la puerta de nuestros palacios. Escúcheme, querida. Podemos marchar, si gusta, esta misma noche, y volaremos por las nubes antes de la salida del sol. Y le aseguro que cuando pase de estas tierras grises y sórdidas al Este, siempre soleado, no se preocupará más de esta gente a la que le falta poco para andar por el mundo a cuatro patas. Día tras día usted sabrá lo que significan la vida y el amor. Allí se encontrará sin el peso de todo lo que empalaga nuestro cuerpo y nuestro cerebro para gozar de cuanto hay de sagrado y de maravilloso en la vida.

Las más encontradas ideas pasaban por la mente de la joven como un torbellino. Avanzó hacia la mesa donde estaban los papeles. El príncipe Shan no hizo esfuerzo alguno para interceptarle el paso, ningún movimiento para detenerla. Tenía los ojos fijos en el rostro de Maggie y bajo su embrujo, la joven sentíase enloquecer, pues aquella mirada parecía arrancarle hasta el último hálito de su vida e infundir al mismo tiempo en su ser un extraño y maravilloso goce, un goce de nuevas cosas y de nuevas esperanzas. Los papeles por los cuales había venido, ahora al alcance de su mano, no excitaban ya su interés. La obsesionaba ahora un extraño pensamiento. Los brazos del príncipe emergían de aquellas largas mangas de seda... De pronto la joven sintió la opresión de un fuerte abrazo.

—Querida Maggie de todos mis deseos —susurró él al oído de la joven—, usted me hará feliz y encontrará el secreto de la felicidad en usted misma.

Durante un largo y maravilloso momento ella permaneció en los brazos del príncipe. Sintió el suave ardor de sus besos, la sugestión de aquella sala con su asfixiante y extraño perfume, a la cual él la conducía con toda gentileza. Una oleada de remotos recuerdos invadió su mente. Tuvo la

impresión de que la llevaban de un sitio mejor a otro peor... Oyó el ruido de un taxi que pasaba, el distante sonido del Big Ben, los rumores del mundo exterior, un mundo estrecho, ordinario, con su código de moral, el mundo en que ella vivía, donde se agitaban sus amigos y existía cuanto constituía su razón de existir. Maggie se apartó unos pasos y él quedó observando el cambio que se operaba en ella.

—¡Quiero irme! —gritó la joven— ¡Déjeme marchar!

—No está prisionera —le aseguró él—, y puede irse.

El príncipe dio unas palmadas. Cuando Maggie llegó a la puerta notó que el pestillo cedía a la presión de sus dedos. En el vestíbulo, la puerta principal estaba abierta. Una fuerte lluvia caía sobre las losas blancas. Ella miró a su alrededor, y su mirada se cruzó con la del príncipe, que se mostraba entristecido.

—Mis criados están avisados. Encontrará un carruaje a su disposición.

Ella vaciló. Volvía a sentir la extraña y maravillosa emoción de poco antes. Esperaba que el príncipe la llamase; pero, en vez de ello, desapareció tras el cortinaje de seda. Maggie descendió al vestíbulo, donde se hallaba el mayordomo en el último escalón; otro servidor sostenía abierta la puerta de una *limousine* que acababa de detenerse ante la puerta. No recordaba haber dado dirección alguna. Se acomodó en su blando asiento, arrancó el coche y al llegar a Piccadilly recordó, súbitamente, que había dejado sobre la mesa los documentos que él, desdeñosamente, le había ofrecido. Y no pudo menos que echarse a reír.

Capítulo XXI

Cuando Maggie llegó al Albert Hall encontró el palco vacío. Dejose caer sobre una silla. Le temblaban las piernas y se sentía aturdida. Deliberadamente dobló y rompió a trocitos un programa del baile, que había recogido de una silla. La acción, aunque insignificante, bastó para volver a la realidad. Al compás de la música y en medio de una alegría salvaje los pies se movían ligeros, entre risas y gritos. Durante un breve espacio de tiempo había hecho una escapada, había deambulado por un país desconocido, donde amagaban terribles peligros que pudo eludir y del que sacó la impresión de que la vida no volvería a ser la misma para ella. Miró el reloj colocado detrás del palco. Había estado ausente del Hall, poco más o menos, una hora y veinte minutos. Todavía le restaba una hora de distracción y esparcimiento. En la parte opuesta, en la sombra del palco, el sosias del príncipe Shan continuaba mirándola con aquella enigmática sonrisa en sus labios. De pronto se abrió la puerta furtivamente. Un rostro tan pálido como la muerte misma con los ojos tan negros como el carbón, quedó un momento encuadrado en la franja de luz. Una ráfaga de un perfume familiar entró con la visitante. La Bella Nita, con sus rojos labios muy abiertos se deslizó al interior del palco, cerrando la puerta tras sí.

—¿Ya ha vuelto usted? —exclamó, incrédulamente—. Dígame, ¿le faltó valor? ¿No fue usted?

—He estado y he vuelto —respondió Maggie—. Ahora, dígame. ¿Qué le he hecho yo para que conspire contra mí?

Nita se sentó y durante un rato estuvo canturreando el estribillo de una triste canción, mientras se mecía lánguidamente.

—¿Qué has hecho?, le preguntó la rosa a la mariposa. ¿Qué has hecho?, el capullo de la mimosa, le preguntaba al pájaro azul, cuyas alas se agitaban entre sus hojas. «Tú me has robado mi amor, el amor que es el capullo de la vida».

—Eso suena muy bien —dijo Maggie fríamente—; pero yo no puedo seguir su alegoría. Lo que quiero saber es ¿porqué me mintió usted, porqué me envió a aquella casa para encontrarme con el príncipe Shan?

—¿Porqué le mentí a usted? —preguntó Nita—. Los papeles que usted buscaba, allí estaban. ¿No los encontró o es que el precio era demasiado elevado?

—Los papeles allí estaban, ciertamente —asintió Maggie—, pero usted sabía muy bien...

Se interrumpió bruscamente. El espíritu oriental de todo aquello, aunque lentamente, comenzaba a formarse, a tomar cuerpo en su mente. Entrevió vagamente el azoramiento que se reflejaba en el rostro de su interlocutora.

—Los papeles estaban allí, y él, el hombre más maravilloso de todos los hombres, también —murmuró Nita—. Sin embargo, usted le deja en las primeras horas de la noche y vuelve aquí sin ellos.

Maggie se levantó, dirigióse a la mesa y se sirvió un refresco, que bebió ávidamente. Anhelaba escapar de la burlona admiración de aquellos ojos inquisitivos.

—Yo no fui para hacer pacto alguno con el príncipe Shan. Creí, como usted me hizo creer, que él estaba en ese palco de enfrente. Esperaba hallar la casa vacía, que encontraría lo que deseaba y que escaparía con ello. ¿Por qué hizo usted esto? ¿Por qué me envió cuando sabía que el príncipe estaba allí?

—Mi deseo era que él supiera que usted no es diferente de otras mujeres —respondió la china, con calma—. Yo fui espía por él. Usted es espía... contra él.

—¿Así pues, fue deliberado su propósito? —exclamó Maggie, ofendida, en tono de recriminación.

La Bella Nita rió suavemente, y, como un pajarito, dijo:

—Usted es una inglesa muy tonta. Una mano se le tendía desde el cielo y usted prefirió permanecer donde estaba; pero yo estoy contenta.

—¿Y por qué?

—Porque yo he sido su esclava —continuó la muchacha—. En raros, en extraños momentos él me ha demostrado un poco de amor; me ha permitido acercarme a un rinconcito de su corazón. Ahora me ha arrojado de su lado y

ya no hay vida para mí, porque ya no hay amor, y no hay amor porque, habiendo sentido el suyo, ningún otro puede reemplazarle. Aquí he estado sentada, enfriándome, con todos los tormentos del infierno, requemándome la sangre porque sabía que usted y él estaban allí solos, porque yo nunca estuve segura de que, después de todo, no estaba haciendo la voluntad de mi señor. Y ahora sé que yo sufría en vano. Usted no le comprendió.

Maggie contempló a su interlocutora reflexivamente. Comenzaba a recuperar el dominio de sí misma.

—¿Acaso esperaba que yo aceptaría al príncipe Shan como amante? —preguntó.

La china, con los ojos redondos de admiración, murmuró:

—Si él la hubiese ofrecido tan maravillosa cosa, hubiera sido una gran fortuna para usted.

Maggie se rió al oírla... aunque su regocijo era forzado.

—Yo no puedo razonar con usted —dijo al fin— porque usted no me comprendería. Si usted le ama tantísimo, ¿porqué no vuelve a él? Le encontraría ahora completamente solo. Me atrevo a decir que usted conoce los secretos de sus puertas sin cerrojos y los manejos de los invisibles sirvientes.

La Bella Nita se levantó. En sus labios rojos apuntaba una débil sonrisa.

—Joven *lady* inglesa —dijo—, yo no iré porque he sido arrojada para siempre de su corazón. Pero ¿me dejaría usted ir?

Por un momento el equilibrio de Maggie desapareció nuevamente. Una vaga incertidumbre se apoderó otra vez de ella. Se asustaba de sus propios sentimientos. La sonrisa que había en los labios de la china, se extinguió.

—¡Ah! —murmuró, cuando, tras una leve inclinación, se encaminaba hacia la puerta—. No es usted toda nieve y hielo, pues algo de mujer hay en usted. Él debe haber conocido eso. Estoy muy contenta.

Sola en el palco, Maggie se enfrentaba, una vez más, con espectros. Sintió todo el miedo y al mismo tiempo toda la dulzura de este nuevo despertar. Los anteriores peligros y problemas, el peligro de vida y muerte, el problema de sus bien ordenados días, desaparecieron como cosas sin importancia. En el mundo había música más salvaje que la que ella, hasta entonces, había escuchado..., música que parecía despertar vibrantes

melodías en su angustiado corazón. La cortina que colgaba sobre el mundo prohibido, se había levantado de pronto. El miedo la hacía temblar. La confundía el fracaso de sus concepciones; habíase alterado el recio sentido ético de los valores morales. Dudaba de todo, hasta de su propia virtud. Tenía que enfrentarse con esta nueva fase de su vida. Ni siquiera se dio cuenta del repentino silencio de la orquesta ni del agitado murmullo de voces.

La puerta del palco fue abierta de golpe. Naida, vestida a la usanza de las damas de la corte rusa, entró, seguida de Nigel. Ambos parecían muy conturbados. Nigel, que iba de etiqueta, con la careta en la mano, estaba más pálido que de costumbre y excesivamente grave. Los oscuros ojos de Naida presagiaban cosas terribles. Casi al mismo tiempo comprendió Maggie por primera vez que reinaba una gran calma fuera del palco, perceptible, casi audible.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, sin aliento.

Nigel había escanciado un poco de vino en un vaso que acercó a los labios de Naida.

—Algo muy terrible —dijo, muy excitado—. El príncipe Shan acaba de ser asesinado en su palco.

Maggie casi dio un brinco. Parecióle que las paredes daban vueltas. El palco de enfrente estaba vacío. La inmóvil figura de traje verde manzana, había desaparecido.

—¿Que ha sido asesinado el príncipe Shan? —exclamó, como aturdida.

—¡Sí! —asintió Nigel con gravedad—. Debía temer algo pues tenía dos sirvientes de guardia en la parte exterior del palco y dijo que esta noche no recibiría visitas. Nadie conoce detalles; pero le vieron desplomarse de su silla. Cuando fue recogido se vio que tenía una pequeña daga en el corazón.

Maggie soltó una carcajada, nerviosa, histérica. Esta extraña manifestación de sus sentimientos, sorprendió a Naida.

—¡Pero si no ha estado en el teatro esta noche el príncipe Shan! —exclamó Maggie—. El príncipe Shan sigue sin novedad en su casa de Curzon Street.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó Nigel, sorprendido—. Todo el mundo ha visto que el príncipe Shan estaba en el palco. Tú misma le viste,

pues hablaste con él.

—Estás equivocado, Nigel —negó ella—. Te aseguro que el asesinado es un miembro de su séquito. ¡Lo sé con toda certeza! —prorrumpió, con energía—. Te repito que el príncipe Shan está sano y salvo en su casa.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó Naida, sobreexcitada.

—Porque he estado con él hace media hora —respondió, con voz trémula.

OceanofPDF.com

Capítulo XXII

El temperamento anglosajón es francamente refractario a toda emoción violenta y no suele hacer concesiones al sentimentalismo. El extraño silencio daba una rara sensación de irrealidad a todo lo que estaba sucediendo en el gran edificio, y terminó de modo imprevisto. Los cuchicheos se convirtieron en gritos ruidosos y las conversaciones en una baraúnda de voces. Cuando la orquesta comenzó a tocar de nuevo, fueron pocos los que reanudaron el baile. Como otros muchos, Maggie y sus compañeros abandonaron silenciosamente el teatro y se apresuraron a irse a casa.

En la *limousine* apenas cruzaron una palabra. Maggie, recostada en su asiento, seguía aturdida, recogida en sí misma.

Frente a ella Nigel, ceñudo el rostro, miraba fijamente por la ventanilla las calles desiertas. De los tres, Naida era la más animada. Al llegar a Hyde Park Corner, fue ella la que rompió el silencio.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Al Milán Court —contestó Nigel.

—¿Así que me llevan al hotel?

—Eso mismo.

—Haga el favor de bajar el cristal. Me asfixio —le rogó al joven.

La ráfaga de viento frío que entró en el coche, fue como un sedante para los nervios de sus ocupantes. La reciente lluvia había hecho que goteasen las ramas de los tilos y los cristales de las ventanillas del coche conservaban aún vestigios del agua caída. Sobre el río se acumulaban las nubes, que iban dejando paso a la débil claridad de las estrellas. La tormenta había cesado y el viento traía la húmeda fragancia de los árboles y arbustos. Las matas de lilas se doblegaban bajo el peso de las gotas que centelleaban en su fino ramaje. En los altos castaños apuntaban los capullos rojos y blancos.

El cielo se coloreaba de un purpúreo resplandor que anunciaba el próximo amanecer. Los noctámbulos que volvían a sus casas

apresuradamente, encontraban al paso a los primeros obreros más madrugadores que se dirigían a sus obligaciones. Con todo, las calles estaban semidesiertas, y esta casi completa soledad dábales un aspecto más imponente y solemne. La plaza de Trafalgar, con la National al fondo, conservaba su sello de clásica majestad. Whitehall mantenía su carácter de pasaje de los héroes.

—¿Cómo se explica usted lo sucedido? —preguntó Naida, cuya actitud era casi patética.

—De una sola manera —respondió Maggie, con voz velada, pero muy serena—. Mi opinión es que el golpe iba contra el príncipe Shan; pero el asesino ha errado el golpe. El mismo príncipe me anunció que no tenía intención de asistir al baile. Y así lo hizo. Ya les he dicho que el muerto es un personaje de su séquito.

—¿Y cómo lo ha podido saber? —insistió Naida.

—Ya lo dije en el palco —repuso Maggie, con perfecta tranquilidad—. Cuando lleguemos a casa, ya le daré a Nigel las explicaciones que quiera. Y si usted quiere a la hora del almuerzo le daré más noticias.

—Esta velada me ha deparado las cosas más inexplicables de mi vida —comentó Naida, después de una breve pausa—. Oscar Immelan llegó media hora tarde a la cena. Estaba excitadísimo. Jamás le había visto en tal estado. Tenía el aspecto de un hombre acabado.

—¿Y a qué lo atribuye usted? —le preguntó Nigel.

—¡Vaya usted a saber! —exclamó Naida—. Anoche pasó varias horas con nosotros el príncipe Shan, y sacamos la impresión, tal vez infundada, de que sus ideas se han modificado desde su llegada a Inglaterra.

Siguió un breve silencio, impuesto por la preocupación que embargaba a los tres. El príncipe Shan había dicho su última palabra respecto a la situación... Las esperanzas de Immelan se habían esfumado... Y a las pocas horas habíase cometido aquel crimen, creyendo el asesino que daba muerte al príncipe, y no a uno de sus servidores. Estas ideas hervían en la mente de los tres amigos; pero nadie se atrevía a traducirlas en palabras.

Al detenerse el coche ante la puerta del Milán Court, un somnoliento criado abrió la portezuela del auto.

—Después de lo sucedido esta noche no creo que haya necesidad de reservas ni de secretos entre nosotros —dijo Naida, disponiéndose a bajar, un tanto nerviosa.

Nigel le retuvo la mano unos momentos. Se comprendieron los dos al cambiar sus miradas, que sellaban una mayor intimidad en sus relaciones y un feliz acuerdo en sus propósitos.

—Mañana será un día de confidencias —dijo Naida, sonriendo en tono cordial—, cuando vaya a almorzar a Belgrave Square, si es que Maggie mantiene su invitación. Les informaré de lo que he comunicado a Pablo Matinsky. Anoche mismo se lo expuse al príncipe Shan. Buenas noches.

Le acarició la mano a Maggie, y Naida descendió de un salto. La puerta giratoria dio varias vueltas al empujarla la joven con fuerte impulso. El coche siguió hacia el Strand, continuó por el Mall, cruzó frente a Buckingham Palace y se detuvo finalmente ante la imponente morada de Belgrave House. Nigel abrió con su llavín y encendió la luz.

—¿Puedes concederme unos minutos? —le rogó a Maggie, temblándole un poco la voz.

—Los que quieras —repuso la joven con toda calma.

Pasaron a la biblioteca. Maggie se quitó el abrigo y dejóse caer en un butacón. Aunque procuraba mantenerse dueña de sus nervios, sentíase muy deprimida. Apoyó la cabeza en el respaldo, y esperó a que él empezase a hablar. La excitación que el crimen le causara, había pasado; pero las vivas emociones que experimentara, habían dejado una sombra violácea en torno a sus ojos y una gran laxitud en todo su cuerpo.

—¡Qué cansada estoy! —se quejó.

Nigel se acercó a ella, y sentóse en el brazo del butacón.

—Dime todo lo que te ha pasado esta noche —le rogó.

—No te ocultaré nada —accedió al punto—. Primeramente la chinita me envió un recado diciéndome que deseaba hablar conmigo. Fui a su palco, y de buenas a primeras me dijo donde se guardaban los papeles que contenían el compromiso concertado entre Immelan y el príncipe Shan. Los documentos estaban en un mueble de la casa del príncipe. Para facilitar mi gestión dióme una llave de la casa y otra del bargueño donde se guardaban los papeles. Desde el palco vimos al hombre que las dos tomamos por el

príncipe Shan. La chinita me aseguró que el príncipe aún permanecería en el teatro un par de horas por lo menos. Sin perder tiempo me dirigí a la residencia de Curzon Street.

—¿Y qué pasó? —preguntó Nigel con acento cortante e incisivo, el rostro sombrío y el gesto anhelante.

Maggie permanecía inmóvil, sosteniendo la interrogadora mirada de Nigel.

—Entré en la casa y descubrí los documentos en el mueble que la china me había dicho. Cuando los tenía en mi poder, noté que llegaba alguien. Al volverme, vi que el príncipe Shan me estaba observando...

—¿Y qué hizo?

—Me dirigió unas palabras, muy pocas; pero me bastaron para comprender que estaba enojado. Jamás me sentí tan avergonzada como en aquel momento.

—¿Qué contestaste tú?

—No lo recuerdo ya —alegó ella, revolviéndose en su asiento.

—Haz memoria —indicó Nigel—. Tienes que decírmelo. Recuerda que, al fin y al cabo, soy tu tutor y responsable de lo que te pueda ocurrir en tus actividades al servicio de nuestra causa. Caíste en una trampa. ¿Llegó a amenazarte?

—No; pero... me dio a comprender que...

—¿Qué te dio a comprender?

—Lo que él desea —explicó Maggie, mirándole fijamente—. Luego, me ofreció los documentos.

—¡Maldito chino!

La joven le lanzó una mirada que le aterró.

—No olvides, Nigel, que el príncipe Shan es un gran señor.

—Quiero saber que más pasó entre vosotros —le exigió él.

—Me marché.

—¿Y los papeles?

—No los quise tomar.

Nigel se encaminó a la ventana y la abrió de par en par. Amanecía. En el cielo apuntaban unas franjas de luz plateada. La brisa arrancaba un suave rumor de las ramas de los árboles.

—¿Qué sentimientos te inspira ese hombre? —le preguntó Nigel de repente.

En los ojos de Maggie apuntaba una especie de temor. Nigel se impresionó al notar la triste expresión de su prima.

—No te los puedo explicar, Nigel.

Éste comenzó a pasearse por la habitación, inquieto y pensativo. Hasta este momento no se dio cuenta de que tenía al alcance de su mano el *whisky* y la soda y una caja de cigarrillos. Llenó una copa, que bebió, y encendió un pitillo.

—¿Leíste los papeles?

—No tuve tiempo.

—¿Qué deben contener?

—Pues el convenio que trataban de concertar el príncipe e Immelan, seguramente. De haberlos leído hubiéramos conocido todo cuanto tramaban contra Inglaterra.

Nigel, después de pensar un momento, dijo:

—Esta noche no puedo fijar mis ideas sobre todo esto. Me ha sorprendido el buen estado de ánimo de Naida después de haberse entrevistado con el príncipe. Oscar Immelan se ha quedado solo. No tendrá más remedio que actuar por su cuenta. Karschoff ha oído también rumores sobre esto mismo, y comparte mi opinión; pero parece que el árbol no le permite ver el bosque. Con todo, abrigo ciertos temores, Maggie.

Ésta se puso en pie, y con las manos en los hombros de Nigel, le dijo:

—No puedo decirte lo que tú esperas oír. Ya hablaremos. Tus temores son infundados. Estoy tan cansada que me voy a dormir.

Un débil rayo de sol penetró en la estancia para extinguirse al momento y volver al poco rato. Nigel abrió la puerta y Maggie salió silenciosa y cabizbaja. Nigel se la quedó mirando, perplejo. De repente se oyó un extraño rumor en la puerta, y en el silencio de la casa resonó estrepitosamente la campanilla de la entrada. Vaciló un momento; pero se decidió a abrir sin esperar al criado. Karschoff apareció, todavía vestido de etiqueta, ojeroso y excitado.

—No he podido resistir al deseo de venir a verle —comenzó a decir—, y me he atrevido a llamar porque he visto luz en la biblioteca. ¿Qué noticias

tiene?

Nigel se lo llevó a un lado, y le dijo en voz baja:

—Parece que el peligro ha pasado.

—Así lo he adivinado por la actitud de Naida —asintió Karschoff—. Pero el príncipe Shan continúa siendo el pivote sobre que giran los acontecimientos. ¿Qué le ha dicho ella?

—Nada definitivo. ¿Han detenido a alguien en Albert Hall?

—Hasta ahora a nadie, que yo sepa. El muerto es Sen Lu, uno de los secretarios del príncipe.

—¡Es raro! —exclamó Nigel— ¿Ha oído usted decir que el príncipe Shan sabía que esta noche intentarían contra su vida?

—No lo he oído; pero me resulta difícil de creer —repuso Karschoff, moviendo la cabeza dubitativamente—. A estos orientales les gusta rodearse de un ambiente de misterio; pero, por lo que he sabido... no creo que el príncipe Shan eluda el peligro... ni que escape al puñal del asesino.

El carro del lechero llegó en este momento con gran estruendo. Una criada abrió la puerta del servicio. Karschoff se puso el sombrero para salir.

—¿Qué hay de Maggie? —preguntó.

—Mañana se lo diré, o, mejor, más tarde. Venga a verme a mediodía. Maggie se ha ido a dormir, muy fatigada. Desde luego, no pasa nada.

Karschoff lanzó un suspiro, diciendo:

—Me alegro mucho. El príncipe Shan es hombre de honor y cumplirá su palabra; pero, de todos modos, no se sabe nunca lo que piensan estos orientales.

OceanofPDF.com

Capítulo XXIII

En la espaciosa sala de recepción, pintada de azul, decorada con grandes jarrones, en un ambiente perfumado por el humo de los pebeteros y pletórico de un indefinible sello de ascetismo, se hallaba sentado en su sillón de alto respaldo el príncipe Shan, que escuchaba atentamente a su secretario Li Wen, que se expresaba con elocuencia y en un tono tan solemne que revelaba su sumisión a aquel ser superior que le oía impasible, mientras fumaba el largo cigarrillo en una pipa de marfil. En el anular ostentaba un anillo con un enorme brillante, y a pesar de la hora temprana, pues apenas eran las nueve de la mañana, el príncipe revestíase con un rico vestido de ceremonia. Y cuando Li Wen terminó de hablar, con la vista fija en el humo azulino que ascendía hacia el techo, dijo con voz grave:

—Lo siento por ella. Nita me ha sido muy útil, y en lo que cabe, siendo mujer, fiel.

Li Wen le escuchaba reverente, esperando órdenes.

—Gracias a la información de Nita —prosiguió el príncipe— pude comprobar que era verdad lo que me dijo Immelan respecto al *rapprochement* de Francia e Italia; pero en la que acaba de hacer, Nita no ha hecho más que dejarse llevar por un capricho.

—Señor, no hay mujer que merezca que un gran príncipe como vos se preocupe de ella —se aventuró a decir Li Wen—. Los celos suelen convertir a la mujer enamorada en una hoja que arrastra el viento en sus torbellinos. Nita es apta para emplearla en determinadas misiones; pero ahora debe ser descartada.

—El mundo occidental es incomprensible para nosotros, Li Wen —murmuró el príncipe Shan—. Nosotros, en nuestro país conspiramos o luchamos, concebimos grandes planes, escalamos los más elevados puestos, y cuando reposamos cogemos flores, y nuestras flores más bellas son las mujeres. Pero aquí, mientras uno se afana, ellas están allá; mientras uno lucha, tropieza con mujeres en el camino. Apagan los pensamientos, agotan

las ilusiones, ahogan las emociones, y no sólo de los poetas, o de los sibaritas que buscan el placer, si no también del hombre que se esfuerza por escalar la cima, la meta que anhela. Y lo hacen deliberadamente, y esto es lo peor, Li Wen. Un inglés come y bebe en público, teniendo delante a una mujer, que ya ha conquistado o espera conseguirlo, con lo que la mitad del tiempo que debiera dedicar a sus pensamientos los desperdicia en su intento. Y en vez de hacer de ella una flor, la mujer es la asociada de su estupidez.

—Pero, señor —musitó Li Wen—, ¿qué le digo? Ella espera su orden para entrar.

—Oiré lo que tenga que decirme —decidió el príncipe tras un instante de vacilación.

Caminando hacia atrás tan ligero como un gato, con la cabeza baja y los brazos en alto, Li Wen abandonó el salón. Un momento después reapareció acompañado de la Bella Nita. El príncipe Shan despidió al secretario con un gesto. La muchacha entró despacio, pálida, temblorosa, echando fuego por sus ojillos almendrados.

Ni un músculo del rostro del príncipe Shan se contrajo. Contempló a la muchacha al acercarse ésta en silencio. Nita se sentó en el suelo, junto al sillón.

—¿Cuál es la voluntad de mi amo? —preguntó, temblorosa.

En la mirada del príncipe nada había de amenazador, ni tampoco en su expresión. No obstante, ella, sintió el frío de la muerte.

—Tú me has prestado muy buenos y fieles servicios, Nita —dijo—. ¿Qué mal espíritu te puso en el cerebro la idea de engañarme?

Los labios escarlata de la joven se separaron, como si fuera a hablar; pero volvieron a juntarse, balbuceando:

—¿Cómo que os he engañado? Le di las llaves a la mujer de los ojos azules y la envié a mi señor. Fue una cosa muy dura para mí hacerlo; pero lo hice. ¿Había algún riesgo en ello? Mi señor estaba aquí para tratar con ella.

—¿Por qué hiciste tal cosa, Nita?

—Mi señor lo sabe —contestó ella, simplemente—. Lo hice para perjudicar a esa mujer inglesa a quién él ha preferido. Lo hice para que él

podiera comprender. Fue mi mismo señor quién me dijo que ella era una espía. Ahora está probado.

Los dedos del príncipe Shan se deslizaron en un bolsillo de la chaqueta. Sacó una hoja de papel arrugado sobre el cual estaba escrita una sola sentencia. La muchacha comenzó a temblar de nuevo.

—Tú has anhelado ciertamente —dijo él— hacerle daño a esa mujer. Esta es la nota que enviaste a Immelan. ¿Recuerdas tus palabras? Escúchalas, pues: «El más grande de todos os abandonará si la inglesa, a quién él ama, no es suprimida rápidamente. Esta noche puede que él le ponga ciertos papeles en sus manos y vuestro secreto será conocido».

La muchacha estaba trastornada. Parecía como si hubiera perdido su facultad de hablar.

—Esto es una copia del mensaje que enviaste a Immelan —díjole severamente.

—Esto es obra del terrible Li Wen —balbuceó la muchacha—. Tiene doble vista. El diablo va con él.

—El diablo es a veces un aliado útil —objetó el príncipe—. Tú le dijiste a Immelan que yo pensaba rehusar sus condiciones y entregarle mi corazón a la inglesita, y sedujiste a Sen Lu para que llevara el mensaje. Sin embargo, estabas equivocada. El golpe de Immelan iba a recaer sobre mí solamente, y de no tener yo conocimiento de estas cosas hubiera ido al baile y en vez de Sen Lu hubiera recibido yo la puñalada. ¿Qué tienes que responder a esto?

Nita se puso en pie. Él no hizo movimiento alguno; y su mirada no se separaba de ella, con los músculos tensos. El príncipe seguía los movimientos de la blanca mano de la chinita cuando se dirigía, irresoluta, hacia los pliegues sueltos de su abrigo.

—Me preguntáis por qué he hecho esto —gritó la joven— cuando vos lo sabéis: por esa mujer de ojos azules que se ha introducido en vuestro corazón.

—Y si fuera verdad, ¿qué te importa a ti? Soy el príncipe Shan.

—Me enviasteis a respirar esta maldita atmósfera occidental —lamentó la muchacha— para abrevarme en sus pensamientos y ver con sus ojos. Ahora conozco la tontería de todo ello; pero ¿quién puede escapar a esto?

Los celos son la peor enfermedad de las mujeres chinas. Allá, cabe deslizarse en silencio, como una bestia herida, porque no tenemos más remedio; pero, aquí, es diferente. La francesa, o la inglesa, burlada por su amante, se revuelve furiosa ante el agravio, y golpea, y muerde si es preciso. Yo me he hecho igual que ellas.

—Tienes razón —respondió el príncipe tras meditar un momento—. Te trataré como mereces. Eres de cortos alcances y nunca has intentado elevar la mirada hacia las nubes. La culpa de todo es mía.

—¡Renuncio a vivir! ¡Matadme! —gritó ella.

—¿Qué importa la vida? —respondió el príncipe, encogiéndose de hombros—. La vida es dolor y sufrimiento. La muerte es el descanso; pero tú quieres vivir, y viva saldrás de aquí. Mas recuerda que esa mujer de ojos azules, como tú la llamas, es, hoy toda mi vida, y si algo le ocurriera, no sólo tú, sino toda tu raza, seréis exterminados aunque os metáis en el lugar más oculto de la tierra.

Nita le escuchó aterrada.

—¿Pensáis, señor, que las mujeres somos un juguete en vuestras manos? —murmuró Nita.

Las finas y bien dibujadas cejas del príncipe casi se juntaron al arrugar la frente. Nita se tapó los ojos y bajó la cabeza.

—Los del Este —continuó el príncipe— somos la raza más pura y sana del mundo, pero no cambiamos fácilmente. Sin embargo, yo me he contagiado de los occidentales y siento el amor como ellos. Esa mujer, a la que te prohíbo que nombres, no es un juguete para mí. Se sentará en el trono, a mi lado y gobernará conmigo, pues será mi esposa por voluntad de mi corazón. Su mente y la mía se fundirán, y, juntos, dirigiremos el mundo. Nuestros cuerpos y nuestros pensamientos sólo formarán uno. Su alma y la mía vibrarán al unísono.

—No hay ninguna mujer en el mundo que merezca tanto —balbuceó Nita.

El príncipe la despidió con un gesto, y ella se marchó; pero antes de trasponer el umbral, la llamó.

—Dime, Nita: ¿vas hacia la vida o hacia la muerte? —le preguntó.

—Soy algo tan deleznable que voy adónde mi señor me envía —respondió ella, con profunda tristeza.

En este momento apareció Li Wen, que traía un telegrama en la mano.

—Señor, un telegrama cifrado de Ki Chu —anunció—. Dice que un americano ha conseguido entrar en la ciudad, y que cuando se dirigía en avión a la India, ha sido capturado. No se le ha hallado papel alguno encima; pero se cree que tiene agentes en la frontera.

—Me satisface la noticia —repuso el príncipe—. Es el primer extranjero que penetra en mi ciudad secreta. ¿Cómo pudo conseguirlo?

—Se presentó como enviado de Rusia. Dijo que procedía de esa ciudad rusa que nosotros no nombramos nunca —explicó Li Wen—. Llevaba cartas de presentación y reveló grandes conocimientos de nuestros asuntos.

—¿Cómo se llama? —preguntó el príncipe.

—Gilberto Jesson, Alteza. Su pasaporte estaba extendido en Washington; pero parece que procedía de Londres.

—Ese hombre debe morir —sentenció el príncipe, con absoluta calma—. Sin duda, así lo espera él; pero yo entiendo que no se le debe matar. Mi corazón me dicta que debemos ser prudentes en esta ocasión, Li Wen.

Li Wen hizo una respetuosa reverencia. Su amo le observaba con curiosidad.

—De habértelo pedido, ¿qué me hubieras aconsejado, Li Wen? —le preguntó.

—Soluciones de paz, Alteza —contestóle el aludido—. Desconfío de Immelan. Sus procedimientos no son los más convenientes para la grandeza de China. Mis antepasados se revolverían en sus tumbas si China se ligara con alguna potencia occidental.

—Sois muy inteligente, Li Wen —declaró su señor—. Nosotros seremos los amos del mundo. ¿Qué haremos entonces?

—La espada más poderosa es la que impone la paz —respondió Li Wen, con perfecta calma—. Alteza —añadió seguidamente—, la señorita que esperaba está en la antesala.

El príncipe ordenó que pasara. La bienvenida que dispensó a Naida fue más cortés que de costumbre. Él mismo le ofreció un sillón para que se sentara junto a él.

—Me sorprende que se me haya permitido ver el interior de su portentosa mansión —comenzó a decir la joven.

—Mi mayor desventura es tener que pasar tan cortas temporadas en este país —replicó el príncipe—. Mi mayor placer es abrir mis salones tres noches a la semana para que vengan cuantos quieran verme.

—Ya tengo noticia de sus fastuosas veladas —dijo Naida, complacida—. Actúan típles famosas, se toca la música más selecta de Europa, dispone la cena el gran *Monsieur* Auguste, desde París, y no hay dama que no se vaya sin alguna valiosa joya regalada por vos.

—Hay alguna exageración en eso —objetó el príncipe—. Son muy pocas las veces en que mis convites llegan a ese punto.

—¿Se va pronto, príncipe?

—Dentro de unos días.

—Le he comunicado a Pablo Matinsky cuanto hablamos y vengo a que me diga su última palabra.

—Mi última palabra la diré cuando llegue el caso. Lo único que puede decirle a Matinsky es que he rechazado el proyecto que me ha presentado Immelan.

—¿Y qué uso piensa hacer de su gran poder?

El príncipe se abstuvo de contestar, y Naida se quedó mirándole con viva curiosidad, hasta que se determinó a hablar de nuevo.

—Príncipe, sé que sois gran aficionado a los estudios históricos.

—Conozco la historia de la mayor parte de los países del mundo.

—Ha habido hombres que han desbaratado naciones e imperios por una sonrisa de mujer —observó Naida.

—Tales hombres amarían como amo yo —se limitó a decir él.

—No obstante, vos tenéis un elevado y noble concepto de la vida. Vos no estaríais donde estáis si no tuvierais un gran espíritu de sacrificio. Por suerte la paz del Mundo depende ahora de vos. ¿Decepcionaréis la confianza que hemos puesto en vos?

—Por suerte y por obra y gracia de un ingeniero norteamericano —repuso el príncipe sonriendo de un modo enigmático y poniéndose en pie, dando por terminada la entrevista—. Le agradezco mucho su visita, señorita. Ya le daré noticias más antes de que me vaya.

—Es una gran decisión la vuestra, príncipe —dijo ella a la par que avanzaba hacia la salida, donde esperaba un criado—. ¿A quién llevaréis con vos?

OceanofPDF.com

Capítulo XXIV

Aproximadamente una hora más tarde, el príncipe salió de su morada de la calle Curzon, seguido a discreta distancia por dos hombres que velaban por su seguridad. Le hubiera gustado vestir a la usanza europea y pasar inadvertido entre aquellos transeúntes que, con otra vestimenta, le hubiesen tomado seguramente por un burgués pacífico. Su arrogancia y la belleza de sus facciones llamaban, con todo, la atención general. Caminaba como abstraído de cuanto le rodeaba, como si tuviera el pensamiento puesto en cosas de otro mundo. Brillaba el sol y placíale pasear por el parque, que, como el Row, estaba concurridísimo aquella mañana. Numerosos paseantes mostraban en su aspecto y en sus risas la alegría que les infundía el buen tiempo y que se traducía en animadas conversaciones en las que menudeaban las alusiones a jiras y excursiones al campo.

Aquella mañana de domingo habíase revestido con todas las galas de la naturaleza. Todo era luz y color, y en la fantasía del príncipe, imbuida del misticismo oriental, las mujeres que pasaban por su lado eran como flores en medio de un paisaje que evocaba otros que éranle muy familiares, movidas por un viento suave. Las mujeres occidentales parecíanle ahora maravillosamente hermosas, y los caballeros que las acompañaban dábanle la sensación de ser hombres de suprema finura y distinción. Todos debían sentir un placentero sentimiento de la vida, ajenos a los que en este momento torturaban los nervios del príncipe Shan, cuyo corazón era atenazado por algo que le imponía la humillación de su extranjería, no obstante su sello aristocrático. Cruzábase a su paso con muchos que le eran conocidos y a los que hubiera saludado con viva satisfacción; pero rehusaba los amistosos encuentros porque tenía conciencia del abismo que separa a los orientales de los occidentales. Sabía exactamente la idea que éstos tenían de él. La curiosidad con que le observaban era una demostración del desdén que aquellos hombres sentían, aun siendo unos advenedizos comparados con el linaje de la vieja aristocracia de su antigua raza, por los

asiáticos. Pero a él le inspiraban compasión, más que desprecio, aquellos caballeros y aquellas damas que animaban la escena que se presentaba ante sus ojos, y pensaba que si Immelan hubiera defendido su causa con más elocuencia y con ideas de tono más elevado y si Naida Karetsky le hubiese dado otra impresión del mundo que él estaba estudiando tan obstinadamente, serían muy distintos los sentimientos que le embargaban ante aquella humanidad presuntuosa y vana, ante aquella sociedad decadente, desinteresada de todos los valores espirituales, incapaz de todo sacrificio y vacía de nobles y redentoras aspiraciones, atraída solamente por el deporte, sugestionada por los esplendores de la opulencia...

En alas de su mente el príncipe creyó ver su amado Oriente, donde millones de hombres trabajaban incansablemente, y una bocanada de aire fresco pareció vigorizar todo su ser.

Sus meditaciones fueron interrumpidas de pronto. Se hallaba junto al seto que separa a los peatones del andén enarenado por donde desfilaban los jinetes. Una muchacha se aproximó a él, galopando, ligera, grácil, sobre un caballo bayo. La amazona llevaba un sencillo traje de tono gris y sombrero hongo. Cabalgaba con tal destreza que el poderoso tritón se sometía dócilmente a las riendas. La joven no parecía preocuparse de la muchedumbre que se espesaba a lo largo del paseo. Las miradas del príncipe y de la joven se cruzaron, fulgurantes. Se detuvo él, descubriéndose, junto al seto, y ella se le acercó, al paso lento de su cabalgadura, sonriente y tranquila. El encuentro era para la joven la cosa más natural y corriente, cuando horas antes había preguntado qué actitud adoptaría si de repente se le apareciera el príncipe.

—Le veo muy preocupado, príncipe —díjole la joven a guisa de saludo—. Sin duda piensa en el crimen de anoche.

—He olvidado ya el incidente —repuso él.

—¿A pesar de que el desdichado Sen Lu, por el cual le tomaron, era uno de sus mejores servidores?

—Efectivamente, era un excelente servidor y amigo —afirmó el príncipe Shan—. Hacía muchos años que lo tenía a mis órdenes, y era muy fiel, y si pudo saber antes de morir que su sacrificio era en bien mío, se habrá ido al otro mundo muy satisfecho.

La joven hizo dar unos pasos hacia adelante a su caballo, para acercarse aún más al príncipe, y le preguntó en voz baja:

—¿Por qué asesinaron a Sen Lu?

—Es posible que esa misma pregunta la haga yo a algunas personas antes de que llegue la noche.

—¿Y cuál pudo ser la causa del crimen?

—Si lo desea saber, le diré en confianza que usted...

La joven le miró entre las orejas del caballo.

—A decir verdad, no sé lo que deseo —confesó ella—. Supongo que su filosofía no tolera extravagancias ni caprichos. Yo me evadiré de ellos algún día; pero, por ahora, me hallo en un laberinto del que no sé como salir. Toda esa gente que pasa por ahí, me parece algo irreal, y en cuanto a usted, me parece un hombre que no ha estado ni en China.

—Dígame si necesita algún estimulante que la saque de su apatía —repuso el príncipe—. Podría hallarlo en una rápida carrera de su caballo, un animal muy noble, en la alegría de esta soleada mañana, en la placentera brisa o en ese mundo de fantasía donde se mueven los muñecos que transitan por nuestro lado. —Y al decir esto, esparció la mirada a su alrededor—. Mi querida amiguita Maggie, le pido permiso para hacerle una visita de cumplido. ¿Quiere recibirme esta tarde?

Maggie supo entonces qué era esto lo que estaba deseando. Le miró, sonriendo, y contestó:

—Le espero esta tarde a las cuatro.

Maggie espoleó ligeramente a su caballo con el látigo, y alejóse al trote. El príncipe Shan vióse inesperadamente rodeado de amigos, que le acosaron a preguntas, a las que él respondía de buen humor.

—Pues, sencillamente —le dijo al último que le habló—, que han asesinado a uno de mi séquito, que fue víctima de un complot tramado contra mí. Estas cosas son quizá más corrientes entre nosotros que entre ustedes.

—¡Vaya que cosas pasan en la deliciosa China! —exclamó uno de los más jóvenes del grupo—. Allí, por lo visto, se puede comprar la conciencia de un hombre por unos peniques.

El príncipe Shan le miró con gravedad, y respondió, muy picado:

—Aquí se cotizarán a un precio más elevado; pero abundan más los que se ofrecen para semejantes actos.

—*Touché!* —exclamó Karschoff riendo—. Lo único cierto es que cuanto más se avanza hacia el Este, menos vale la vida. En Occidente somos más apegados a la vida, que amamos hasta el extremo. No hay millonario norteamericano, por ejemplo, que no tenga un médico a su servicio, y que no se crea en período comatoso a la menor dolencia. Y, en el Este, ¿quién lleva las cosas a semejante exageración? La filosofía oriental es como una pesadilla para el Occidente. Y a propósito, príncipe, ¿qué piensa usted del asesinato de anoche?

—Lo mismo me han preguntado esta mañana dos caballeros muy inteligentes que pertenecen a Scotland Yard —repuso el príncipe—. ¿Qué voy a pensar?

—El atentado iba contra usted, sin duda —opinó Karschoff—. Lo que falta saber es si obedecía a móviles personales o políticos.

—¿Quién podría asegurarlo? —exclamó el príncipe—. No sé si existe alguien que pueda desear mi muerte. Estas cosas son como acertijos. ¡Ah! Llega muy oportunamente, amigo Immelan. Ayúdenos a poner en claro lo que no acabamos de acertar —díjole el príncipe al recién llegado—. Usted no es de los que posponen la vida de un hombre a cualquier interés humano.

—¿La mía o la de otros? —preguntó Immelan con un aplomo comparable a su cinismo.

—Usted es de los que podríamos llamar altruistas —fue la blanda réplica del príncipe.

—¿Lo cree usted así? —contestó el alemán.

El príncipe se encogió de hombros y esbozó una sonrisa. Su figura se destacaba majestuosamente en medio del grupo.

—Lo creo porque usted es de los que tiene más respeto a la vida ajena que a la propia, aunque sea la suya la que esté en mayor peligro —manifestó el príncipe con sutil intención.

El grupo se disolvió entre felicitaciones y parabienes que el príncipe aceptó con particular agrado. El príncipe e Immelan, que estaba intensamente pálido, se fueron juntos.

—¿Qué ha querido decirme, príncipe? —le preguntó Immelan, tembloroso, aunque el sol calentaba fuertemente.

—Venga a casa y se lo explicaré a usted —contestóle el príncipe con toda calma.

OceanofPDF.com

Capítulo XXV

Apenas llegaron a la morada del príncipe en la calle Curzon, le preguntó Immelan:

—¿Sería mucho pedirle que me acompañe a almorzar al Ritz o al club, faltando a su costumbre de comer en casa?

—Me he adaptado a muchas de las costumbres occidentales, menos a esa de comer fuera de casa —se excusó el príncipe, en tono amable.

La conversación entre los dos caballeros, en su paseo desde el parque, había transcurrido tan plenteramente, que Immelan acabó por tranquilizarse. Su nerviosismo había desaparecido.

—Todos tenemos nuestras flaquezas —admitió Immelan, tratando de sonreír—. La mía es sentarme a una mesa frente a una mujer y conversar con ella mientras susurra en mis oídos la música de una orquesta invisible.

—Eso no es adecuado para excitar el sentimiento artístico —objetó el príncipe—. No podemos entregarnos a dulces sueños cuando los vapores del vino calientan nuestra cabeza y el alimento ingerido embota nuestros sentidos. Pero dejemos este tema. Cada cual es como es, y nadie puede modificar su naturaleza. Lo que yo quería decirle es algo muy distinto a esto.

A través del salón de recepción, de suelo brillante, cubierto en parte con ricas alfombras, con suntuosos jarrones llenos de flores y cortinajes de seda, el príncipe condujo a su acompañante a una salita privada adonde llegaba muy matizada la luz de la calle. En un ángulo del saloncito había un canapé circular, cubierto de almohadones, junto a una mesa redonda, de ébano, sobre la que se destacaba un precioso jarrón amarillo desbordante de lirios. El príncipe dio una orden al criado que les había seguido, y se tendió a lo largo del mullido canapé, con el rostro apoyado en su mano derecha y la vista fija en su visitante.

—Ahora le traerán el aperitivo que tanto le place y cigarrillos —le anunció a su huésped—. El tabaco que yo fumo es demasiado fuerte para

usted.

—Tiene mucho opio —admitió Immelan.

—En efecto, tiene tal vez excesivo opio —manifestó el príncipe, contemplando con ojos sombríos la nubecilla de humo que esparcía un penetrante olor en la sala—. Estos cigarrillos son deliciosos; pero convengo en que no todos los pueden fumar.

El mayordomo entró sin ser oído, y puso sobre la mesa una bandeja de plata con un vaso lleno de un licor de color ambarino. Immelan hizo un gesto de aprobación al tomar el primer sorbo, y encendió un cigarrillo.

—Su criado tiene un gusto especial para esta mezcla. El vermut sale de un modo exquisito.

—Me complace oírle —fue la cortés respuesta del príncipe—. Este criado entró a mi servicio después de haber estado en un palacio real del continente. Ya sabe que ha de hacer siempre lo mejor que haya para obsequiar a mis amistades.

—Lo extraño es que usted no saboree nunca esta clase de bebidas —observó Immelan.

—A veces bebo vino, especialmente por la noche —dijo el príncipe—. Hace unas noches —prosiguió con una sonrisa reminiscente— bebí Château Yquem, fumé cigarrillos egipcios, comí uva de moscatel y leí *Pippa Passes*. Fue una velada magnífica.

—Lo cierto es que usted piensa como un occidental; pero sus hábitos y costumbres son puramente orientales —expresó Immelan—. Lleva en las venas la templanza del Este.

—Mi manera de vivir mantiene el cerebro despejado —afirmó el príncipe—. Así que suelo entrever la verdad cuando no está muy oculta. Por ejemplo, anoche, cuando envié a Sen Lu a morir en mi lugar.

La expresión de Immelan se transformó por completo. Quedóse con la boca abierta, sin saber qué decir, temblándole la mano en que sostenía el vaso. Miraba fijamente los lirios del jarrón mientras su anfitrión contemplábase a través de la suave nubecilla de humo que se elevaba hacia el techo.

—Sen Lu era un traidor —continuó diciendo el príncipe—, un loco que borró con un acto de infidelidad toda una vida de devoción a mi persona.

Pero tuvo que confesarme la verdad, y pagó con su vida.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Immelan, en tono vacilante—. ¿Sen Lu traidor?

—Sí, Sen Lu era un traidor —aseguró el príncipe—. Se vendió a los que intentan saber de mis asuntos más de lo que yo puedo permitir... Estaba a sueldo de los que tratan de anticiparse a mis propias decisiones, y que al saber por él y, ¡ay!, por mi dulce amiguita Nita, tan frágil y ligera de cascos, que su suerte peligraba si yo me decidía a firmar un pacto desfavorable a sus intereses, se determinaron a cometer el crimen que les ha fallado totalmente. Se proponían matarme. Lo que no acabo de comprender es cómo pudo forjar en su cerebro semejante plan, amigo Immelan. ¿En qué podría favorecer mi muerte sus propósitos?

Immelan no tuvo valor para contestar a la pregunta. Su instinto le anunciaba que el príncipe tenía que decirle algo más. Estaba como hipnotizado.

El príncipe encendió otro cigarrillo, y continuó, como reflexionando:

—Ha cometido usted un verdadero desatino, Immelan. Yo no moriré hasta que mi obra esté consumada. Soy joven, tengo bastantes años menos que usted, y mi salud sorprende hasta a los mismos médicos que velan por ella. Estoy a cubierto de la bala o del puñal del asesino. Soy invulnerable, mi aterrado amigo. Usted pertenece a un país donde la religión no es más que algo aparente y exterior; pero yo vivo tanto en cuerpo como en espíritu, y mis días durarán hasta que el sol me guíe con su luz a la morada donde residen aquéllos que en la tierra cumplieron su destino.

Immelan llevóse el vaso a la boca con temblorosa mano, y tras apurar su contenido se puso en pie. Se le habían hinchado las venas de la frente y sus ojos azules brillaban de cólera.

—Sen Lu fue traidor por partida doble. ¡Maldito sea! —murmuró.

—¡Ya lo ha purgado! —añadió el príncipe—. Su juego le costó la vida. La daga que tenía que atravesarme el corazón, fue justa y directamente al suyo. ¿Qué tiene usted que decirme. Oscar Immelan?

—Si Sen Lu le dijo que yo había tramado un complot contra usted, mintió —aseguró Immelan, tratando de sincerarse.

—Los hombres del templo de Sen Lu, no van nunca a la muerte con la mentira en sus labios —replicó el príncipe con pausada entonación; pero con firmeza—. Con todo, estoy intrigado. ¡No puedo concebir que usted tramara mi muerte! Usted no es capaz de adivinar lo que yo pienso respecto a ese proyecto de convenio que usted me propuso. Todavía no me he negado a firmarlo.

—Aun no se ha negado a firmarlo; pero sé que lo rehusará —repuso Immelan.

—Eso es mucho decir —objetó el príncipe.

—Usted está jugando con los secretos que yo le he confiado —replicó Immelan—. Sabe muy bien que la joven que vino a verle anoche, es una espía que está intentando hace días arrancarle a usted habilidosamente nuestros secretos.

—Veo que sus agentes le han informado bien —comentó el príncipe.

—Pero los suyos aventajan a los nuestros —se lamentó Immelan, amargamente—. Contésteme con toda sinceridad, príncipe. Se le tiene a usted por hombre que jamás ha dicho una falsedad. Hemos sido aliados, y, por lo tanto, tengo derecho a saber si usted ha confiado a alguien nuestro secreto.

—A nadie —aseguró el príncipe—. Cierta señorita visitó anoche mi casa, no por haber sido invitada por mí, como usted cree, sino por su propia iniciativa; pero fracasó en su intento.

—Por lo visto no quiso pagar el precio que usted le puso —dijo Immelan, en tono irónico—. ¡Por los dioses de sus antepasados, príncipe Shan! ¿Es que no hay mujeres en su mundo bastante interesantes para que una inglesita de ojos azules trafique con su honor y con el grandioso futuro de su patria?

El príncipe se incorporó lentamente. Su rostro marmóreo tenía una expresión siniestra y su mirada tenía el brillo del acero pulido.

—Un hombre que como usted, Immelan, está tan cerca de la muerte, debería elegir las palabras con más cuidado —le advirtió, en son de amenaza.

—No me ha impresionado lo más mínimo —dijo, con burlona sonrisa el alemán—. No me asustan sus cerraduras patentadas. Sé que siempre le

escudan dos criados fieles y decididos, los mismos que le acompañaban cuando venía usted a mi casa; pero le anuncio que aun no siendo príncipe, procuro defender mi piel. Me custodian tres hombres de mi servicio secreto, que no andan lejos de aquí y que no me pierden de vista.

—Eso está muy bien; pero usted se equivoca si cree que yo acostumbro a recurrir a procedimientos tan burdos como el tiro o el puñal. Cuando yo quiero que muera alguien, no tengo más que hacerle beber conmigo.

Y al decir esto, el índice de la mano derecha del príncipe le señaló el vaso vacío. De la frente de Immelan brotó un sudor frío.

—Noté que la bebida tenía un sabor raro. Pero ¡Dios mío!, ¿habrá sido capaz de darme a beber...? —murmuró Immelan.

—No se alarme. Ese vaso no contenía veneno —le tranquilizó el príncipe—, al menos de la clase que descubren los análisis de los laboratorios. Ningún químico, ni aun el más eminente del mundo, descubrirá en esa bebida el más insignificante vestigio de veneno; pero, amigo Immelan, usted está a dos pasos de la tumba. ¿No tiene curiosidad por saber qué dolores sentirá?... ¿No contesta? Me está defraudando. ¡Era tanto el valor que demostraba hace un momento! Pero, con todo, usted se está muriendo... ¿No siente un frío que se le va extendiendo por la espalda?

Immelan se abalanzó, aterrado, hacia la puerta; pero ésta no se abrió hasta que el príncipe hizo sonar el timbre. Lívido, más que pálido, Immelan ganó la calle, torturado por la sensación de espanto que el príncipe acababa de infundirle.

El príncipe se recostó en su blando canapé, deshizo un paquete de cigarrillos que venían envueltos en paja, encendió uno y lo saboreó con delicia, entornando los ojos.

Capítulo XXVI

Nigel llegó a Dorminster House cuando Maggie volvía de un paseo a caballo. La ayudó a desmontar, y entraron juntos en la casa.

—He recibido, apenas hace media hora, este telegrama de Chalmers — anunció, sacando un papel del bolsillo.

—Debe referirse a Gilbert Jesson —contestó Maggie, a impulsos de una corazonada.

—Además del despacho hay una nota aparte. Léelos.

Maggie leyó el primero, que decía:

Malas noticias de Jesson. La tripulación de uno de los aviones de nuestra línea regular de San Francisco a Vladivostok, ha captado un radiograma que procede del sur de China. Juzgándolo desprovisto de interés lo retuvieron varios días. En Washington lo han descifrado y hasta anoche no nos cablegrafiaron a la Embajada. Te incluyo copia descifrada.

JERE CHALMERS

El documento era muy breve; pero cuando Maggie lo leyó, el corazón le dejó de latir. Decía así:

Temo no poder escapar. Adiós.

JESSON

—¡Esto es horrible! —exclamó Maggie, temblorosa y conmovida—. Yo le hacía en Rusia.

—Y yo también —subrayó Nigel, emocionado—. Sin duda descubrió que la clave de todo estaba en China, y allá marchó. Maggie, ¿no podría hacer algo por él el príncipe Shan?

Se hallaban ambos en el vestíbulo, algo apartados de la puerta; pero un rayito de sol doraba los cabellos de la joven. Maggie jadeaba aún después

del esfuerzo que acababa de hacer durante su cabalgada; pero tenía las mejillas coloreadas y los ojos brillantes. Con la fusta se golpeaba la falda de montar, sin saber qué responder. Nigel la contemplaba inquieto, sin saber qué pensar.

—Si no tienes inconveniente en ello, el príncipe Shan vendrá aquí esta tarde —le anunció Maggie al fin, con voz vacilante.

—¿A qué? —le preguntó Nigel, con un tono áspero.

Siguió un breve y tenso silencio. Los nervios de Maggie se relajaron al presentir que la crisis iba a producirse de un momento a otro.

—No lo sé ciertamente —respondió la joven.

—Pues yo me lo figuro, y no creo equivocarme —expresó Nigel con gravedad—. Viene por ti. Te quiere.

—Pues si es así, tu situación no va a ser muy lisonjera —dijo Maggie, sintiendo renacer en lo más íntimo de su ser la alegría que tanto la animara semanas antes.

En este momento se oyó una llamada en la puerta de la calle, seguida de una voz familiar.

—Es Naida —exclamó Maggie, exhalando un suspiro de alivio—. Le dije que viniera a la una y cuarto en vez de la una y media. Ahora caigo. Recíbela, Nigel. Yo voy a arreglarme. Es cosa de un momento. Estoy decidida a hablarle al príncipe Shan del caso de Jesson. No debemos perder ni un minuto. Le telefonearé desde mi habitación. —Y como en este instante entrara Naida, le dijo—: Perdóname, Naida. Nigel te acompañará hasta que yo me vista.

Naida cruzó el vestíbulo, y acompañada de Nigel entró en el salón, que se abría raras veces. La joven llevaba un elegantísimo traje blanco. Nigel la invitó a sentarse junto a la ventana que daba al invernadero. Al principio versó su conversación sobre temas baladíes. Nigel sentíase profundamente emocionado al ver a Naida tan cerca de él. La joven, por su parte, experimentaba tan viva alegría que resistíase a hablar para no darle a entender sus placenteros sentimientos.

—Si la historia de este tiempo fuese escrita por algún historiador alemán irascible —expresó finalmente Naida—, diría seguramente que el mundo ha sido trastornado por un estallido de primitivismo. Le anuncio que

yo le he escrito a Pablo Matinsky unas notas muy favorables para los ingleses. Desde luego, son observaciones honradamente sentidas y que he podido hacer gracias a usted. Y también al príncipe Shan. Estoy segura de que cuando venía a Londres navegando por las nubes, su corazón le decía que era el heraldo de mil calamidades.

—¿Cree usted sinceramente que la crisis ha pasado ya? —le preguntó Nigel.

—Estoy casi segura —admitió ella—. El príncipe Shan se prepara a regresar a China.

—Durante días he temido los más graves y desconocidos peligros —opinó Nigel—. No sé si conoceremos alguna vez la exacta naturaleza del peligro que nos venía amenazando.

—Sólo el príncipe Shan se lo podría revelar —repuso la joven—. Immelman concibió el plan; pero el método a seguir lo trazó el príncipe.

—¿Cree usted que el atentado contra el que se tomó por el príncipe lo tramó Immelman? —preguntó la joven de improviso.

Naida encajó la pregunta con una frialdad que sólo explicaba su ascendencia rusa.

—Podría ser —se decidió a contestar, tras meditar un momento—. Según parece, el príncipe Shan ha cambiado de opinión y no está dispuesto a aceptar las sugerencias de Immelman.

—¿Pero tan necesaria se considera la aportación de China? —siguió preguntando Nigel.

—¡Ay! Estamos en un *impasse*, y usted, un gran diplomático inglés, se obstina en averiguar grandes secretos de labios de una sencilla muchacha rusa —expresó la joven, tratando de sonreír.

—No cabe mayor desventura para mí —repuso él con el mismo tono—, pues deseaba preguntarle otras muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—Por ejemplo, si le gustaría vivir en cualquier otro país que no fuese Rusia.

—Una mujer está siempre dispuesta a vivir no importa donde; pero bajo ciertas condiciones.

En este momento fue anunciado Karschoff, que entró al punto.

—¡Nada como ser joven! —prorrumpió examinando a Naida—. Pareces, mi lejana, aunque muy querida prima, una muchacha que se ha pasado la noche durmiendo y la mañana tomando este sol delicioso y esta agradable brisa que hoy disfrutamos, paseando y charlando por Bond Street. Y fíjate en mí, con mis patas de gallo y hecho un espectro, y, no obstante —añadió volviéndose hacia Maggie, que acababa de llegar—, pensando en el almuerzo y esperando oír las noticias que nos traes.

El mayordomo interrumpió un momento la conversación para anunciar que la comida estaba en la mesa.

—Pues no traigo noticias —declaró Naida, mientras se dirigían al comedor—. Sólo puedo decirte que hemos llegado al Término de nuestro camino. Los acontecimientos que puedan sobrevenir, llegarán a tus oídos por otros conductos. Mientras comamos hablaremos de Inglaterra, de sus playas, de sus prados y de sus bellos parajes. Estoy fatigada, cansada de oír el tic-tac del reloj del destino.

—¡Bonito tema! —exclamó Nigel—. Por mi parte les hablaré de mi linda casa de campo de Devonshire. Hay allí unos extensos yermos que terminan en la playa y que serpentean a lo largo de un terreno ondulado. Se trata de una antigua granja que mi abuelo modernizó siendo Canciller de Inglaterra. La llamó Villa Paz.

—Pues mi abuelo construyó también otra casa de campo —comentó Naida— animado de un espíritu semejante, y la llamó Pensamiento y Flores, inspirándose en una inscripción grabada en una vieja villa de Estambul.

Maggie le sonrió con muestras de aprobación, y dijo: —Me gusta la conversación. Naida y yo somos, después de todo, mujeres y sentimentalistas. Reclamamos un respiro, un armisticio... llámenlo como quieran. Príncipe Karschoff, ¿quiere decirnos cuál es la casa más hermosa en que ha vivido?

—La más hermosa es aquella en que espero terminar mis días —contestó el príncipe—. Pero permítanme que les hable de una villa que yo tenía en Cannes, hace cosa de quince años. La gente se acostumbró a hablar de ella como de uno de los tesoros del mundo.

Cuando a la hora del café se retiraron las dos jóvenes, Nigel le entregó a Karschoff el despacho de Chalmers.

—¿Recuerda usted lo que le dije respecto al amigo de Chalmers, Jesson, del Servicio Secreto, que vino a vernos? —le preguntó.

Karschoff leyó el mensaje, con ayuda de sus grandes lentes con armadura de asta, y exclamó:

—Creí que había ido a Rusia por cuenta de usted.

—Así es.

—Y el mensaje viene del sur de China —dijo el príncipe, reflexionando.

Nigel estaba muy pensativo. China, Rusia, Alemania. El príncipe Shan en Inglaterra negociando con Immelan. Y detrás, siniestro, amenazador, el país de los misterios.

—Fue una desgracia —dijo el príncipe Karschoff— que América estuviera dominada durante los más vitales meses de su existencia por un hombre austero e idealista, pero sin experiencia. Poseía el germen de una idea, pero la lanzó al mundo antes de que su país hubiera elaborado algo practicable.

—Nadie puede detener a un hombre con la sangre caliente y los puños cerrados cuando es insultado —indicó Nigel—, y las naciones sufren los impulsos de los individuos. Francia vela en sus fronteras noche y día con un ejército diez veces mayor de lo que está permitido. Rusia se ha convertido en el país de los misterios; algo oculta, sin ninguna duda; y hay ciudades en la moderna China en las que ningún europeo se atreve a entrar. Japón dispone de un inmenso ejército, los Estados Unidos se arman silenciosamente y... ¡Dios nos asista si se desencadena otra guerra!

—Tiene usted razón —asintió Karschoff lúgubrementemente—. Ya no existe el menor átomo de romanticismo entre los pueblos. Hubo residuos de ello en la última guerra, especialmente en Palestina y en Egipto, cuando nosotros, por primera vez, invadimos Austria. La ciencia será la que decida si estalla otra contienda. La guerra será ganada en los laboratorios, en las fábricas y en los talleres. Dudo que un buque de guerra pueda conservarse a flote una semana, y en cuanto a la lucha en el aire, en el caso de que entren cien aviones en acción, no creo que escapen de la destrucción muchos de ellos. Se dice que Francia tiene un cañón que podría enviar un proyectil

desde Amiens a Londres, y lo más misterioso de todo es que China cuenta con un arma secreta de la que no se tiene la más ligera idea.

—Excepto Jesson —murmuró Nigel.

—El atisbo o sospecha de Jesson —expresó el príncipe Karschoff— parece que le ha llevado al fin de sus días. ¿No podría hacerse algo en su favor cerca del príncipe Shan?

—Indirectamente, tal vez —repuso Nigel—. Maggie le verá esta tarde. Le ha telefoneado hace un rato; pero no sé nada más. Cuando un hombre emprende esa clase de trabajos, quema sus naves. Y Jesson no es el primero que se ha dirigido hacia el Este durante los últimos meses. Ayer oí decir que Francia ha perdido a tres de sus mejores hombres en China..., un misionero y dos comerciantes. Todos acaban por desaparecer sin una palabra de explicación.

El timbre del teléfono sonó en este punto, y Nigel se dirigió al mueble donde estaba el aparato y cogió el receptor.

—¿Es lord Dorminster? —preguntó una voz masculina.

—Al aparato —replicó Nigel.

—Soy David Franklin, secretario particular de mister Mervin Brown —continuó la voz—. A mister Mervin Brown le agradaría muchísimo que usted viniera a Downing Street en seguida.

—Dentro de diez minutos estaré ahí —prometió Nigel.

Dejó el receptor y volvióse a Karschoff, diciendo:

—Era el Primer Ministro.

—¿Qué quiere de usted?

—Creo que la tormenta está a punto de estallar —replicó Nigel.

OceanofPDF.com

Capítulo XXVII

*M*ister Mervin Brown no se anduvo por las ramas en esta ocasión. Su antiguo aire de confianza, de satisfacción de sí mismo, había desaparecido. Recibió a Nigel con deferencia aparente; pero con señales de esa tolerancia que un hombre muy atareado pero de buen carácter, puede dispensar a un chiflado oficioso.

—Lord Dorminster —comenzó a decir el ministro—, le he llamado para reanudar la conversación que interrumpimos hace poco. No he de ocultarle que tengo noticias de ciertos hechos que permiten suponer que había algo de verdad en lo que usted me expuso y que yo me resistía a creer.

—Me quita usted un gran peso de encima —confesó Nigel—. Todo parece indicar que la crisis se acerca.

—Le he llamado —continuó el Primer ministro— porque el Embajador norteamericano me ha enviado copia de un radiograma que acaba de recibir de uno de sus agentes en China. Parece ser que el despacho se le ha enviado directamente al Embajador para mayor seguridad; pero el representante norteamericano ha asegurado que es para usted.

—Se trata de Jesson —explicó Nigel—. Un amigo de la Embajada norteamericana me ha dado ya noticias del caso.

—El despacho —prosiguió *Mr.* Mervin Brown— es un poco vago; pero ciertamente inquietante. Contiene detalles precisos respecto a ciertos preparativos militares por parte de China y Rusia. Parece que los preparativos se han llevado a cabo con el más riguroso secreto; pero lo que más me ha sorprendido es que el cuartel general funcione en el sur de China.

—Si me permite, le haré una sugestión —propuso Nigel—. Es muy sencilla.

—Dígame cuál.

—Que se entreviste con el príncipe Shan.

—El príncipe Shan —repuso el ministro, arqueando las cejas— se halla aquí de incógnito, y careciendo de representación oficial no creo pertinente llamarle a mi despacho. Precisamente nos ha hecho saber que le eximamos de las visitas protocolarias por no tener carácter diplomático su visita a este país.

—Con todo, yo insisto en que procure verle —expuso Nigel—. De no haber sido abolido el Servicio Secreto sabría usted muchas cosas, como, por ejemplo, que el príncipe Shan ha estado celebrando entrevistas con uno de los hombres más peligrosos que hayan pisado tierra inglesa. Me refiero a Oscar Immelan.

—Immelan tampoco tiene carácter político o diplomático —objetó el Primer ministro.

—Pues eso mismo es lo que hace más peligrosa su permanencia en Londres —opinó Nigel—. Es un francotirador de la diplomacia alemana y el más temible de cuantos se han destacado en los últimos quince años a la sombra de ese espúreo organismo tan altruista que se llama Sociedad de Naciones. Immelan no pretende otra cosa que ver el provecho que su nación puede sacar del actual estado de cosas. Él es el que tira de los hilos que ponen en movimiento a China y Rusia.

—Concrete; dígame algo más definitivo —exclamó el Primer ministro un tanto impaciente.

—Ya llegaremos a eso, si usted me deja en completa libertad para expresar lo que pienso —repuso Nigel—. Muchos de nuestros prohombres políticos, y entre ellos Mister Mervin Brown..., ¿puedo continuar hablando?, creen que nuestro país está a salvo de cualquier contingencia militar porque las organizaciones obreras de Inglaterra mantienen estrecha conexión con las similares que existen en Alemania. Y esto es una gran falacia, y apoyo mi criterio en dos razones: primera, que el militarismo alemán busca siempre que alguien le saque las castañas del fuego; y, segunda, el Gobierno inglés no se atreverá a militarizar a los trabajadores. Los obreros alemanes puede que se unan con los ingleses en asuntos puramente profesionales para conquistar determinadas reivindicaciones que les benefician en el orden del trabajo; pero lo que no harán es renunciar a sus aspiraciones nacionalistas, que el obrero inglés no podrá jamás

compartir. Sus intereses son opuestos, y hasta sus sentimientos; pues así como el obrero inglés se siente pacifista, el alemán es belicoso por naturaleza y ama la guerra.

—¡Siempre el fantasma de la guerra! —exclamó el Primer ministro—. Pero ¿cree usted en la guerra? No sea usted cándido. Inglaterra no tiene por qué preocuparse. La invasión de la isla es hoy tan imposible como hace veinte años.

—Yo no puedo contestar a la pregunta que me ha hecho sin conocer el informe de Jesson —repuso Nigel.

—Mañana lo verá usted —le prometió el Primer ministro—. Lo tienen en el Ministerio de la Guerra.

—Me figuro lo que debe decir —persistió Nigel—, y no creo equivocarme si me adelanto a interpretar su contenido: Jesson revela que los principales promotores de una guerra contra nosotros serían Rusia y China.

Mister Mervin Brown se quedó pensativo. Desde el principio de la conversación habíase acentuado la gravedad de su rostro. Su nerviosismo de poco antes había sido reemplazado por una ansiosa mirada, profunda y solemne.

—En eso acierta usted, lord Dorminster —dijo de pronto el Primer ministro—. El mundo ha hecho marcha atrás en los últimos diez años, y los que no hemos advertido esta regresión hasta ahora tenemos contraída una gran responsabilidad.

—Desde el punto de vista político, estoy de acuerdo con usted —otorgó Nigel—. Sólo el idealista, el hombre imbuido de prejuicios idealistas puede ignorar los sentimientos primarios del alma humana y creer que unas cuantas ideas sublimes pueden salvar las fronteras de todo peligro exterior. La guerra es algo terrible; pero la vida humana es también terrible en sí misma. Los principios que mueven a la humanidad no han variado; y los principios de fuerza no pueden reprimirse más que con el empleo de la fuerza. Si la Sociedad de Naciones se hubiese inspirado en concepciones menos egoístas y apoyado en bases más firmes, la paz del mundo estaría asegurada para treinta o cuarenta años. El caso es que nos hallamos abocados a una crisis muy grave.

—La guerra es una imposibilidad para nosotros —afirmó Mr. Mervin Brown en tono de convencimiento—. No estamos en condiciones de luchar con nadie. No tenemos ejército y no nos hemos preocupado más que de crear un servicio de policía. La ciencia ha restado eficacia al buque de guerra, y en cuanto a la aviación está sometida a las mismas condiciones.

—Presumo que usted me ha llamado para conocer mi opinión —alegó Nigel—, y, aunque no lo necesite, quiero darle mi leal consejo. Procure mantener una entrevista amistosa con el príncipe Shan. Tengo razones para creer que las negociaciones entre el príncipe y Oscar Immelan no van por buen camino.

—¿Quiere usted ser mi embajador? —le preguntó el Primer ministro.

—No me puedo negar a su requerimiento —respondió Nigel, vacilante—. Aunque el príncipe Shan es difícilmente accesible, en este momento podría ser abordado por una persona muy allegada a mí.

—Vea si puede traérmelo mañana —sugirió mister Mervin Brown—. Si es posible tendré en mi poder una copia del informe de Jesson. Se refiere a asuntos que el príncipe Shan nos podrá explicar si quiere.

—No olvide que el príncipe Shan es el verdadero autócrata de China. Está persuadido de que China ha de remodelar las ideas del mundo y que éste habrá de cambiar el concepto que tiene formado de China, capaz de crear grandes cosas. Además, es un hombre que tiene un estricto concepto del honor. Trátele de igual a igual, como un colega capaz de medirse con usted.

—No me tome usted por un principiante en estas lides —repuso, sonriendo, el Primer Ministro—. Sé perfectamente que el príncipe Shan es un hombre genial, el representante de una de las familias más poderosas de la tierra. Yo soy únicamente el servidor de una gran potencia, y él es, por sí mismo, una gran potencia.

—Es el mayor autócrata que el mundo ha conocido —afirmó Nigel, en trance de despedirse—; y si cuando él salga mañana de este despacho le asegura que *no habrá guerra*, podremos considerarnos salvados... al menos por el momento.

Capítulo XXVIII

Maggie, fresca y lozana con su vaporoso vestido azul, con el fastuoso colorido de su oscuro cabello de apretadas trenzas, con los labios ligeramente separados por una sonrisa de bienvenida, sintió, no obstante su aparente compostura, una extraña turbación cuando el príncipe Shan entró en su salita, que estaba muy adornada con flores aquella tarde. La desusada formalidad de su aparición parecía algo que cuadraba con su manera de ser. Se inclinó profundamente apenas hubo cruzado el umbral y volvió a inclinarse sobre la mano que la joven le presentó al tiempo de levantarse de la butaca.

—Me hace muy feliz al recibirme de este modo —dijo él con sencillez—. Ello hará más fácil decir las cosas que hay en mi corazón.

—Haga el favor de tomar asiento —dijo Maggie, con un ademán de invitación—. Usted es muy alto... y me resisto a ser dominada tan completamente.

El príncipe obedeció al punto; pero continuó hablando con su habitual seriedad.

—Deseo —prosiguió él— ponerme enteramente de acuerdo, durante unos minutos, con los métodos y las costumbres occidentales. Reteniendo en mi corazón mucho de lo que está deseando expresar, me limitaré a pronunciar unas cuantas palabras formales. *Lady Maggie*: vengo a pedirle que me conceda el alto honor de ser mi esposa.

Maggie se quedó petrificada. Había llegado el momento que ella tanto temiera... y deseara. Aquellas breves palabras habían sonado en sus oídos como una música acariciadora.

El príncipe se inclinó con la majestuosa dignidad que sólo pueden tener los hombres que anhelan hacer a una mujer copartícipe de un trono.

—¡Su esposa! —exclamó Maggie, con voz trémula por la emoción.

—¿Se sorprende usted? —continuó el príncipe, en actitud benévola—. Sin duda creyó usted los cuentos que me atribuye la gente, de que yo juré

en mi juventud consagrarme al celibato sacerdotal. No hay tal. Siempre acaricié el propósito de casarme; pero aunque mi país es altamente progresivo, en mi mente y en mi corazón anidan muchas de las milenarias ideas de la vieja China, que conservo como reliquias sagradas. La nobleza de mi patria ha pasado por tiempos calamitosos, y allí ya no hay ninguna princesa real con la que pudiera contraer matrimonio, y he de acatar los cambios impuestos y aceptar ciertas ideas occidentales que concuerdan en parte con las que ahora sustento.

—¡Pero yo no soy princesa! —repuso Maggie.

—Usted es la princesa de mis sueños —contestó él, bajando la mirada, reverente—. He de hacerle una confesión: si yo tomase por esposa a una dama china de rango inferior al mío, ofendería gravemente a mis antepasados que vigilan todos mis actos desde sus tumbas, ante los que me considero obligado a cumplir con los mandatos de una tradición secular. Pero, tratándose de una dama de otro país, todo es diferente.

—Soy inglesa, y amo, sobre todo, a mi patria —alegó Maggie—. Usted sabe lo que yo quiero decir.

—Perfectamente —respondió el príncipe—. Yo no pensaba decirle nada por ahora; pero, ya que invoca a su país, ¿qué mejor alianza podría usted desear que unirse en matrimonio al hombre destinado a regir los destinos de Asia?

Maggie tuvo que recurrir a todo su valor para responderle.

—Usted no aludió a lo que acaba de decirme cuando le visité anoche en su casa —dijo Maggie mirándole fijamente a los ojos y con las mejillas arboladas.

El príncipe sonrió con perfecta calma, como si la eterna verdad que conservaba como legado sagrado de su raza en lo más hondo de su ser, le resguardara de toda manifestación de las emociones más frecuentes en la naturaleza humana.

—Mi enojo no me lo hubiera permitido —se excusó él—. Pasaba por el dolor de ver que la mujer amada, plegando sus alas, se arrastraba por los suelos, como los seres vulgares que descienden a procedimientos poco dignos. Usted, querida Maggie, no ha nacido para confundirse con la canalla que actúa a escondidas con la esperanza de una recompensa, en

dinero o en fama. Y al verla en mi poder, arriesgando su reputación, y hasta su vida, no pude menos que irritarme. Sólo traté de hacerle comprender la gravedad del paso que había dado, y creo que me comprendió.

Maggie se sintió humillada, y vencida por aquella fuerza superior que emanaba de la figura del príncipe, bajó la vista. El príncipe parecía adivinar las palabras que ella aún no había formulado.

—Le ruego que no me tome por una niña inocente —repuso Maggie en son de queja; pero con una sonrisa en la comisura de los labios que rayaba en lo patético.

—Lo que yo ansío para usted es algo muy diferente —objetó el príncipe—. Hasta ahora no he hecho más que pronunciar unas palabras de tipo formal que facilitan el entendimiento posible entre nosotros; pero deje hablar a mi corazón desde este momento. No lejos de Pekín tengo un palacio cuyos muros besan las mansas aguas de un río. Durante cinco meses del año, mi jardín está esmaltado de flores de vivos colores y de exquisita fragancia. Allí florecen los almendros y en las aguas azules se reflejan las pagodas cubiertas de plantas trepadoras, no como las vuestras, sino con flores rojas, de gran belleza plástica, que se abren cuando uno las mira para enviarnos sus dulces perfumes. Cuando usted viva allí, a mi lado, le hablaré con el mismo lenguaje con que se expresaron mis antepasados, que usted llegará a comprender, porque el amor tuvo su cuna en el Oriente, y allí sentirá, el calor de su llama. Aquí, me siento torpe y confundido, y, postrado ante usted, no sé más que mostrarle mi corazón y decirle que la amo. Pero lo que es mi amor lo sabrá usted cuando usted tenga voluntad, confianza y alma. Maggie, ¿quiere usted venir a China conmigo?

—Es usted un mago —prorrumpió Maggie, estrechándole la mano—. Soy muy inglesa...; pero me iré a China contigo.

El príncipe se la quedó mirando, como encandilado, y llevando la mano de la joven a sus convulsos labios, se la besó.

—Estaba seguro de que vendrías —dijo él, simplemente—. Subirás a los cielos conmigo cuando estés en mi país, donde te esperan los más bellos rincones de la tierra. Y ahora, puedo hablarte de otras cosas serias. Tendrás todo el dinero que quieras, más que la mujer más rica de este país. Pondré a tu servicio el avión hermano de mi *Dragón Negro*, que, en horas, te

trasladará desde cualquiera de mis palacios a Londres. Y, aún más: mira esto.

Y sacando del bolsillo un paquete le mostró los documentos que Maggie tanto había deseado. Pero lo más curioso fue que la joven no experimentó el menor interés por aquellos papeles, antes tan codiciados, y sólo sirvieron para que evocara el recuerdo de aquellos instantes en que, temblorosa y demudada, se halló ante el príncipe y tuvo que escuchar, temerosa y anonadada, sus reposadas y justas palabras de reprensión.

El príncipe, viendo que no tomaba los documentos, dejó el paquete sobre la mesa, y le dijo:

—Lee estos papeles y te convencerás de la peligrosa red que se estaba tendiendo en torno de tu país. Y lo grave es que China no está sola en Asia. El Japón y China piensan lo mismo respecto al destino del continente asiático. Tenemos idéntico lema: Europa para los europeos y Asia para los asiáticos.

Maggie se evadió repentinamente del poder hipnótico que la tenía avasallada. El tono tranquilo del príncipe, sus frías alusiones a un mundo tan diferente del en que ella vivía, había desvanecido el encanto contra el que un minuto antes sentíase tan impotente que no le quedaba ni la voluntad de luchar. Veíase sumida de nuevo en las mismas preocupaciones que la habían atenazado durante los dos últimos años, con toda su balumba de intereses; y, apoderándose de los papeles, los ojeó febrilmente, de prisa, entre leves exclamaciones de sorpresa.

—Leyendo estos documentos —observó el príncipe, que los repasaba a la par que ella, por encima de su hombro— te darás cuenta de los tremendos cambios geográficos que se proyectaba hacer. China habría de absorber el Tibet para restablecer su imperio tal como medio siglo atrás. El convenio se basaba en su mayor parte en los factores raciales. China es un país concentrado en sí mismo. No tenemos el poder de adaptación de los japoneses. Observa, también, la especial circunstancia de que no quede ni una sola posesión inglesa o norteamericana en Asia.

—¿Y en qué grado había de contribuir Immelan a todo esto? —preguntó Maggie.

—La intervención de Immelan es puramente sentimental —explicó el príncipe—. Sólo pretende librar a su país de lo que considera una calamidad. Las ventajas comerciales que obtiene Alemania no son muy grandes; pero la compensan de su pobreza de materias primas, y, sobre todo, satisface su anhelo de venganza contra la Gran Bretaña, sin lanzarse a una empresa desesperada.

—Veo que Francia se escabulle —indicó Maggie.

—Sí, sale bien librada —admitió el príncipe—. Después de la Gran Guerra, Alemania sólo siente animosidad contra Inglaterra. Siempre se ha creído burlada por ciertos estadistas ingleses. No sé si tiene o no razón, pues yo mismo dispongo de pruebas contradictorias. La verdad es que este asunto no nos concierne.

—¿Pero es que hay alguien que crea que la Gran Bretaña está tan embotada que dejará que se la desposea bonitamente de la casi totalidad de sus posesiones? —preguntó Maggie.

—La Gran Bretaña ha tomado demasiado en serio la Sociedad de Naciones, y esto la perjudica —objetó el príncipe.

—Pero me queda una duda que has de ponerme en claro —expuso Maggie—. Lo que aquí se trama hubiera sido un golpe muy rudo para Inglaterra; pero ¿cómo había de llevarse a cabo?

—Eso hubiera sido fácil de haber aceptado yo el convenio —declaró el príncipe—. Debes tener conocimiento de las referencias que algún agente inglés ha hecho a las tres ciudades secretas. Pues bien, en la más oriental de ellas se encierra la respuesta a tu pregunta.

—¿Acaso me incitas a que vaya yo a descubrir personalmente lo que deseo saber de ti? —dijo la joven, esbozando una sonrisa irónica.

—Cuando vengas conmigo, lo sabrás todo con exactitud —alegó el príncipe—. Pero aún queda otro asunto, cuya decisión depende de ti.

—Te ruego que me lo expongas ahora mismo —le apremió la joven, intrigada por el oculto significado de tales palabras.

—Pues bien, voy a satisfacer tu deseo —anunció el príncipe sin vacilar—. Esas tres ciudades a que he aludido se han mantenido en el mayor secreto a costa de grandes esfuerzos. Una está en Alemania, la otra en Rusia y la última en China. Un viajero bien orientado podría averiguar poca cosa

en Alemania y en Rusia lo estrictamente preciso para exasperar su curiosidad. En cuanto a China, el secreto ha quedado a merced de un espía afortunado. Me refiero a un hombre que tú conoces... a Jesson.

—Del que te he hablado por teléfono antes de comer —confirmó Maggie.

—Sí, y gracias a tu interés está a salvo por el momento —repuso el príncipe—. Permíteme que te recuerde, Maggie, que este es un juego cuyas reglas conoce todo el mundo. Jesson tiene ya en su poder el secreto que habría de proporcionarme, si yo quisiera, el medio de conquistar el mundo. Jesson sabía el castigo que se le infligiría en el caso de ser descubierto. El hecho de perdonársele la vida es un caso de debilidad sentimental; pero ya que tú me lo pides, pasaré por él.

—Te has portado muy bien conmigo, y por fuerza he de agradecértelo, y más cuando no sabes que...

—Lo comprendo perfectamente —protestó el príncipe—. Tú consideras la vida como lo más sagrado de la tierra; pero los de mi raza nos resignamos a perderla con la mayor indiferencia. Te aseguro que la de Jesson está a salvo. Por las noticias que tengo, debe haberle sorprendido mucho la noticia de su indulto.

—Te agradezco esta confidencia —comentó la joven, exhalando un suspiro.

—No necesito explicarte los motivos de mi generosidad —replicó el príncipe—. Sólo te pido, en cambio, que me concedas el mayor regalo que una mujer puede hacerle a un hombre, sin que esto sea dejarse sobornar. Darme el amor que ha de realizar mi sueño de felicidad, justifica muy bien que yo aparte de ti y de las personas que estimes toda sombra de desgracia. China es la dueña de Asia, y Asia soy yo.

—¡Eres un hombre admirable! —exclamó Maggie, estrechándole las manos—. Recuerda que en los tiempos actuales no es sólo la voluntad de una mujer lo que cuenta. Su alma es la que ilumina el camino; pero yo no sé cuál es el mío. Enséñamelo Shan.

—El viernes, al rayar el alba, salgo para mi país —le anunció él con gravedad.

—Queda muy poco tiempo, príncipe —dijo Maggie, temblorosa.

Se habían puesto en pie. El príncipe se aproximó a la joven, que se sentía dominada por una pasión arrolladora, inerte, sin fuerzas para protestar o resistir. El príncipe la estrechó ligeramente entre sus brazos, con ternura y gentileza. Maggie quedó deslumbrada ante la extraña tersura del blanco cutis del príncipe, de sus dientes marfileños, firmes y regulares, del suave brillo de sus ojos acariciadores antes de que posara sus labios en los suyos.

—Vendrás conmigo, Maggie —susurró él—; vendrás a China y serás muy feliz.

OceanofPDF.com

Capítulo XXIX

En la suntuosa residencia de la calle de Curzon reinaba a la mañana siguiente una gran actividad. Ante la puerta principal se alineaban varios taxis y coches lujosos, de los que descendían los visitantes que acudían a despedir al dueño de la casa. En una gran dependencia a la que muy pocos tenían acceso, media docena de secretarios despachaban una copiosa correspondencia bajo la vigilante mirada de Li Wen. El trabajo era muy intenso y duraba desde hacía varias horas.

En el salón de fiestas, el príncipe Shan atendía a varias personalidades del gran mundo social y a unos cuantos políticos y periodistas, a los que previamente les había dejado franco el paso el propio Li Wen. Sólo uno de los visitantes había conseguido eludir la intervención de Li Wen y hacer llegar a manos del príncipe su tarjeta, el conde de Dorminster, cuya presencia sorprendió muy de veras al magnate asiático.

El príncipe le recibió con altivez, sin faltar a las reglas de la cortesía.

—Ha sido muy amable al venir —le dijo el príncipe, tendiéndole la mano con ceremoniosa frialdad—. Supongo que viene a desearme buen viaje.

—Eso dependerá de lo que usted conteste a lo que yo he de decirle —replicó Nigel.

—Estoy dispuesto a oírle —contestó al punto el príncipe—; pero antes he de confesarle que lo que más he podido apreciar en este país es la propensión al candor que tienen ustedes. ¿Viene usted como embajador de su prima o a abogar por ella?

—Mi visita no tiene nada que ver con *lady* Maggie —repuso Nigel, serio y estirado.

—Pues entonces no tiene necesidad de explicarse —le anunció el príncipe—. Dé por concedido lo que le interese a usted; y si necesita de mi consejo, lo tendrá. Pero, por mi parte, deseo comunicarle algo que se relaciona con *lady* Maggie Trent.

—Diga usted, príncipe —le dijo Nigel.

—En mi país no acostumbramos, ni lo he hecho yo en mi vida, apoderarnos, ni apetecer siquiera lo que pertenece a otro. Si el hado ha hecho que yo pase ante sus ojos como un ladrón, lo siento muchísimo. Sencillamente, le he pedido a *lady* Maggie que me acompañe en mi viaje a China, porque anhelo hacerla mi esposa.

Nigel sintió que se le trababa la lengua, pues el príncipe había hablado en un tono tan firme como pudiera hacerlo un intérprete del destino humano. Todo lo que un momento antes había parecido a Nigel imposible y monstruoso, había borrado de su mente.

—Usted me dice esto a mí como...

—Como cabeza de familia —le atajó el príncipe.

—Bueno; pero también como pretendiente a la mano de Maggie —persistió Nigel—, pues no dudo que habrá oído decir que yo había de casarme con ella.

—Sí; pero muy vagamente —respondió el príncipe—; pero aún dándolo por cierto tampoco hubiese variado de actitud. Los hombres sentimos todos lo mismo cuando una mujer se apodera de nuestro corazón, igual en su tierra que en la mía. El amor es irremediablemente egoísta. Cada cual va a lo que le importa, y la victoria nos inspirará tal vez piedad por el vencido; pero no consideración.

—¿Pero querrá hacerme creer que Maggie ha accedido a ser su esposa? —le preguntó Nigel con incontenible brusquedad.

—*Lady* Maggie no me ha contestado. La dejé sola con sus pensamientos; pero espero noticias tuyas de un momento a otro. Sabe que salgo para China mañana al amanecer.

—¿Así que está usted pendiente de lo que ella decida?

—Exacto —admitió el príncipe, esbozando una de sus indescifrables sonrisas—, y la misma inquietud que me domina hace más deseable para mí confiarle a un buen amigo las esperanzas y temores que abrigo en mi corazón. Usted es la única persona a la que yo puedo confiar mis pensamientos en este instante, lord Dorminster. Sería un gran consuelo para mí, aunque no resultaría grato para usted, que aun siendo tan perspicaz no

hubiese imaginado jamás que un príncipe chino pudiera disputarle la dama a un Par de Inglaterra.

—En esto se equivoca, príncipe —alegó Nigel—. Siento la mayor admiración por los descendientes de la más rancia aristocracia del mundo. Usted merece entrar en liza con el más noble de los ingleses, y hasta ganar si puede, en buena lid.

—¿Y qué piensa de mis aspiraciones, si me permite que le haga esta delicada pregunta? —inquirió el príncipe Shan.

—No soy el más indicado para responderle; pero no niego que Maggie está profundamente impresionada.

—Espero convertirla en princesa. Como usted no ha estado nunca en China, ignora nuestras costumbres. Confío en recibir su visita algún día en alguno de mis palacios; pero le anuncio que si lo hace se convencerá personalmente de que su prima será a mi lado la mujer más feliz del mundo. Inglaterra es un gran país, no lo niego; pero aquí hasta el aire está saturado de la idea del utilitarismo. En cambio, el mío es el país de los pensamientos generosos, de los lugares más bellos, donde la vida transcurre tranquila y sosegada. Su prima disfrutará de los mayores refinamientos que se puedan soñar, revestidos de una gran belleza. Ningún ser dotado de un alma sensible podría ser desgraciado en el mundo en que ella vivirá.

—Me sorprende su ciega confianza —opinó Nigel.

—Total —afirmó el príncipe—. La felicidad de su prima corre de mi cuenta. Ahora bien, *lady* Maggie aún no ha dicho su última palabra. Lo único que falta saber es si tendrá el suficiente valor para someterse a un cambio tan radical en su existencia.

—Precisamente no será la falta de valor lo que retenga a mi prima en Inglaterra.

El príncipe hizo en este punto un ligero ademán como para indicar que, agotado el tema, debían abordar otro asunto.

—Ya que he tenido el placer de recibir su visita —prosiguió el príncipe—, permítame que le exponga un asunto mío, muy personal, en el que usted será el personaje principal y yo el escudero.

—No sé adónde va usted, príncipe —confesó Nigel, frunciendo el ceño.

—Trato de justificarme ante usted —repuso el príncipe—. Por temperamento, soy reflexivo. He heredado la propensión a filosofar de mis antepasados. Algunos fueron pensadores admirados en todo el mundo. Tengo la certeza de que de no haber venido yo a Londres, usted se hubiera casado con *lady* Maggie, por los imperativos del parentesco y de la convivencia.

—¡Príncipe Shan! —exclamó Nigel, acentuando el ceño.

Pero de nuevo hubo de callar, como si una mano extendida le tapara la boca.

—Usted hubiera llevado una vida plácida —continuó el príncipe—, porque tiene un carácter bondadoso. Su esposa hubiera seguido viviendo tranquilamente. Pero, con todo, les llegaría el día en que uno y otro daríanse cuenta de que habían perdido los bienes más grandes de la tierra.

—Déjese de vanas profecías, príncipe —replicó Nigel—. He venido a hablarle de algo muy diferente.

—Le ruego que me atienda un momento más —insistió el príncipe—. Quiero comunicarle algo muy íntimo, y me aventuro a hacerlo porque sé que la conozco a ella más que usted. Me refiero a Naida Karetsky. De cuantas mujeres existen, ésta es la única capaz de hacerle a usted plenamente dichoso.

—No tolero que me hable usted de esa mujer —prorrumpió Nigel, rígido y tirante.

—Ese es un rasgo puramente isleño —repuso el príncipe—. No hay asunto más grato para dos hombres como nosotros que conversar, con toda devoción y reverencia, de las mujeres que más nos han hecho sentir. Sólo unas palabras, lord Dorminster. Ha cesado el tiempo de las alianzas matrimoniales entre las familias reinantes de Europa, por conveniencias de los gobiernos o por razones de Estado; pero existe un tipo de alianza de utilidad perenne e inalterable; y desde este punto de vista me atrevo a decirle que el mayor servicio que usted puede prestarle a su patria, es casarse con Naida. Se lo asegura un hombre que lleva en su espíritu una tradición filosófica de muchos siglos. Reflexione, lord Dorminster... Dispongo ya de poco tiempo. Dígame cual es el objeto de su visita.

—Vengo a rogarle que antes de salir de Inglaterra se entreviste con el Primer ministro.

El príncipe se movió ligeramente en su asiento, arrugó la frente y permaneció meditando un instante.

—Conforme si todo se reduce a una ceremonia protocolaria de despedida —alegó el príncipe—; pero si he de conversar con mister Mervin Brown de asuntos graves, ha de manifestarle que aún no estoy en situación de tomar decisiones de importancia.

—¿Pretende primero conquistar a Maggie, haciendo valer su elevada condición? —insinuó Nigel.

—Jamás lo he pensado —replicó el príncipe con altivez y un tono solemne de dignidad ofendida.

—En este caso, explíquese —le rogó el joven.

El príncipe se puso en pie, avanzó hacia el rico cortinaje de seda que separaba la habitación contigua, se asomó un momento, y volviendo sobre sus pasos se aproximó al bargueño de ébano que estaba en un testero del salón.

—El hombre que ha cometido una equivocación en la vida, no debe incurrir en ella por segunda vez —comenzó a decir el príncipe—. Entre su prima y yo, lord Dorminster, han pasado cosas que ni siquiera deben recordarse; pero lo que sí he de manifestarle es que en este mueble se guarda un documento que de haber estampado en él mi firma, hubiera tenido una enorme repercusión en su país. Este documento, no firmado por mí, será uno de los regalos de boda que le haré a *lady* Maggie... Y a estas horas aún estoy esperando su respuesta. Con todo, iré a ver al Primer ministro si usted lo desea.

En este momento entró Li Wen con paso tácito, y le dijo a su señor unas palabras en chino. Una débil sonrisa asomó a los labios del príncipe.

—Lord Dorminster, necesito hablar con cierta persona que me espera en el teléfono. ¿Tendría usted la bondad de paso que va a Downing Street, de dejarme en el hospital privado que hay un poco antes? Una persona que está allí desea verme en seguida.

—Le complaceré con mucho gusto —respondió Nigel.

Al llegar frente a un amplio edificio de fachada gris de John Street, el príncipe Shan se despidió de Nigel con muchas excusas, y precedido de la enfermera que le recibió, subió al primer piso del famoso establecimiento. Tras una breve espera, el príncipe fue introducido en una espaciosa sala, muy ventilada, donde yacía en el lecho Immelan, al parecer en grave estado. Con la palidez de su rostro y el color azul china de sus ojos saltones, la expresión de Immelan revelaba el temor que le obsesionaba. Junto al enfermo había un médico con aire de preocupación, mientras una enfermera arreglaba las ropas de la cama.

Immelan se revolvió en el lecho al ver al príncipe.

—¿Con que ha venido usted! —exclamó, con voz apagada—. Quería verle. Doctor... enfermera... déjennos solos un momento.

La enfermera salió sin chistar; pero el médico, vacilando, dijo:

—El paciente está muy agotado; pero aunque no hay peligro inminente...

—Tranquilícese, doctor —le interrumpió el príncipe Shan—. Estaré aquí dos minutos, pues tengo mucha prisa, y parece que el enfermo quiere decirme algo en secreto.

Al quedarse solo, el príncipe, de pie junto al enfermo, contempló en silencio a su antiguo asociado, con un rictus desdeñoso en la comisura de los labios.

—¿Con que, amigo, le asusta la muerte, esa muerte que tramó contra mí? —díjole finalmente el príncipe.

—¿Miente usted! —gritó Immelan, irritado—. Sen Lu no fue asesinado por orden mía. Usted no ha recibido ningún agravio de mi parte. Mi muerte no le beneficiará a usted en nada... Es usted el que ha incurrido en una grave falta... usted, príncipe Shan..., el mayor diplomático del mundo... Se está jugando su porvenir y el destino de un poderoso imperio por el amor de una mujer. ¡Sálveme! ¡Dígale al doctor lo que ha de hacer para librarme de la muerte! Su ciencia es impotente, pues no ha descubierto en mí ningún síntoma que pueda guiarle.

La sonrisa del príncipe se hizo más vaga y su expresión más indescifrable.

—Usted delira, querido Immelan —murmuró—. Tranquilícese.

Los ojos del enfermo despidieron un fulgor trágico, e incorporándose con gran esfuerzo, gruñó:

—¡No me torture, por el amor de Dios! Cada vez son más intensos los dolores; pero, si yo muero, todo el mundo sabrá quien es el asesino.

El príncipe se quedó impasible.

—Cuando usted muera —repuso con calma—, habrá muerto por su propia mano..., no por la mía.

Immelman escuchó estas palabras como el que oye una profecía inexorable; hasta tuvo una sensación de alivio. De buena gana le hubiera acariciado la mano al príncipe si éste se lo hubiera consentido, pues retiró la que le había cogido.

—Immelman, he podido conocer los métodos que usted emplea y he escuchado cuanto usted tenía que decirme. He sopesado las ventajas y los inconvenientes de su proyecto, y he llegado a la conclusión, después de largas reflexiones, de que su plan era atrevido y magnífico; pero, como no ignora, hubiera provocado un cataclismo universal. Conozco la historia, Immelman, tal vez más profundamente que usted, y sé que la época de las conquistas ha pasado ya. Para incorporar a China los territorios que en otro tiempo pertenecieron al Imperio, tengo mis planes. Usted, para satisfacer su odio, trata de convertir a Asia en unas zarpas de gato para clavarlas en el cuerpo de Inglaterra.

—¿Cómo zarpas de gato?

—Su proyecto parece tentador a primera vista —prosiguió el príncipe—; pero ¿tiene en cuenta que al otro lado del Pacífico hay una gran nación que...?

—Norteamérica sería impotente —interrumpió Immelman.

—Lo mismo creyeron ustedes, los alemanes, en 1917 —replicó el príncipe—. No he venido a hablar de política. Eso ha terminado entre nosotros. Vengo porque usted me ha llamado.

Immelman se incorporó un poco más.

—Me dijo usted que la bebida no contenía veneno. ¡Júremelo! —prorrumpió, con ansias de muerte.

—Y es verdad. Tranquilícese —repuso el príncipe, dirigiéndose hacia la puerta y mirándole despreciativamente.

Cruzó el umbral y cerró silenciosamente la puerta, en la que clavó Immelan su fría mirada al desaparecer el príncipe. El terror volvió a brillar en sus hundidos ojos.

El príncipe subió al coche en el que le esperaba Nigel, y se dirigieron hacia Downing Street.

—He visitado a Immelan —le anunció el príncipe tras un breve silencio—. Es un cobarde.

—Muchos hombres valientes mientras luchan, decaen apenas se sienten lastimados —comentó Nigel.

—Ser valiente sólo cuando se combate, no es una prueba de valor —opinó el príncipe—. La matanza hace hervir la sangre y excita más que el alcohol. No volveré a tener tratos con Immelan.

—¿Políticos o particulares? —preguntó Nigel.

—En los dos sentidos —respondió el príncipe, sonriendo—. Ya se lo demostraré ante el Primer ministro. ¡Mire! Ese es el anuncio de mi partida.

Por el cielo aborregado, entre las blancas nubecillas que flotaban en el espacio, cruzó majestuosamente el *Dragón Negro*, cuyos motores ronroneaban sordamente. El avión describía lentos y graciosos movimientos. Los dos lo contemplaron un momento.

—Salgo mañana a las seis —anunció el príncipe—. El tiempo es magnífico de aquí a Pekín. El miércoles estaré allí.

—No irá usted solo.

—Vienen conmigo varias personas, entre ellas el sacerdote de la capilla británica en Pekín.

—¿Lo necesita usted allí? —interrogó Nigel, con un tono de despecho.

—¿Quién sabe? —respondió secamente el príncipe—. Me gusta estar prevenido. A lo mejor se une a nosotros otra pasajera; pero si ésta faltara, mi vida futura transcurriría en la mayor soledad que usted pueda imaginar. Todo depende de la voluntad de los dioses. Sigo sin noticias; pero no me desanimo. Soy optimista por naturaleza. Siempre se confirman mis presentimientos. Cuando vine, tendido en mi butacón, vi brillar entre las nubes la estrella que preside mi destino, que parecía parpadear mientras me miraba, y esto acrecentó mi fe.

El coche se detuvo frente al 10 de Downing Street, y sus ocupantes descendieron de un salto. Ante ellos se abrieron todas las puertas, y dos minutos después se hallaban en presencia del Primer ministro.

OceanofPDF.com

Capítulo XXX

*M*ister Mervin Brown mostróse complacido de la visita que había estado esperando con cierta desazón. Lo que más le contrariaba era no haber celebrado antes una entrevista que tanto le interesaba, y así lo manifestó al príncipe con exquisita cortesía. A ruegos del príncipe, el Primer ministro accedió a que Nigel asistiese a la conversación, diciendo:

—Con lord Dorminster hemos tratado varias veces de los asuntos que nos habrán de ocupar.

—Su excelencia es uno de los pocos ingleses que están bien informados de los acontecimientos extranjeros —opinó el príncipe.

—No precisa que le exponga nuestros defectos nacionales porque sin duda los conoce usted —comenzó a decir el Primer ministro, entrando en materia—. El principal es nuestra excesiva confianza en las promesas de los demás y sobre todo en la probidad de nuestros amigos. Esta buena fe nos costó muy cara en la guerra de 1914. Lord Dorminster se ha esforzado en hacerme creer que tendremos que pagar un precio aún más elevado en el futuro si no nos separamos pronto de la Sociedad de Naciones y renunciamos a una política pacifista, para rendir culto al imperio de la fuerza.

—En eso tiene razón lord Dorminster —afirmó el príncipe—. Yo tendré que decirle exactamente lo mismo, mister Mervin Brown.

—¿En calidad de amigo de Inglaterra? —le preguntó el Primer ministro.

—Por lo menos me abstengo todo lo posible de ser su enemigo —repuso el príncipe con aplomo—. Le confieso con toda franqueza que vine a este país para negociar un acuerdo que, de haber obtenido la aquiescencia de China, le hubiera reportado una grave humillación a Inglaterra y satisfecho el anhelo de venganza de Alemania.

—¿Pero cree usted que Alemania abraza ese sentimiento revanchista? —inquirió el Primer ministro.

—Cualquiera que no esté imbuido del orgullo insular, tan corriente entre los ingleses, lo sabe perfectamente —replicó el príncipe—. Existe una formidable organización germana, que no se oculta en el secreto precisamente, que no tiene otra finalidad que redimirse de la derrota de la pasada guerra. Ya me ha dicho lord Dorminster que ustedes han suprimido el Servicio Secreto. Eso mismo ha hecho que ustedes ignoren que las bases del Imperio británico han estado peligrosamente minadas. Alemania tiene trazados muy cuidadosamente sus planes. El arma más valiosa que tenía en sus manos era la creencia de ustedes en la propia seguridad. Se refocilaba viendo que ustedes observaban plácidamente que Francia, deseosa de contar con un poderoso ejército, descuidaba su reconstitución económica y se quedaba muy detrás de ustedes por la sencilla razón de destinar la mitad de sus hombres hábiles a un adiestramiento militar que los hiciese invencibles. Francia era una fuerza incontrarrestable en el terreno militar e Inglaterra una nación a salvo de toda invasión. Estos dos postulados bastaban para satisfacer sus miras políticas; y, sin embargo, estos dos hechos revelan la falta de vista de que adolecen los ingleses.

—Alemania carece de los suficientes medios navales para transportar fuerzas militares a lugares alejados del continente —indicó mister Mervin Brown.

—Con todo, hay otro enemigo que ustedes olvidan —expresó el príncipe—, una gran potencia que no perdona los agravios que ustedes infirieron a sus nuevos gobernantes al principio de la revolución ni sus tentativas para suprimir el régimen proletario, y es Rusia, estrechamente unida con Alemania.

—Esas ideas pertenecen al pasado —manifestó el Primer ministro—. Aun existe la Sociedad de Naciones, y una agresión contra cualquier país asociado sumiría en la guerra a todo el mundo.

—La condición indispensable para que actúe con eficacia un tribunal, es que tenga poder para imponer sus sentencias —replicó el príncipe Shan, haciendo signos negativos— y uno de los miembros de ese Tribunal es Inglaterra. ¿Contarían ustedes con fuerzas suficientes para castigar a la nación agresora una vez declarada culpable? Supongamos que el culpable fuera más poderoso que el propio juez.

—Norteamérica... —empezó a decir mister Mervin Brown; pero el príncipe le atajó.

—Dejemos a Norteamérica —dijo—. Si lo creyera oportuno, en cualquier momento podría descargar un golpe contundente, más fuerte que el de cualquier otro país del mundo; pero no es de creer que lo hiciera por intereses que no se muevan dentro de su esfera de influencia.

—Por lo menos habría de defender su comercio —opinó el Primer ministro.

—Para ello no tendría necesidad de emplear la fuerza de las armas. Su comercio lo necesitamos todos. China necesita maquinaria, locomotoras, herramientas para sus minas y otros productos de Norteamérica, que adquirimos sin que nos fuerce a ello. Nosotros tenemos tanta precisión de comprarles como ellos de vendernos.

—Así es que según usted Alemania y Rusia traman atacar a Inglaterra —expresó mister Mervin Brown.

—Eso se planeaba y se hubiese llevado a efecto si yo hubiera firmado cierto documento —aseguró el príncipe—. En menos de un mes habrían perdido ustedes el dominio en la India, su granero, tal vez Australia y Nueva Zelanda y eventualmente Egipto. Inglaterra se hubiera hallado tan impotente como si alguno de nosotros tres tuviera que habérselas con un campeón de boxeo sin más armas que los puños.

—Me resisto a creer que el Gobierno alemán tenga noticias de ese proyecto —opinó el Primer ministro.

—Admito que Alemania y Rusia lo negaran si se les requiriera oficialmente, y lo mismo haría el gobierno chino —expuso el príncipe—; pero yo, que soy la verdadera China, le aseguro que lo que le he dicho es exacto. ¿No ha oído hablar de tres ciudades secretas?

—Eso suena a cuentos de su país —replicó con desagrado mister Mervin Brown.

—Pues bien, pasando por alto su desdeñosa alusión, le garantizo que en esas tres ciudades se preparaban los medios ofensivos para atacar a Inglaterra. Están en Alemania, en Rusia y en China, y en las tres hay fábricas que están produciendo aviones acorazados en número suficiente para conquistar el mundo.

—¿Aviones acorazados? —exclamó mister Mervin Brown, con escepticismo.

—Sí, un nuevo tipo de avión que lo mismo opera en el aire que en tierra —explicó el príncipe—. Apenas aterrizan se convierten en fortalezas móviles. Aún se ha de inventar el proyectil que pueda destruirlos. No le revelo ningún secreto, pues a su Gobierno se le sometió antes que a ningún otro este terrible invento.

—Lo recuerdo —asintió el Primer ministro—. Se trataba de un inventor norteamericano.

—Exacto. Les dijo a ustedes que con esta asombrosa máquina se podría conquistar el mundo.

—Pero nosotros no pretendemos conquistar a nadie por la fuerza —repuso el estadista en tono impetuoso—. Hemos entrado en una era de paz y de confraternidad universal, y producir esos ingenios destructores, además de perturbador, es una pérdida de tiempo, trabajo y dinero que reclaman fines más nobles. La Sociedad de Naciones aspira a imponer el desarme.

—Pues pese a eso, sólo en China hay varios centenares de tales máquinas en esa ciudad secreta a que me he referido. En cada una de las tres ciudades secretas se fabrican piezas esenciales, y en China se montan los aviones. La patente es mía, y de mí depende, en suma, que haya paz o que haya guerra en el mundo.

—Pues no vacile, príncipe, y conviértase en un apóstol de la civilización —le instó mister Mervin Brown.

—China es fuerte, y por eso ama la paz —afirmó el príncipe—, y como ustedes son débiles temen la guerra. Mi misión no es la de darle lecciones de política, ni me corresponde indicarle los medios de salvar a su país y asegurar la libertad de su pueblo. Convoque a una reunión a los países que aún siguen fieles a la Sociedad de Naciones y compare las fuerzas que suman entre todos con las de los que se apartaron de ella y están a la expectativa, y una vez se aconseje de los expertos vea si puede poner orden en el caos. Ustedes todo lo sacrifican al dios del comercio. Entre los ingleses son pocos los que puede elegir para consejeros, y uno de ellos es lord Dorminster. Inglaterra no es un país de tontos. Hable claramente

cuando se reúna la Sociedad de Naciones e informe a sus miembros oportunamente. Ayúdense ustedes mismos si quieren que yo les ayude.

—¿Aceptaría un puesto en mi Gobierno? —preguntó el Primer ministro, dirigiéndose a Nigel.

—Si restablece el Ministerio de la Guerra, lo haré con mucho gusto —respondió lord Dorminster.

—Pesa sobre usted una gran responsabilidad, mister Mervin Brown. Han estado ustedes abocados a un desastre irreparable, sin sospecharlo. Ponga en guardia a su nación. Reúna a los escritores, a los pensadores, a los historiadores e infunda un nuevo espíritu en los escolares y en los universitarios —le recomendó el príncipe Shan—, y no atribuya a mis palabras un oficioso deseo de meterme en lo que no me importa. La verdad nace del corazón, y a veces vale la pena de escucharla.

Al despedirse el príncipe lord Dorminster se quedó, a ruegos del Primer ministro, que se había sentido impresionado por el tono y la intención con que el príncipe pronunciara sus últimas palabras.

—¿Pero es realmente de carne y hueso ese hombre? —exclamó el jefe del Gobierno, aturdido.

—Es tan real como verdaderas son las cosas que ha dicho —respondió Nigel, solemnemente.

Capítulo XXXI

Aquella noche Nigel dio una cena en honor de Maggie en uno de los restaurantes de moda, al que invitó por teléfono a muchos de sus amigos. Sólo dos o tres invitaciones se cursaron por escrito. El acto se vio bastante concurrido, lo que era un éxito teniendo en cuenta lo avanzado de la temporada. Lo que más contribuyó a darle animación fue la incertidumbre de lo que iba a hacer Maggie, pues una de sus amiguitas había hecho correr la voz de que tal vez el banquete revistiese el carácter de una fiesta de despedida.

Uno de los pocos que rehusaron la invitación fue el príncipe Shan, quién se excusó en los siguientes términos:

Mi querido lord Dorminster:

Perdóneme si en esta ocasión no faltó a mi costumbre, que he observado tal vez demasiado rígidamente. El Primer ministro me telefoneó momentos después de dejarle que me espera esta noche para conferenciar con dos de sus colegas en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y dudo de que la entrevista termine a hora hábil para que yo asista a la cena. Sin embargo, procuraré llegar a tiempo para despedirme personalmente de algunos amigos míos que sin duda se hallarán en su compañía.

Sinceramente suyo

SHAN

Maggie sonrió al leer esta nota; pero se abstuvo de hacer ningún comentario. Nigel, que la observaba con profunda atención, le dijo:

—Ya ves que todo se ha hecho a gusto tuyo, hasta el color del adorno de la mesa. Ahora dime cuál es tu intención.

—¿Qué sé yo? —exclamó Maggie, sin el menor disimulo—. Aún no he decidido nada.

—¿Tratas de darle a esta reunión el carácter de una despedida? —insistió él.

—Te repito que aún no sé lo que haré —le aseguró ella—. Lo único que pretendo es que si resuelvo marcharme... tenga por lo menos ocasión de ver por última vez a mis amigos de Londres.

—Pues bien, por ser yo tu más próximo pariente, y también tu tutor —alegó Nigel, con un dejo de sus viejas maneras—, permíteme que en esta situación te dé un consejo que me interesa decirte.

—No me des consejos que no he de seguir —repuso Maggie—. Has de saber que en las dos únicas cosas en que una muchacha no admite consejos de nadie es sobre el modo de peinarse y sobre el hombre con quién quiere casarse. En ambas cosas deseamos dejarnos llevar por el instinto. Hasta mañana al amanecer no sabré lo que he de hacer, y serán inútiles Cuantas reflexiones me hagan en este sentido los que me hablen del asunto. Por otra parte, lo que te debe preocupar a ti es la cuestión de tu matrimonio, que no estará exento de complicaciones. Me han dicho que Naida se va a Rusia la semana próxima.

—Con todo, mis asuntos son menos complejos que los tuyos —observó Nigel—. Esta noche le pediré a Naida que se case conmigo, si tengo oportunidad.

—No quiero ocultarte, querido Nigel, que las cosas han llegado a este punto precisamente porque nunca estuve segura de querer casarme contigo.

—Exactamente igual me sucedía a mí —confesó Nigel, ofreciéndole un cigarrillo de la caja que tenía delante—. Lo que sucede en la vida es que uno no se decide del todo hasta que se tropieza con la mujer que se quiere en matrimonio sin la menor vacilación ni duda. De todos modos yo hubiera sido un buen marido para ti, Maggie.

Ésta hizo un mohín, y respondió con calma:

—Lo menos que debiste hacer era declararme tu amor, pues así hubiera tenido tal vez la oportunidad de rechazarte.

—Si Naida me rechazase... —empezó a decir él.

—Y si yo pienso que Asia está demasiado lejos... —le interrumpió ella.

—Acabaríamos casándonos —repuso Nigel, lanzando un suspiro de resignación.

—Lo que dice tu lengua no está en tu corazón —replicó ella—. Tú estás enamorado de Naida.

—No estoy completamente convencido de que tú puedas quererme —alegó él, viendo que se coloreaban las mejillas de la joven.

—Bueno, dejémonos de reflexiones tardías. Ve a vestirme. Son las siete y debemos ir pronto. Aun no he seleccionado los vinos.

La cena revistió todos los caracteres de una solemnidad social.

Concurrían a ella el príncipe Karschoff, afable y distinguido en sus maneras, como siempre; Chalmers y dos o tres compañeros de la Embajada norteamericana; varias amigas íntimas de Maggie; algunos antiguos amigos de Nigel; y la misma Naida más bella que nunca, con su traje de terciopelo blanco, con el cabello peinado hacia atrás y sin más joyas que un collar de perlas.

Nigel, que por sus deberes de anfitrión apenas pudo dedicarle atenciones preferentes, terminada la cena la invitó a tomar el café juntos antes de pasar al gran salón del Ciro donde iba a celebrarse el baile.

—Terminados mis deberes, deseo charlar un momento a solas con usted —le dijo Nigel.

—Todos hemos tenido que atender a lo que se decía en torno de la mesa —objetó Naida—. La fiesta ha estado muy bien y usted debe estar muy satisfecho de la marcha de los acontecimientos.

—Esta noche no quiero hablar de política ni pensar en la salvación del Imperio británico —declaró Nigel, festivamente—. Son otras cuestiones las que quiero exponerle.

—¿A santo de qué ha organizado este cena? —inquirió ella—. No sé si son imaginaciones mías; pero noto cierto tufillo de celebración de algo que no llego a explicarme. ¿Se hará algún anuncio finalmente?

—No hay nada que anunciar. Todo ha sido un capricho de Maggie.

Ésta se había puesto a bailar con Chalmers, y ellos la observaron un momento.

—¡Qué hermosa está esta noche! —exclamó Naida—. Durante la cena apenas si contestaba a mis vecinos de mesa, embebida en la contemplación

de Maggie. Tenía el aire de quien se halla sumido en un sueño, lejos de cuanto la rodeaba. Llegué a pensar si, después de todo, no me habría dicho la verdad Oscar Immelan y que tuviera que brindar por el restablecimiento de su salud al terminar la fiesta, en vez de hacerlo por usted.

—Ninguna de ambas cosas se le debieron ocurrir si usted hubiese hecho memoria de algo pasado entre usted y yo —susurró él.

Las mejillas de Naida adquirieron un tono arrebolado que evocaba el nacarino tornasol de una concha marina.

—Para ello, lo primero que necesitaba era creer en la fidelidad de los ingleses —suspiró la joven.

—En este punto debe hacer una excepción en lo tocante a mí —se apresuró a declarar Nigel—. Las palabras que no llegué a decirle la última vez que nos vimos, siguen vibrando en mi corazón. Ha llegado el momento de decírselas, Naida.

Se habían quedado aislados, apartados de los demás. Nigel se acercó más hacia Naida, y murmuró casi a su oído:

—¿Usted sabe que la amo! ¿Quiere ser mi esposa?

Naida esbozó una sonrisa, a la par que se le humedecían los ojos, embargada por la emoción, y sin dominar su primer impulso estrechó entre las suyas la mano de Nigel.

—El hecho de que usted me hable de este modo, aquí, rodeados de tanta gente, no revela otra cosa que una ciega confianza en sí mismo y la seguridad de enamorarme —expresó la joven en tono de reproche—. Pero suponga que yo le conteste que mi vida se debe al pueblo ruso o que estoy decidida a casarme con Oscar Immelan para compensarle el fracaso que ha tenido.

—Aunque me lo dijera, no la creería —repuso él con el mayor aplomo, sonriendo.

—Es usted muy presumido —repuso Naida.

—En cierto sentido, lo soy, si usted quiere —objetó él—; pero también el hombre más feliz y el más orgulloso de cuantos hay aquí. Verdaderamente creo que esta fiesta debe revestir el carácter de una solemne celebración.

La orquesta tocaba un vals, que Naida seguía con un leve y gracioso balanceo de su busto. Nigel se puso en pie y la invitó a bailar.

Todas las miradas se fijaron en ellos. Karschoff y la señora Bollington-Smith los observaron con especial atención.

—Me intriga esa pareja —comentó la dama—. Debe haber algo entre ellos. Por cierto que si ella es hermosa, Nigel es todo un tipo.

—En nuestros días no son frecuentes las alianzas entre extranjeros —objetó el príncipe—, aunque no le irían mal a Inglaterra unos cuantos casamientos como éste.

—¿Habla usted en serio? —le preguntó la señora Bollington-Smith.

—Completamente en serio —replicó él—. Yo no patrocinaría una boda de esta clase con una alemana; pero sí con una rusa, con una joven como Naida Karetsky. Yo estoy desterrado de mi país; pero no pierdo la esperanza de volver algún día a Rusia, que está predestinada a dictar leyes a Europa.

—Me gustaría saber si Maggie es capaz de abrigar semejantes ideas en su mente —insinuó la señora Bollington-Smith—. La noto como obsesionada esta noche. ¿Qué le pasará?

En este momento se acercó a ellos Chalmers, con visibles muestras de contrariedad.

—Maggie está imposible esta noche —anunció, en tono de lamentación—. No quiere bailar y va de un lado para otro, cambiando palabras inconexas como si estuviera en plan de despedida.

—Tal vez acierte usted —comentó Karschoff.

—¿Acaso se va? —preguntó Chalmers.

—¿Quién sabe? —respondió el príncipe ruso—. *Lady* Maggie es tan extraña en todo que siempre cabe esperar de ella lo más inesperado.

—Algo me dice que están hablando de mí —exclamó Maggie, irrumpiendo en el grupo.

—No le extrañe, sabiendo cuanto la estimamos todos —repuso gentilmente Karschoff.

La joven hizo un lindo mohín y se dejó caer, rendida, en una silla, junto a su tía, y empezó a hablar con una versatilidad que denotaba el esfuerzo que estaba haciendo por mostrarse animada y dicharachera. No hacía más que mirar hacia la puerta del salón; y, sin embargo, nadie se manifestó tan

tranquila y serena cuando se presentó inopinadamente el príncipe Shan, quien avanzó hacia la señora Bollington Smith, ante la que hizo una respetuosa reverencia.

—Han sido muy amables, usted y lord Dorminster al invitarme a esta fiesta que me proporciona el placer de poder decirles adiós a amigos tan queridos como los aquí presentes.

—¿Pero se va usted, príncipe?

—Apenas amanezca —se apresuró a responder éste, mirando a todos los del grupo—. He de estar en Pekín el miércoles, por lo que mi *Dragón Negro* ha de extender mucho sus alas.

Cruzó unas cuantas banalidades con los reunidos, y seguidamente se acercó a Maggie, y tras una acentuada inclinación para besar la mano que la joven le tendía, le dijo unas breves palabras que nadie pudo oír. No hizo gesto alguno que revelase su estado de ánimo y cuando minutos después se incorporó nuevamente al grupo, con Nigel, al que había ido a saludar, no se advirtió en su rostro la menor indicación de lo que hubiera podido pasar entre él y Maggie.

Ésta, sonriendo maravillosamente, le dijo entonces a Chalmers:

—¿Quiere bailar conmigo?

Apenas habían dado unos pasos, Maggie se paró bruscamente, con la mirada fija en el arco de la puerta que comunicaba el salón con el bar. Tanto la joven como Chalmers estaban demudados, contemplando con profundo asombro al hombre que acababa de aparecer y que miraba amenazadoramente en todas direcciones, como buscando a alguien. Presentaba una figura extraña, con aquel rostro de fiera y la torva mirada, que contrastaban fuertemente con su atildado atuendo. Al reconocer a los del grupo, se contrajo su chupado semblante y sus ojos brillaron de satisfacción. Avanzó lentamente, como si abrigara un propósito deliberado y siniestro, ocultando su mano derecha bajo los faldones de su frac.

Maggie y Chalmers se apresuraron a unirse al grupo que formaban Naida, Nigel y el príncipe Shan.

—¡Cuidado! —les advirtió Maggie— ¡Ahí está Oscar Immelan! ¡Parece loco!

Muchos de los invitados se apartaron al paso de aquel hombre de aspecto turbulento, hacia el que se adelantó Naida.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó con un tono que revelaba una energía poco usual en una mujercita como ella—. Oscar, no está usted en condiciones físicas para concurrir a una fiesta como esta.

Immellan se detuvo ante la imperiosa voz de la joven. Visto de cerca su figura infundía aun más terror. Su rostro presentaba varios rasguños que se había causado al afeitarse poco antes con mano temblorosa por la rabia que le dominaba. Las pupilas de sus ojos dilatados parecían haberse hundido en sus cuencas profundas. Su ser parecía consumido por una fiebre mortal. Era un hombre derrengado y hasta el traje le venía ancho, como si cubriera a un esqueleto.

—¿Con qué está aquí toda la nidada, eh? —prorrumpió con voz ronca y amenazadora— ¡Tal para cual! Veo al príncipe Shan, el envenenador... y a Dorminster, gozoso de su triunfo... y entre ellos, usted, traidora a su pueblo, infiel a la amistad, engañadora Naida Karetsky...

—Sí, aquí estamos —le interrumpió Nigel, con firme acento—. Immellan, ¿qué pretende usted?

—Pronto lo sabrán —respondió Immellan—. Primeramente he de hablar con el príncipe Shan, mi buen amigo, un momento... óigame, príncipe. Llevo su veneno en mis venas; pero corre usted un peligro —rugió, riendo de un modo escalofriante, sarcástico...— el peligro de que se vaya del mundo antes que yo.

Nigel dio dos pasos hacia adelante y se interpuso entre Immellan y Naida; pero Immellan hizo un rápido movimiento y extrajo del frac una pistola. Empuñándola retrocedió hacia un pilar, al que se arrimó, como buscando cubrir sus espaldas. A la vista del arma, muchos de los concurrentes corrieron hacia las puertas, despavoridos, y otros se apresuraron a esconderse en distintos lugares, desde donde atisbaban la escena con aterrada expresión.

El *maître*, jefe del comedor, con innegable valentía, se plantó ante Immellan, y le gritó:

—Aquí no toleramos camorras. Guárdese esa pistola.

Immelan no se acobardó, y sin decir una palabra encañonó al *maître*, quien hubo de retroceder.

El príncipe Shan se destacó del grupo, valeroso, soberbio, con impresionante serenidad.

—Immelan, ha venido usted armado —le dijo con voz firme—. Muy bien. Es un rasgo digno de un hombre. Si tiene usted agravios que vengar, empiece por mí.

Esta prueba de valor sorprendió a los testigos de este dramático episodio; pero aun sorprendió más que con toda su sangre fría y pese a su superioridad física no se abalanzara sobre su adversario para desarmarle por lo menos. Pero la fría actitud del príncipe Shan no tardó en tener una lógica explicación. Desde la puerta avanzaban con paso cauteloso Li Wen y otro servidor del príncipe, con un brillo en los ojos que recordaba al de los tigres en acecho. Maggie, advertida por una señal de Nigel, se apartó a discreta distancia.

—¡Asesino! —bramó Immelan, increpando al príncipe Shan— ¡Estos dolores que me torturan los debo a su veneno!

—Aun suponiendo que fuera verdad —le replicó el príncipe en un tono propio de quién discute serenamente un asunto puesto a debate—, debía usted recordar lo que hizo usted con el pobre Sen Lu en un palco del Albert Hall. Pero ¿contra quién dirigía usted aquel puñal? No contra el que usted había comprado con su oro para que me traicionase, si no contra mí. El asesino fue un criado suyo. Así es que aun dando por cierto que yo le haya propinado un veneno que sólo existe en su imaginación, aun no he saldado la cuenta que tiene pendiente conmigo.

—Nada tuve que ver con lo de Sen Lu —alegó Immelan en su defensa—. Yo no pago asesinos. Cuando alguien me estorba, lo elimino yo mismo. Y esta noche le ha tocado a usted el turno. Usted me ha abandonado en el momento supremo de mi vida, príncipe Shan. Nos ha jugado una mala partida, a mí y a mi país, por una inglesita de la que se ha enamorado y que trata de llevarla consigo a China. Y en cuanto a usted, Naida —dijo, volviéndose súbitamente hacia ésta—, se ha burlado del hombre que, confiando en usted, la envió a este país para un fin que no ha cumplido y que ha hecho todo lo posible para arruinar mi proyecto. Y no esto sólo, sino

que ha dado su amor, que era mío... sólo mío... ¡a un inglés! ¡Merecéis mi condenación y mi odio! Y ahora, yo, moribundo, vengo a recoger lo que habéis sembrado... ¡Quiero la revancha! ¡Ansío vengarme! Y usted, Naida, será la primera que pagará la deuda.

Un poderoso brazo apartó tan oportunamente a Naida, que el tiro salido del arma le chamuscó la manga a Nigel, rozándole la muñeca... Pero Immelan no pudo seguir disparando porque cuando los dos chinos le sujetaron fuertemente por la espalda, el príncipe Shan saltó sobre él y de un golpe en la mano le hizo soltar el arma. Immelan se entregó sin lucha. Su sed de venganza habíase desvanecido y de su rostro borróse la rencorosa expresión de segundos antes. Temblaba, ahora como un azogado, y el príncipe Shan, viéndole físicamente deshecho, no pudo menos que compadecerle.

—Ha sido una lástima que no esperase hasta mañana. Hubiera conocido la verdad. Usted está tan envenenado como yo. En Europa se tiene un gran apego a la vida, y se piensa mucho en suprimir a alguien, aunque se trate de un ser inútil... Pero, en China, es otra cosa. Bueno, yo no hice más que disolver en su vermut unos polvitos de raíces de flor de lis.

Los ojos de Immelan se redondearon desmesuradamente, y, encendido por la fiebre, gritó, angustiado y ansioso:

—¡Dígame qué es eso y cómo se combate! ¡Asegúreme que es verdad!

—Ninguno de mi raza repite lo ya dicho —respondió con marcado desdén.

En este punto produjo gran revuelo la llegada de la policía; pero una explicación convincente: una pistola disparada de modo fortuito, y los alegres compases de la orquesta, restablecieron la calma. Una vez serenado el ambiente, nadie pudo explicarse lo sucedido.

El príncipe Shan se volvió hacia Maggie, y le dijo con perfecta naturalidad:

—No acostumbro a bailar; pero el vals que han comenzado a tocar me recuerda un poco la música de mi país. ¿Me concedes el honor de ser tu pareja?

Mientras bailaban, contemplábales Chalmers, que se había reunido con Nigel y Naida.

—Nada aviva tanto la emoción como una escena melodramática —comentó Chalmers—. Fíjense en Maggie. Parece una diosa radiante y se mueve con más gracilidad que cuando bailaba conmigo.

—Es que usted, mi buen amigo, dista de bailar tan bien como el príncipe Shan —repuso Nigel.

—Y, en cuanto al príncipe, no olvide que se va al amanecer —aclaró Naida.

OceanofPDF.com

Capítulo XXXII

El príncipe, majestuosamente erguido en el saloncito de su *Dragón Negro*, observaba con mirada crítica cuanto le rodeaba. Las paredes eran de roble oscuro exornadas con blancos paneles en los que un artista célebre había pintado diversos motivos chinoscos: un delicado paisaje, un templo, una pagoda rodeada de árboles floridos. Aquí y allá pendían lujosos cortinajes y tapices de fina seda pertenecientes a una de sus residencias en la China del Norte. El tapete que cubría la mesa era también de una seda muy suave. Por todas partes se veían lindos búcaros de porcelana desbordantes de flores. Dos sillas y un canapé completaban el mobiliario. De los dos dormitorios llegaba un perfume que recordaba el del almendro, el del té verde y el del espliego, y por las entreabiertas puertas podía verse la blancura de nieve de las ropas de cama. En el cuartito adjunto brillaba la bañera de plata.

En el umbral del salón, esperaba órdenes el piloto.

—¿Lo ha encontrado todo bien, Alteza? —preguntó.

—Todo está en orden —contestó el príncipe Shan—. Chin Su es un mayordomo perfecto.

—El sacerdote está ya en su camarote, alteza, las provisiones están a bordo y la tripulación en sus puestos —anunció el piloto—. ¿A qué hora desea salir Su Alteza?

—A las seis en punto —respondió el príncipe, examinando el campo y la blanca carretera que conducía a Londres—. No puedo salir antes porque espero un mensaje de despedida. ¿Ha llegado la mujer de que te hablé?

—Está esperando, Alteza.

—Ya sabe que si no llega la otra pasajera, no necesito a esa mujer para nada, y que la dejaremos aquí.

—Perfectamente, Alteza.

El príncipe cruzó la puerta de su hangar particular y salió a la estrecha plataforma de madera. Los motores se habían puesto en marcha y su

ronroneo ensordecedor parecía preludiar los bramidos de un gigante. La mañana era clara, plateada, y la luz del sol pintaba de leves arreboles el horizonte. Al otro extremo del campo de aviación, vasto y llano, cubierto de ceniza, las bajas ondulaciones del terreno trepaban cada vez más arriba, como deseosas de alcanzar la cúspide de la cordillera, anegada en el azul. Por la parte del norte, la evaporación del Támesis oscurecía el horizonte. Londres aparecía envuelto en un manto de niebla; pero en las proximidades del aeródromo se recortaban las siluetas de los edificios fabriles y de los grandes almacenes. Escuchando atentamente podíanse percibir los primeros rumores de la inmensa ciudad, que empezaba a despertar. Oíanse los estridentes silbatos de los remolcadores que cruzaban el río, cuyas aguas ocultaba la bruma.

El príncipe Shan avanzó hacia la parte de la pista reservada a los reyes y a los visitantes de nota. A cincuenta metros de distancia, el avión de Madrid estaba a punto de despegar. Sus silbatos llamaban a los pasajeros rezagados y sus motores resonaban con poderoso impulso, haciendo temblar la estructura. El aparato acentuó su rugido, y de pronto se elevó entre los gritos de adiós de los que se quedaban.

El príncipe Shan consultó su reloj. Eran las seis menos veinte. Se detuvo de repente al ver venir por la brillante pista de uso reservado un coche a gran velocidad. El príncipe Shan fijó en él la mirada, sugestionado y deslumbrado como si el mismo sol le diera en el rostro. Se transfiguró; quedóse inmóvil, sin atreverse a avanzar. Vacilaba como si se hallase sobre una nube. Le temblaban los labios, anhelantes de pronunciar un nombre. Pero aún no había visto a los ocupantes del coche... Sus criados permanecían a respetuosa distancia. El príncipe sintió que se le humedecían los ojos y se le oprimía la garganta. El coche enfiló el hangar, de arqueada techumbre, y a un gesto del príncipe, los servidores que esperaban allí apresuráronse a abrir las puertas de la elegante *limousine*, cargada de equipajes.

Un caballero y dos damitas descendieron del coche. Eran Nigel, Naida y Maggie. Ésta anduvo hacia el príncipe, mientras sus dos acompañantes se hacían cargo de las maletas que descargaban los criados.

El príncipe la recibió a unos pasos de la entrada de la plataforma. Maggie creyó descubrir cosas de maravilloso significado en el rostro del príncipe. Éste se inclinó ante ella, y retuvo entre las suyas la mano que le tendió la joven.

—Mi Maggie querida y dulce —susurró el príncipe al tiempo de besarle los dedos—. ¡Hagan mi dios y el tuyo que seamos muy felices!

—Aún en medio de mis vacilaciones decíame mi corazón que acabaría viniendo —dijo la joven, con el rostro radiante de alegría—. Me siento feliz y contenta. Desde luego, el comienzo es magnífico. Dejaremos la tierra para remontarnos por las nubes.

—La alegoría es bonita, y prometedora —respondió el príncipe, sonriendo—. La grabaremos en nuestros corazones. Todo aquél que busca la felicidad, la halla. Me considero muy afortunado al llevarte a los lugares más hermosos de la tierra. Desvelaré ante tus ojos un nuevo arte y una nueva forma de belleza. Pasearemos juntos por verdaderos jardines de hadas. Te cubriré de joyas nunca vistas en Europa, y te daré lo más raro y portentoso, aún para mí, que tanto me conozco, y es el amor que ilumina mi alma.

—¡Qué feliz voy a ser contigo! —exclamó ella con voz musical.

Nigel y Naida se les acercaron en este punto, y después de estrecharles las manos, el príncipe los condujo a su aparato. Los visitantes observaron con asombro el lujo de los camarotes mientras los criados procedían a ordenar los equipajes. Terminada su misión, quedáronse cada cual en su sitio, como figuras inanimadas. Se oyó el agudo silbar de la sirena, y Nigel y Naida iniciaron las despedidas.

—Espero enviar pronto el *Dragón Negro* por usted, lord Dorminster, y por la que será su esposa —prometió el príncipe, desde la ventanilla del avión—. Asia ya no está tan lejos como antes de inventarse estos aparatos. Maggie se alegrará mucho de verles allí.

—Cuando despegue el aparato os enviaré mi mensaje de despedida —anunció Maggie, desde lo alto.

La joven susurró algo al oído del príncipe y éste extrajo un paquetito de su bolsillo. Inmediatamente dio una orden y el gigantesco avión se deslizó casi imperceptiblemente por la pista. Ya en el aire, el *Dragón Negro*

revoloteó por encima de las cabezas de Nigel y Naida, mientras Maggie les arrojaba unos trocitos de papel.

Lord Dorminster recogió uno de ellos y apenas leído, le dijo a Naida:

—Este es el mejor adiós que Maggie podía dedicarle a Inglaterra. Es el proyecto de tratado que el príncipe no llegó a firmar.

Nigel correspondió al regalo agitando su sombrero.

Con increíble rapidez el *Dragón Negro* atravesó una nube, y al salir de ella emprendió el vuelo directamente hacia el Este. Los primeros rayos del sol envolvieron el aparato con un áureo resplandor.

Naida enlazó su brazo con el de su acompañante y murmuró, con trémula voz:

—¡Qué modo tan maravilloso de partir en busca de la felicidad!

—No nos será difícil encontrarla, aunque no separemos nuestros pies de la tierra —respondió Nigel, visiblemente impresionado.

Naida exhaló un leve suspiro, y susurró:

—El cielo está en todas partes.

Por el rostro del joven pasó un relámpago de felicidad.

FIN

OceanofPDF.com



EDWARD PHILLIPS OPPENHEIM (Londres, 1866 – Guernesey, 1946) fue un escritor británico, autor de más de un centenar de novelas de género policíaco que le granjearon una extensa celebridad entre los lectores de todo el mundo durante la primera mitad del siglo xx.

Hijo de Edward John Oppenheim, un comerciante de cuero, acudió a la escuela de gramática Wyggeston en Leicester hasta los 16 años, edad a la que deja los estudios para ayudar a su padre en el negocio familiar, actividad a la que se dedicaría durante más de veinte años. Tras morir su padre, comienza a desentenderse del negocio para dedicarse de lleno a la escritura. Su primera novela, *Expiation*, fue escrita en 1887.

Por motivos de negocios, viajó por toda Inglaterra y el continente europeo, y en 1892 se marcha a los Estados Unidos, donde conoció a su futura esposa, Elsie Clara Hopkins, con quien tendría una hija, Josefina.

Aunque publicó algunos de sus primeros libros bajo el seudónimo de Anthony Partridge, pronto se convirtió en un conocido escritor de relatos y novelas, algunas de los cuales también ilustró. Sus narraciones policíacas presentan la singularidad de conceder muy escasa importancia a la detención del criminal e, incluso, a la resolución del delito, ya que en todas

ellas prima el interés del narrador por reflejar a la perfección unos sofisticados ambientes (por lo general, relacionados con el mundo de la diplomacia) propios de las clases altas de la sociedad británica.

Está considerado como uno de los grandes renovadores del género, al que aportó un componente de elegancia y distinción que constituye la mejor seña de identidad de sus obras, destacando entre las mismas por la celebridad que alcanzó *The Great Impersonation* (1922), pionera en su género.

OceanofPDF.com